

ANTROPOLOGÍA URBANA

LOS MESONES

ENCRUCIJADA DE LA VIVIENDA INFORMAL.

CULTURA DE LOS MARGINADOS

Ramón D. Rivas



COLECCIÓN DIRECCIÓN DE CULTURA
UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE EL SALVADOR

Ramón D. Rivas

LOS MESONES:

ENCRUCIJADA DE LA VIVIENDA INFORMAL.

CULTURA DE LOS MARGINADOS

307.336

R618m Rivas, Ramón Douglas, 1958-

sv Los mesones : encrucijada de la vivienda informal : cultura de los marginados / Ramón Douglas Rivas. -- 1ª ed. -- San Salvador, El Salv. : Universidad Tecnológica de El Salvador (UTEC), 2017. 295 p. : il. ; 22 cm. -- (Colección dirección de cultura)

ISBN 978-99961-48-78-1

1. Marginalidad social. 2. Barrios marginados. 3. Viviendas-San Salvador, El Salvador. 4. Pobreza-Investigaciones. I. Título

BINA/jmh

Universidad Tecnológica de El Salvador
Dirección de Cultura
Museo Universitario de Antropología, MUA
Facultad de Ciencias Sociales
Escuela de Antropología

***Los mesones: encrucijada de la vivienda informal.
Cultura de los marginados***

Autor: **Ramón D. Rivas**

El contenido de esta obra es propiedad del autor.
Citas o publicaciones que hicieren referencia al contenido
requieren de la autorización del autor.

Fotografías:
proporcionadas por el autor,
y Lic. Antonio Herrera Palacios
Coordinador del Depto. de Periodismo
Escuela de Comunicaciones, Utec. .

Diseño digital y diagramación:
Evelyn Reyes de Osorio

Corrección:
Noel Castro

Primera edición

© Para esta primera edición: Universidad Tecnológica de El Salvador

Impreso en El Salvador
por Tecnoimpresos, S.A. de C.V.
19.ª Av. Norte. 125, San Salvador.
Tel.: (503) 2275-8861 • gcomercial@utec.edu.sv

Octubre, 2017

Agradecimientos

Esta publicación es de la Dirección de Cultura de la Universidad Tecnológica de El Salvador, y no hubiera sido posible sin el apoyo incondicional del vicepresidente de esta casa de estudios superiores, el licenciado y doctor honoris causa, Carlos Reynaldo López Nuila, que desde un principio, cuando le presenté el proyecto, me animó para realizarlo y me dijo que sin duda alguna el señor presidente de la universidad, el Dr. José Mauricio Loucel, estaría muy entusiasmado con verlo realizado. ¿Qué puedo decir? Gracias, imisión cumplida!

Realizar este trabajo ha sido posible debido a la desinteresada colaboración de muchas personas que han puesto de su parte y han querido compartir sus vivencias; entre ellos destaco la colaboración del arquitecto Óscar Batres Posada, que pudo hacer una descripción detallada del mesón San Rafael, de su familia y de la gente donde vivió durante su infancia.

También agradezco a don Noel Castro; que no solo ha brindado información pertinente, sino que a la vez colaboró en la parte de corrección del documento; a Leonardo Regalado, que supo compartir parte de sus vivencias de niño en el mesón Cornejo en Santa Tecla, y que también colaboro con el arquitecto Batres Posada en la elaboración del material gráfico que lo coteja. Hay connacionales que vivieron en mesones y que fueron entrevistadas en Holanda, Guatemala y Honduras, sus países ahora de residencia, de los que algunos, me solicitaron guardarles el anonimato del caso, que ahora cumplo, partiendo de la ética profesional que caracteriza al antropólogo.

***Los mesones: encrucijada de la vivienda informal.
Cultura de los marginados***

Agradezco de manera especial al escritor Manlio Argueta y a la niña Fina Posada, que me compartieron parte de su vida con el fin de registrarla en este libro. Sin lugar a dudas, su aporte es clave para entender muchos aspectos.

El maestro Jesús Villalta fue una ayuda incondicional en la parte descriptiva de algunos detalles del estudio; agradezco también a aquellas personas que me proporcionaron fotografías, como Óscar Batres, Dina Posada y Antonio Herrera Palacios.

A Guadalupe (Lupe) González Denaux, le agradezco por compartir tan rica experiencia; su vivencia en la cooperativa que impulsaron las religiosas fue clave para que su familia lograra hacerse de su propio terreno y decirle adiós a la vida en el mesón.

Los compañeros de Tecnoimpresos Evelyn Reyes de Osorio, Guillermo Contreras, y a su jefa, licenciada Carolina Carbajal, que de forma incondicional no escatimaron el tiempo necesario para ver finalizada la obra, han sido para la concretización de este libro piezas claves. Gracias Evelyn, valoro sobremanera tu noble esfuerzo.

Dedico este otro libro a mi familia: Wilma, Max, Daphne y Frans, que nunca han dudado de mí y me han dado la libertad para hacer lo que yo creo que es un aporte para la cultura y el desarrollo de los pueblos, en general y El Salvador en particular.

Ramón D. Rivas
San Salvador, junio de 2017.

El análisis realista de las formas actuales de subsistencia de la gente lleva a reconocer que la pobreza de nuestro tiempo tiene sus raíces en ciertos factores políticos y en un mal moral debido a las faltas y a las omisiones de muchas personas.

“Las raíces culturales y morales del subdesarrollo”.

En: Harvé Carrier. *Diccionario de Cultura*.

Índice

Presentación

Los mesones: la historia de los barrios, la historia de una sociedad	13
---	----

Prólogo	18
----------------------	----

Justificación del estudio	26
--	----

Cultura urbana de la “pobreza” Una reflexión desde el fenómeno de las migraciones	33
---	----

I El mesón y sus generalidades.....	59
---	----

II Del campo a los mesones	65
--	----

III De la etnografía de un mesón	73
--	----

Plano arquitectónico de la distribución del mesón San Rafael en el barrio San Esteban.....	76
---	----

Ubicación urbana de los mesones en algunos de los barrios viejos de San Salvador	86
---	----

El mesón Cornejo en Santa Tecla.....	88
--------------------------------------	----

Reconstrucción hipotética del Mesón Cornejo	94
---	----

IV

De las consecuencias por mudarse con frecuencia	96
--	----

V

De los que no pagaban la renta, los servicios básicos y el caso de las creencias y juegos populares	100
--	-----

VI

De otras atracciones que la capital ofrecía	107
---	-----

VII

De los espacios de diversión durante el fin de semana	114
--	-----

VIII

De la vida, sus quehaceres y solidaridad	119
--	-----

IX

De los castigos para corregir y otras cosas	129
---	-----

X

De cuando los inquilinos salían rumbo a sus labores	135
--	-----

XI

De “los majes y los no muy santos” en Semana Santa	142
---	-----

XII

De cuando los habitantes del mesón Serpas
hicieron realidad sus deseos 150

XIII

De los tiempos en que se tenía
que convivir a como diera lugar 153

XIV

De cuando llegaba el circo 156

XV

De aquellos que se enamoraban en el mesón 163

XVI

De la triste llegada de la muerte 170

XVII

De cuando todos se conocían
y la vida en los mesones era compartida
con los servicios de los carretoneros,
y otros atractivos 178

XVIII

De cómo se llegaba a ser parte
de un mesón y el recuerdo de las cabras 184

XIX

De aquellos días de convivencia
fuera del mesón 189

XX

De ese rincón familiar donde pasa de todo	197
---	-----

XXI

Relatos de vida, convivencia y actividades en los mesones “La niña Fina” y “Manlio Argueta”	207
“La niña Fina”	207
“Manlio Argueta”	227

XXII

De los eternos mesones	246
Recapitulación Los mesones, un lugar llamado “vivienda”	250
A manera de reflexión final	259
Glosario	272
Preguntas básicas utilizadas durante la investigación	283
Referentes bibliográficos	290



Foto: Ramón D. Rivas

Presentación

Los mesones: Historia de los barrios, historia de una sociedad

José Cal*

Leer esta reunión de columnas del antropólogo Ramón Rivas ofrece al lector un recorrido por sus intereses de investigación de los últimos años, centrados en recoger gran parte de informaciones sobre la vida cotidiana de los salvadoreños de la ciudad y de las provincias de inicios del siglo XX.

Para mí, fue un recorrido por los recuerdos de mi infancia, la que transcurrió bajo una cercanía geográfica y cultural con la ciudad de San Salvador por vivir en la fronteriza ciudad de Jutiapa y haber escuchado y visto, durante buena parte de mi niñez, la radio y televisión salvadoreñas. Desde luego, lo más importante de esta cercanía cultural fue que durante las terribles décadas de los setenta y ochenta, muchos salvadoreños y salvadoreñas buscaron en Jutiapa un refugio temporal a la violencia que asolaba a Centroamérica.

* Profesor Titular de Historiografía en la Escuela de Historia de la Universidad de San Carlos de Guatemala. Becario Postdoctoral Erasmus del Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y de América de la Universidad de Valladolid.

Gran parte de estos salvadoreños vivieron en mesones. Su violento desarraigo los dejó con pocos posibles y tuvieron que desarrollar su vida al otro lado del río Paz con muchas limitaciones. El mesón que estaba cerca de mi casa reunía a una gran diversidad de personas y familias: albañiles, vendedores ambulantes, empleados municipales, empleadas domésticas, salvadoreños y salvadoreñas que habían huido de su país y se empleaban en lo que fuera y un grupo de señoras que hacían tamales los sábados.

Mi curiosidad de niño me llevó a conocer ese mesón en el que hice mis primeros amigos y con los que compartía mis juguetes. La experiencia grata se entremezclaba con las peleas, insultos y conflictos que eran habituales en este espacio y me hizo conocer dimensiones de la existencia humana que, hasta ese momento, mi vida de niño introvertido me había impedido comprender. Aunado a esto, no me olvido de la generosidad de aquellas personas, que siempre me recibieron bien y compartían conmigo lo poco que tenían.

Llegué a sentirme muy a gusto en aquel lugar, que mucha gente evitaba y miraba con desdén cuando pasaba por la calle. Mis padres me prohibieron regresar al mesón, pero como los niños que se escapaban al circo que menciona el autor, yo también me escapaba al mesón.

Y por supuesto, cuando llegaba el circo, eran los cómplices perfectos de aquellas escapadas para ir a ver, escondidos en las carpas, los ensayos de los payasos, malabaristas, las bailarinas y los domadores que llevaban esparcimiento y diversión a la provincia. De hecho, esto trajo otro castigo, pero

me hace recordar esa ilusión y las sensaciones que el mundo del circo despierta en la niñez.

La vida de las personas de los mesones fue de idas y venidas. Por ello, son un tema de investigación antropológica y etnográfica de gran potencial para comprender las migraciones del campo a la ciudad y los cambios culturales que se operan en una sociedad desde la vida cotidiana: ese gran lienzo en el que se puede retratar a una sociedad en el tiempo conociendo esas actividades banales y gestos efímeros a través de los cuales pasa la vida y son aparentemente irrelevantes.

Las aproximaciones etnográficas dentro de la Antropología, que se han enriquecido con los aportes de la renovación de las Ciencias Sociales en la segunda mitad del siglo XX, en la que el estructuralismo es un referente fundamental, han permitido conocer otra dimensión importante de la vida cotidiana de las sociedades: las interacciones entre sus individuos y la construcción de significados y memorias que, a su vez, transforman la comprensión y el desarrollo de sus propias actividades diarias.

La recolección de la información reunida en esta publicación es una invitación para explorar los *habitus* culturales de los salvadoreños y salvadoreñas de inicios del siglo XX y entender, desde este mundo material y simbólico, su historia contemporánea, las transformaciones de su cultura popular y sus diversos procesos de cambio social.

El diplomático y escritor hispano-estadounidense Jorge Montgomery (1804-1841), más conocido como George

Washington Montgomery, en su libro *Journey to Guatemala in Central America in 1838*, publicado en Nueva York en 1839, hace referencia a uno de los varios mesones que a mediados del siglo XIX había en la ciudad de San Salvador.

Al buscar un hotel en el que pudiese quedarse al llegar, fue a preguntar a una de las tiendas cercanas a la plaza central dónde podía encontrar uno. El dependiente, encogiéndose de hombros, le dijo que, cerca, solo había un mesón donde podría alojarse. Montgomery transmite en su narración la impresión, seguramente imborrable, que le dejó aquel lugar húmedo y con piso de barro en el que le mostraron, en sus palabras, una habitación sombría.

Al ver que ese mesón era el hospedaje habitual de arrieros y sus bestias, decidió hacer uso de sus cartas de recomendación para quedarse en la casa de un ciudadano francés.

El relato de Montgomery, más allá de recoger su actitud de desagrado, proporciona al estudioso informaciones que muy difícilmente hubiésemos podido recoger en la documentación sobre este período, en el que podemos apreciar esa apabullante presencia de la ruralidad en países que sufrían las secuelas de la guerra federal y soñaban con una modernidad que no terminaba de llegar.

Los mesones forman parte de la experiencia histórica de los países hispanoamericanos y tienen otras expresiones en diversas regiones del mundo, pero lo más importante es que se manifiestan como un espacio de conformación de modos de vida de distintas sociedades, permitiendo al investigador

comprender transversalmente la realidad social. El tiempo y el espacio de vida de las sociedades es un tema fundamental para advertir sus transformaciones económicas, sociales y culturales a través de la historia.

La reconstrucción de modos de vida en un contexto particular indudablemente ayuda a contrastar los que se desarrollan en otras realidades sociales y culturales, retando al investigador a usar otra escala de análisis de los fenómenos: comprender cómo los proyectos y acciones personales o familiares pueden orientar la acción ordinaria y estructurar sistemas de usos y prácticas sociales y culturales.

Ir más allá de la reunión de individuos en este espacio denominado *mesón*, para pensar desde su conformación y diversas transformaciones en el tiempo que, desde ellos, se puede entender cómo empieza a transformarse una sociedad. Es aquí donde la expresión de la Antropología y la historia como “ciencias del hombre” cobra mayor significado, ya que la vida se constituye en un espacio de investigación y, a su vez, para pensar y construir una sociedad con mayor equidad.

Nueva Guatemala de la Asunción,

Enero 2017

Prólogo

En las siguientes páginas, los lectores darán un recorrido, a pie y de la mano de Ramón Rivas, por los mesones salvadoreños, y decodificarán (pasando del cuarto de orilla de calle al patio, a los cuartos interiores, a los lavaderos y, finalmente, al vaho escatológico de los servicios sanitarios, mejor conocido como el “*cien*” en estos rumbos) los recovecos del imaginario y la simplicidad compleja de la cultura. No podíamos tener mejor guía.

Pero ¿cómo se puede ser y no ser en un mismo espacio de la cotidianidad? ¿Cómo se puede ser narrador y protagonista al mismo tiempo sin que el lector lo sepa o lo sienta? ¿Cómo se puede ser Ramón y ser al mismo tiempo el zapatero, el hojalatero, la costurera, el joyero, la trabajadora del sexo y ser todos sin dejar de ser Ramón? Esas traslaciones sociológicas que ponen en tela de juicio la cordura son una huella de quien, como Ramón Rivas, hace de lo ajeno algo propio y hace de 1949, 1960, 1974 y 2014 un solo año. Eso es lo que descubrimos con etnográfico agrado en este trabajo sobre los mesones salvadoreños: una narrativa tan provocadora como mágica, que nos transporta a una realidad que siendo dura se torna levemente tibia por la nostalgia.

Muchos de nosotros pasamos nuestra infancia en los mesones, gastándonos los codos en ellos, esos lugares de

la cotidianidad del pueblo donde hemos amado doncellas y putas tristes que eran su mejor versión bajo los techos carcomidos y cercos clavados con imaginario. En ellos, descubrimos el camino de la vida sedentariamente peregrina y vagamos, como espectros, por sus afueras como si fuéramos reyes de la pobreza que tienen como cortejos marciales las carretas y pregones de los oficios que ya no volverán.

En ellos, hemos despertado con ganas de hacer un testamento o de suicidarnos, ese deseo que le viene bien a todo el mundo cuando las boletas de empeño aúllan como perro encadenado en el patio de los mesones.

Todo lo que se haya dicho o supuesto hasta hoy sobre los mesones tiene carencia de imaginario, tiene carencia de cultura, tiene carencia de ingenio. Eso es lo que logramos concluir, al reflejo, con el trabajo de Ramón; y eso importa mucho porque importa soñar con caminos de cemento sin pulir, con relaciones sociales sinceras y tibias y explosivas, con cuartos de bahareque unidos por el cariño del pobre, donde es mejor morir por el “Muñeco” o el “Tic Tac” —los licores de los salvadoreños— que de tedio, sin pensar que pueda haber nuevas cosechas más allá del patio, donde es mejor o da lo mismo que las amadas vayan de mano en mano antes que perderlas de vista.

En el laberinto de la soledad de los mesones —como lo narra Ramón, usando otras metáforas— el aire de la mañana es siempre nuevo y colectivo y puro y se saluda con orgullo como a un viejo conocido, por eso siempre volvemos a ese espacio donde descubrimos que la ciudadanía de la que

se nos habla es, en verdad, “las ciudadanías”, porque las condiciones de vida son distintas, muy distintas, lo que se disfraza o se soporta porque el “recuerdo, lleno de nostalgia por la vida y las vicisitudes de la convivencia, está rodeado de familias enteras con las que se comparte su hábitat y hasta se planifica el futuro” —dice, Ramón, levantando las dos cejas de asombro—.

Es obvio, entonces, que los mesones y la ciudadanía son hechos sociológicos vinculantes y vinculados, y por ello debemos hablar de “las ciudadanías” (no de “la ciudadanía”) al referirnos a la relación simbólica que los individuos —en tanto personas sociales, o sea, en tanto cuerpos-sentimientos que ocupan una unidad físico-biológica en el contexto de una diversidad social— entablan con la sociedad y el Estado (desde un mesón o desde una mansión), ya que la ciudadanía no puede operativizarse al detalle, ni entenderse, como un concepto inerte ajeno al poder y al comportamiento colectivo.

Su construcción como parte del paradigma jurídico-político de la modernidad (el símbolo central de la democracia electoral, en lo retórico-formal) se realiza desde una dimensión social y, sobre todo, desde una dimensión económica que pone en claro la trama oculta de Robinson Crusoe desde el primer acto cultural de su soledad; que pone en claro que solo al considerar la continuidad y el conjunto de la sociedad capitalista se pueden delinear sus lógicas de desarrollo.

Por eso es que la ciudadanía capitalista ha sido convertida —por tal continuidad y conjunto— en “un producto

terminado”, “en una propiedad que se rige por las leyes de la mercancía”, en el que se pierde de vista (se oculta) su proceso de formación social y, con ello, queda abolido todo el proceso histórico de su surgimiento como relación social dada, cuya mejor versión son los mesones (acostados, como antes; o parados, como desde que se construyó la Zacamil); como relación política entre clases concretas que está vinculado con el surgimiento de la propiedad privada y el Estado; como nuevo factor de expropiación política basado en una creciente explotación económica que deteriora hasta la casa donde vivimos con “la familia que amamos”.

Entonces, la forma real de la ciudadanía capitalista es ser una mercancía (que tiene la característica de ser una cosa económica y política, en ese orden) y, por tanto, arma una amistad entrañable con el dinero; es propiedad exclusiva de alguien que se enfrenta a alguien para no compartir sus favores, como puede suceder en los mesones cuando el calor de las discusiones por la ropa tendida llega a niveles extremos; se consume en el proceso mismo de circulación —en un centro comercial de buena vida, en un hotel de lujo o en un mesón de mala muerte ubicado en la calle de la amargura o en la esquina de la muerte— antes que en el proceso político electoral que termina siendo irrelevante.

Ramón define el tiempo-espacio del mesón como “espacios de convivencia pasajera, como lugares para que los viajeros y los arrieros reposaran y pernoctaran, para que las bestias cansadas y trasudadas encontraran agua, comida y se les desmontara la carga para prepararlas para su trayecto del próximo día; son sitios en los que, entre el olor de forraje y

bestias, y el amontonamiento de las mercancías para estibarlas, se vivía un momento que solo el comerciante viajero conocía y al cual nosotros solo podemos acceder tratando de construir la historia de aquellos locales que les servían de morada transitoria”.

Pero esa morada transitoria casi siempre termina siendo definitiva y se convierte —como el autor insinúa— en su universo y su utopía llena de imaginarios colectivos, o sea, llena de cotidianidad pedestre. Con un poco más de lenguaje académico, el autor nos explica que, “al estudiar sobre la historia de los mesones, divisamos y se empieza a construir, poco a poco, la historia de los espacios de alojamiento que existieron y que aún persisten, aunque en pequeño número, en pueblos, ciudades y en la capital, San Salvador”.

Y es que, en verdad, el mesón es un hospedaje público, pero relativamente estable, grande o mediano, con su entrada principal, algunos con “piezas a orilla de calle”, que son más caras, y donde la gente pobre que carecía de vivienda propia en su interior habitaba en pequeños cuartos, por lo general uno por familia o persona, ubicados contiguos y alrededor del área del inmueble, con su respectivo corredor y su patio en donde se tendía la ropa y estaban los lavaderos y servicios sanitarios colectivos en los que para usarlos por turno, los inquilinos tenían que hacer cola, mientras se aguantaban con todo tipo de olores que, a fuerza de palabras bien puestas, nos hace revivir (el albañal es el más alegórico) y hasta ver cuando nos describe la geografía y latitudes internas de sus cuartos, atiborrados de roperos o cajas donde se depositaba la ropa, gaveteros, mesas del comedor y hasta

perros (como “el Trosky” y “el Milor”), casi todos de segunda mano, incluso los perros.

Tal como lo relata Ramón, el espacio colectivo de mayor significación de los mesones era el patio, lugar en el que los niños jugábamos a ser niños y donde la solidaridad social era algo tremendamente humano, mediado muchas veces por el *chambre* como cemento de la armonía social, que eso es la cotidianidad desde el punto de vista sociológico, pues en ella lo rural y lo urbano, lo pobre y lo que sueña que no es pobre, son un solo amasijo de felicidad subsidiada que qué rico fuera para siempre —piensan sus habitantes—.

Dejando hablar a Ramón, hay que pensar en la forma en cómo la realidad se adueñaba del espacio del mesón, “En ese mundo, hasta cierto punto de hacinamiento en que se vivía en el mesón, eran los padres y los padrastros, en la mayoría de los casos, quienes imponían los castigos entre los hijos que trascendían el orden establecido, y, para ello, la imposición de los castigos era diversa y comenzaba con palabras insultantes, ‘puteadas’, amenazas y las leves advertencias, como por ejemplo: ‘si no comés no vés televisión’; ‘si no haces los deberes te va a caer una buena...’. ‘si el cipote insistía en la rebeldía, venían jalones de oreja, pellizcones, y los talegazos en la espalda’. Y continúa: ‘Sí hay que recalcar —y así me lo dijeron—, que afuera del mesón y durante todo el día era muy común escuchar los gritos de los vendedores de escobas con su característica voz: ‘llevo cepillo y escobas’; el afilador de cuchillos, el vendedor de tiste, el vendedor de helados, el vendedor de sorbetes, el palettero y el minuterero, el vendedor de pan francés y la vendedora

con su batea o canasto repleto de pan dulce, con su variedad de pan, destacándose el pan menudeado por la gente, como ser: la cemita, los quiquitos, las peperechas, las chorreadas, las cucarachas, las viejitas, la santaneca, el pan blanco, la chachama, las peperechas y las salporas'. Eso es la carne y el hueso de los relatos de Ramón sobre los mesones de San Salvador, cuyos nombres irá descubriendo ávidamente el lector, mientras se llena de gris nostalgia al recordar a Los Picapiedra, Astro Boy, al conejo Bugs Bunny, a Popeye, Periquita, El Fantasma, Tarzán, Benitín y Eneas, etc.; y las novelas de Corín Tellado.

Como corolario del tiempo-espacio, hallaremos la narración amena de los mesones de hoy, los mesones de la modernidad del 2017, que aún no ha sido inventada en esos lugares, pero en los que los apodos y nombres alegóricos son casi los mismos.

Estan los casos de Miguel “Payo mota”, Rigo “Chele Cuajada”, el callejón Dueñas, el mesón Serpas, lugares y personas que aún retumban en la nostalgia al ritmo de “la pulun pulun”; lugares y personas que aún huelen a pescado frito, yuca, pupusas y panes con pollo, sopa de patas, solo por mencionar algunos antes de que el hambre nos muerda el estómago; lugares y personas que están y estaban íntimamente atadas a los circos intemporales, como el de “Chocolate”, el *Blue Star*, que llegó a San Salvador —nos cuenta Ramón—, en el que destacaban sus artistas, entre estos las bailarinas, los malabaristas, los comediantes y sin faltar los payasos; pero además a este cortejo de artistas le hacían gala algunos animales que acompañaban a este circo: caballos,

monos, perros y uno que otro león; pero sin los caballos poni y las cebras, que eran los más gustados por los niños. El *Blue Star* se quedó un tiempo; y así como llegó se fue, el tiempo se fue volando. Eso sí, dejando un desparpajo de basura y hoyos en el predio.

Y así como el relato de los mesones se quedará durante mucho tiempo porque es capaz de transportarnos a ellos, así se quedará flotando el tiempo en los detalles que —como con un bisturí— han sido extraídos por Ramón. Gracias por llevarnos a esos lugares donde viven miles y miles de nuestros compatriotas y donde los niños aún saben cómo sonreír.

René Martínez Pineda

Director de la Escuela de Ciencias Sociales
Universidad de El Salvador, UES
Enero de 2017

Justificación del estudio

El propósito del presente estudio es contribuir, dando elementos de juicio vertidos desde un trabajo socioantropológico de historia oral y reflexiva, para entender eso que muchos han llamado y siguen llamando “la cultura de la pobreza en El Salvador contemporáneo”. Se trata de formarnos una idea de cómo la gente ha vivido, vive y muchos seguirán viviendo en esos espacios habitacionales, conocidos como mesones y sus nuevas variantes, mientras no se resuelvan los problemas de índole estructural que afronta este país.

La vida en los mesones es el tema que aquí nos ocupa. Es un trabajo meramente etnográfico y, por ello, como muy bien lo afirman C. Geertz y J. Clifford; “es, en última instancia, el registro de esa experiencia”; —yo digo—, no la experiencia mía de haber vivido en un mesón, sino la de ser miembro de esa sociedad en donde muchos con quienes me he interrelacionado nacieron y crecieron en el ámbito de alguno de los tantos mesones que hoy en día existen en el país.

De esta forma, podemos ver que la experiencia del antropólogo en el trabajo de campo, —como lo menciono en la parte del contenido—: “No es un registro de experiencia en absoluto; es el instrumento de esa experiencia. La experiencia es la etnografía. La experiencia no es más que un objeto independiente de la etnografía, de lo que es, eso que llamamos *los otros*: la conducta de *los otros*, el cómo

se interrelacionan *los otros*, el cómo viven y lo aspiran esos *otros*, los significados, los textos, etc. Es compartir lo que se ha visto, y escuchado de las experiencias de esos *otros*".¹

A la luz de los resultados, se incluye aquí no solo las vidas privadas, dentro de la intimidad del hogar, sino también esas ideas que normalmente no se expresan, pensamientos *in pectore*. El criterio de objetividad se liga al concepto de reproducción realista de lo que ocurre, a la descripción de situaciones y transcripción de lo que se dice —cita textual—. Es decir, lo que aquí se presenta, es un trabajo de campo

-
- 1 En este sentido, la antropología actual, desde la perspectiva posmoderna y de acuerdo a lo planteado por Clifford, C. y James, C., "renuncia al cuento del pasado como error y niega el mito del futuro como utopía. Nadie cree más en un futuro incondicionado. El pasado tiene al menos la ventaja de haber sido. El modernismo, al igual que el cristianismo, nos enseña a valorar la postergación, a mirar adelante hacia una utopía científica, a devaluar el pasado y a negar el presente. En contraste, el mundo posmoderno es en cierto sentido atemporal; el pasado, el presente y el futuro coexisten en el discurso, de modo que podemos decir, con igual sentido, que todas las repeticiones son ficticias y que todas las diferencias son ilusiones. Podemos decir que la conservación no es conservación de objetos, sino del tiempo. Los objetos cambian pero el tiempo no, lo que torna razonable para nosotros decir que cuando vemos el mismo objeto dos veces ya no es el mismo...". "Una etnografía es una fantasía, pero no es —como— una ficción, porque la idea de ficción entraña un *locus* de juicio dentro de sí misma; y ese *locus*, esa evocación de la realidad, es también una fantasía. No es una fantasía de la realidad como 'Dallas' ni una realidad de la fantasía como MDE III; es una fantasía de la realidad de una realidad de la fantasía. Lo que es lo mismo decir que es realismo: la evolución de un mundo posible de la realidad ya conocido por nosotros en la fantasía". "La función crítica de la etnografía deriva del hecho de que ella hace de su propia fundamentación contextual parte de la cuestión, y no de pregonar imágenes de vida alternativos como instrumentos para una reforma utópica...". Véase al respecto: Clifford, C., James C. y otros. El surgimiento de la Antropología postmoderna. Compilación de Carlos Reynoso, Edit. Gedisa. Barcelona. 1998.

dialogado con los actores para llegar a la comprensión del fenómeno vivido por ese *otro*.

Considero que en El Salvador, muy pocas veces ha habido verdadero diálogo abierto; y esto porque casi nunca se ha reconocido a *ese otro*. Es el típico lugar en donde la cultura de la finca, con todas sus características, ha desarrollado y sigue desarrollando a un ser humano a medias, con sueños, con ilusiones, con esperanzas, y a que a la vez se despierta con esos sueños y esperanzas truncadas; y esto no es de ahora, es un proceso que se ha perpetuado en el tiempo.

Y es que en este país, el uno ha vivido y sigue viviendo y disfrutando, y *el otro*, solo la va pasando para poder sobrevivir en esta sociedad donde se ha desarrollado —a medias—, para sí mismo y para el país. En concreto, es ese ser salvadoreño que trata de sobrevivir en la insalubridad que el medio le ofrece, en la vivienda precaria donde habita, en el analfabetismo que ha vivido y, por qué no, hasta untado de odio solapado y ese sentimiento de culpa que en el mayor de los casos y por muchos siglos la religión también ha infundado en él.²

2 Para un interesante estudio en el que se ahonda en nuestras raíces, siendo conscientes de nuestras principales riquezas que son, como el mismo autor lo expresa, “un pueblo capaz y una tierra fértil, en numerosas ocasiones, se han explotado injustamente y sin sensatez”. Véase al respecto: David Brownning, *El Salvador. La tierra y el hombre*. Ministerio de Cultura y Comunicaciones. Viceministerio de Comunicaciones. Dirección de Publicaciones e Impresos. San Salvador. El Salvador. Primera edición. 1975. También otro interesante estudio que trata sobre “las manifestaciones culturales de la violencia y los códigos éticos que buscan regularla”, Patricia Alvarenga, *Cultura y ética de la violencia*. El Salvador 1880-1932. Educa. San José, Costa Rica. 1996.

Es más, con el agravante que donde vivió y cultivó, por muchos años, nunca fue de su propiedad lo que creó y generó una cultura de la dependencia, del acomodamiento, del resentimiento, de la apatía y cuando este *otro* tuvo la oportunidad de rebelarse, lo hizo, pensando que “si nada tengo que perder, pues, por qué le tengo que temer a la vida”, tanto que ese *otro* fue capaz hasta de dejar su lugar de origen, y aventurarse participando organizado en violencia para luego si sobrevivía, buscar otros rumbos y comenzar de nuevo.

Podría ser que este estudio, por muy sencillo o básico que pueda parecer, nos lleve a la reflexión sobre la forma de vida que ha caracterizado a millares de salvadoreños a lo largo de muchas décadas, la que se convirtió en cultura, la “cultura del mesón”, con las propias características de ese *otro* que llegó y se quedó e hizo de ese medio su nuevo estatus de vida, solo que ahora en la gran ciudad.

Este estudio también tiene el propósito de colocar en la agenda nacional la carencia de información de esta realidad sociocultural que viven muchas familias en nuestro país, que para muchos es “natural”.

Con esto no quiero afirmar, ni lo pretendo, que otros estudios estén exentos de méritos. Todo lo contrario, los hay y de diferente enfoque e ideología. Pero juzgo muy válido el énfasis sobre la relación vital entre la antropología y los problemas de la sociedad contemporánea. Y el problema de los marginados es enorme; y comprensible cuando se exigen soluciones. Es por ello que, al plasmar este trabajo sobre lo que he visto, conversado y reflexionado con los informantes, creo que la antropología puede ayudarnos a iluminar

aspectos fundamentales de esas situaciones que necesitan mejorarse y así preparar la atención de los especialistas para la comprensión de determinados fenómenos socioculturales.

Aunque este trabajo pueda parecer que es un estudio sobre el pasado, precisamente este se entiende porque la misma condición habitacional en los diversos mesones en el territorio nacional todavía está vigente, solo que se ha transformado y es ahora mucho más complejo, y todavía más si se suma el momento actual de la nación, en la que la delincuencia, “grupos terroristas”, asesinos y extorsionadores —léase “maras”—, narcotráfico, y una cierta apatía al orden establecido, aunado a problemas económicos, —incluso religiosos—, y por un sistema político que en vez de contribuir a la solución es como que más lo distorsiona, la situación social se complica.

He intentado brindar, en términos generales, al lector un cuadro íntimo y objetivo de la vida diaria de las familias, que emigraron de sus lugares de origen y se establecieron en los llamados mesones, integrándose, a pesar de todo, en medio desconocido para poder sobrevivir con ingresos económicos ínfimos e iniciar la vida citadina, con sus propias características y desafíos.

Se trata de gente que ya en el mesón perdió el derecho a la “intimidad”; hasta llegar a compartir con desconocidos sus sueños, sus preocupaciones, sus pocas cosas personales y, por qué no, hasta “lo más mío”, eso que solo a mí me pertenece pero que ahora es de todos; y se vuelve comunitario.

Alguna selección de estos datos tuvo que hacerse para evitar la redundancia y narrar hechos posiblemente insignificantes,

pero aproximadamente el noventa por ciento de lo recabado se ha integrado en este estudio. Con esta cautela es que se ha tenido que acoger al “cuadro viviente”, que es más bien estación de partida que terminal de llegada para la ciencia antropológica. Este método es muy superior a la antigua acumulación de datos procedentes de diversas sociedades en distintos niveles y tiempos; pero no tan diferente, ya que si nos profundizamos en los estudios de los pioneros de esta noble ciencia lo que pudieron plasmar en papel fue nada más ni nada menos que lo que ellos vieron, lo que vivieron y escucharon en los lugares que se establecieron “observando—participando”; método por excelencia de nuestra disciplina.

Pero tampoco me he dejado llevar por la inocencia o la ignorancia, ya que soy consciente que si no se tiene el cuidado pertinente rápido se corre el peligro de perder todo realismo, de caer en lo superficial y “desrealizar la realidad”; y de eso me he cuidado cuando hice las transcripciones. La necesidad de selección se hace evidente, y lo reconozco.

No obstante el libro ya está terminado y lo dejo a los lectores y tomadores de decisiones como herramienta para estudios de comprensión de fenómenos culturales en nuestro propio país —como lo que aquí se aborda—, solo que ahora partiendo desde lo que la gente “hizo y dijo” y no de lo que la gente “hace y dice”, aunque se le puede dar vuelta y ver la realidad del momento, percibiendo así como que nos hemos detenido en el tiempo, ya que la movilización de los *otros* en nuestro país, —dígase ahora— migraciones son una constante en la actualidad.³

3 Véase al respecto: Praatt, Mary Louise. Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación. Universidad Nacional de Quilmes. Buenos Aires. 1997.



Foto: Antonio Herrera Palacios

Cultura urbana de la “pobreza”

Una reflexión desde el fenómeno de las migraciones

El Capitán General José Gerardo Barrios, gobernante salvadoreño, en su afán de construir una cultura de nobles y con patrones y costumbres europeas, dada las raíces de sus progenitores, impulsó políticas de inmigración que favorecieran la llegada de ciudadanos franceses, a fin de que por medio de ellos, las tierras cuscatlecas fueran más prosperas y “con una cultura refinada”. Esas eran las ideas de la época.

Según algunos historiadores⁴, Barrios fue un hombre rico, que estuvo en Europa entre los años de 1847 a 1849 para instruirse política y militarmente para prepararse y llegar a ser Presidente de El Salvador. En su vida política, ejerce la presidencia entre los años 1859 y 1863. Es en este período cuando él trae a El Salvador a profesionales franceses para apoyarlo en diferentes áreas de su gestión política.

Con la llegada de cientos de franceses al país, la cultura salvadoreña es permeada en su gastronomía, en el idioma, arquitectura, educación y la religión.

4 Véase al respecto...Carlos Gregorio López. “Gerardo Barrios y el imaginario nacional de El Salvador, siglos XIX y XX.” La Universidad, no. 25 (2014): 29-58. En http://www.academia.edu/12154400/_Gerardo_Barrios_y_el_imaginario_nacional_de_El_Salvador_siglos_XIX_y_XX._La_Universidad_no._25_2014_29-58.

Lo anterior puede ser revisado históricamente, y en nuestro caso, notamos como las *maison* (*del francés Casa*) pronunciado como “mesón”, es latinizado para referirse a las pequeñas habitaciones de residencias amplias y albergar en ellas, a personas que procedían del área rural del país, en búsqueda de mejoras económicas y sociales.

Lógicamente, los *maison* en aquellos años, no se referían a cuartuchos como los que hoy conocemos. Eran verdaderas casas habitadas por franceses, con los servicios básicos necesarios y las condiciones saludables para habitar en familia. Con los años, los constructores franceses se referían a las casas construidas en El Salvador como mesones; los años pasaron y este concepto se desfigura cuando las residencias de los terratenientes, son utilizadas para albergar no a una familia, sino a todas aquellas personas necesitadas de una habitación para poder desarrollarse en la ciudad.

Los años transcurrieron, la falta de vivienda, sobre todo en la capital y las ciudades de dimensiones consideradas y todo esto debido a la falta de una política estructurada de vivienda hace que la gente que llega del interior del país no encuentre espacios adecuados. Ante esto “comerciantes y otros” se aprovechan de la necesidad de viviendas en la capital o las grandes ciudades, para construir cuatros, llamados también “piezas”, en espacios relativamente pequeños. Y la gente se sigue desplazando continuamente a las ciudades y la capital. Pero si damos un salto en la historia de este país constatamos que desde inicios del siglo pasado, en El Salvador se ha producido un desplazamiento migratorio sin precedentes;

del campo a las ciudades y de las ciudades a la ciudad capital, causado por una combinación de factores; entre ellos, principalmente por las miserables condiciones de subsistencia en que ha vivido mucha gente a lo largo y ancho de nuestra geografía nacional. Todo esto como producto de la desigual tenencia de la tierra, los monocultivos, propiedad de unos pocos, y el constante incremento en la atracción a las ciudades y capital, resultado esto de la concentración de la administración, salud, educación y entretenimiento, entre otros.

La gente que emigró durante todo el siglo pasado⁵ —partían, en primer instancia, de los caserillos y cantones a los pueblos y después de algunos años daban el salto a la ciudad capital— era gente que primero se ubicaba en los pueblos, por lo general de mozos de crianza de finqueros o terratenientes, las mujeres se ubicaban en servicios domésticos, de dependientas en los pocos almacenes de esos lugares, de aplanchadoras de ropa, de lavanderas, de tortilleras, de vendedoras en los mercados y muchas mujeres, al no ver más, hasta de prostitutas y los hombres de hácelo todo, en fin, en lo que se podía ya que para ellos, según lo manifestaban “era mejor estar en la ciudad que en las terribles condiciones del campo.”

Y es que, en muchos casos finqueros y terratenientes que habitaban en los pueblos y ciudades subsistían de lo que los campesinos les cultivaban ya que la tierra donde estos vivían, por lo general, era de su propiedad. Es más hay casos de acuerdo a informantes que los “dueños de la tierra” disponían también de la inocencia de las jóvenes mujeres

5 Se trataba de migrantes del sector más pobre del campesinado.

para entregarselas a sus hijos o ellos mismos satisfacer sus necesidades biológicas, esto naturalmente, no solo creaba indignación entre los pobres campesinos, sino que a su vez deseaban a toda costa salir de esa “porquería” como me lo dijo un informante.

Y es que, por el solo hecho de vivir en esa propiedad ellos debían de entregar al dueño de la tierra la mitad del cultivo producido. Otros campesinos no emigraban a pueblos y ciudades, se iban de una sola vez a la ciudad capital con todas las consecuencias socioculturales del caso.

Vivir en la capital era completamente diferente, en todo sentido, que la vida que ellos estaban acostumbrados en sus lugares de origen; además, sabemos que un noventa por ciento de esta gente no sabía leer ni mucho menos escribir, y ante cualquier documento legal que tenían que justificar no había más que colocar su huella digital. Alguien me dijo un vez al respecto: “en la capital era todo diferente, las calles estaban iluminadas, habían rótulos por todos lados, habían parques donde uno el fin de semana podía ir a encontrarse con otra gente, hasta habían otras comidas, el problema era que de tanto rótulo prendido de paredes y postes uno solo le tocaba ver, pues no sabía lo que decían...”

El mismo informante manifestaba: “Uno solo se guiaba por los dibujos que tenían esos rótulos, eso sí, en la gran ciudad había que tener cuidado, era algo así como, sálvese quien pueda. uno solo conocía a la gente del mesón. Todo lo contrario en el cantón, donde todos nos conocíamos, las fiestas eran para todos, la comida era frijoles arroz y tortillas, y los

que tenían sus gallinitas que nunca faltaba el huevito, cuando había suerte había queso... ⁶

“El problema de vivir en el campo era el abandono, ya que no había hospitales, escuelas y todo lo demás que uno encontraba en la ciudad, y eso hacía que uno al llegar de la ciudad al cantón entusiasmará a familiares y amigos para que se fueran a vivir también a la capital. En la capital no era fácil, pero si uno se la rebuscaba y no andaba con malicia uno podía sobrevivir, eso sí, no era fácil, a la gente como nosotros que llegaban de otras partes, se nos conocía por la forma de hablar, la forma de caminar y hasta por la forma de comer y así nos miraban y así muchas veces nos despreciaban. No era fácil, éramos como salvadoreños en el extranjero...”

Hay otros casos de gente que emigraban de una sola vez a la capital, pero la gran mayoría lo hacía de forma pausada.

Esta migración por parte de este sector social, naturalmente carecía de la preparación necesaria para ingresar al sector urbano moderno de la economía. El hecho es que, al llegar a la ciudad no encontraban cabida en el mercado industrial de trabajo ya que, si bien es cierto este era poco, y por la falta de preparación, gente en su mayoría analfabeta, de una sola vez pasaban a formar parte del estrato ocupacional más marginado.

Y es que la realidad era que la gente no disponían de donde vivir y los que sí tenían un espacio era porque ya previamente

6 Información de un entrevistado

uno que otro familiar había llegado a la ciudad y este era en el que servía —para mientras— de amortiguamiento mientras se ubicaba en otro espacio o lugar vivencial parecido. Inicialmente, ya en la ciudades grandes como Santa Ana, San Miguel y Sonsonate entre otras, iban ocupando las viviendas más baratas, que eran las cuarterías, y los que ni eso podían pagar, por la falta de ubicación laboral, se iban acomodando en lo que pasó a llamarse tugurio a la orilla de la ciudad y en esos lugares completamente precarios con falta de todo y con el agravante de tratarse de viviendas; todo de paredes de plástico, lata y cartón y techos de lo que diera.

Pocos podían pagar, y eran solo quienes se habían colocado en el campo laboral en fábricas, servicio doméstico, de dependientas de alguno que otro almacén o simplemente de ayudante en algún restaurante. Esta gente para poder pasar la noche se iban a asinar en las viejas casonas del centro de la ciudad; los llamados mesones. Era el tiempo que vivir en un mesón parecía ser lo de lo más natural. ¿Y qué más se podía hacer? Aquellos que no se podían ubicar en los mesones eran quienes iban poblando las periferias y los intersticios del espacio urbano, formando lugares vivenciales que se han conocido y se conocen como zonas marginales, barriadas o simplemente champeríos. (Año 2017 esos lugares se demominan “comunidades” o “gente de comunidades”.) Y la capital seguía creciendo de una manera desmesurada y sin ningún tipo de planeación.

Y es que los autores que han descrito estos conglomerados, destacan también, sobre todo, el predominio de migrantes rurales en estos asentamientos. En general las condiciones

de vida en esos lugares, pero principalmente sobre todo, en las “barriadas” o en las también conocidas “marginales” o las “comunidades” eran y siguen siendo de extrema pobreza.

Desde el punto de vista teórico, tiene cierta importancia decir cuáles de estas características son determinantes: Se trata de sectores marginados desposeídos y excluidos de cualquier servicio social inmerso en una cultura urbana del anonimato y por consiguiente “del sálvese quien pueda”.

Y es que la marginalidad se define estructuralmente por su desvinculación con el sistema de producción económico urbano-industrial. Entonces, al identificarme con esta posición constato que en los países en vías de desarrollo, y nuestro país naturalmente por ser parte de esa categoría, se tiende a producir una variante específica de marginalidad, que se llama marginalidad de pobreza. Sin embargo es conveniente mencionar aquí, aunque sea a vuelo de pájaro, la existencia de puntos de vista divergentes que en ciertos casos han alcanzado una amplia difusión. Por otra parte las barriadas que han sido estudiadas como “unidades residenciales estrictamente de carácter urbanístico,” son sólo un apéndice del área urbana que han delimitado un determinado pueblo, ciudad o la misma capital.

Es evidente que la residencia en zonas marginales pero principalmente, en los mesones, que es lo que aquí nos entretiene y a la vez nos interesa describir, no basta para definir el fenómeno de la marginalidad por la complejidad que ello conlleva. Sabemos que el fenómeno es suficientemente amplio y son muchos investigadores quienes ya lo han abordado.

La pregunta es ¿qué se puede hacer con un fenómeno como éste?, cuando hoy describis el fenómeno, presentas una propuesta pero al mismo tiempo, los gobernantes y otros intereses son los que persiguen, ya sea desde el punto de vista de su propio partido político o simplemente manejando agendas internacionales, pero la gente sigue llegando a las ciudades y la gran capital con todas las consecuencias del caso: asinamiento, maltrato social, desempleo, delincuencia, y un sector informal que aunque tenga buenas intenciones es difícil de controlar.

Y es que se cuenta con un buen número de científicos sociales que han tratado de describir esos espacios de convivencia como “lugares transitorios” en el proceso de la migración rural-urbano. Y parten de la hipótesis que estos espacios serían una etapa transitoria en el desplazamiento migratorio; en cierto modo este sector mayoritariamente proveniente del campo, sería un campesino que todavía no se ha integrado a la clase obrera-urbana, lo que tarde o temprano lo absorbería.

Considero que si se fuera el caso, habría entonces que estudiar a fondo el proceso migratorio, con todas sus características y sobre todo, sus orígenes ya que la marginalidad estaría jugando un papel importante en esto. Aquí los antropólogos desde la perspectiva y visión cultural estarían jugando un papel importante en esto. Si antes el antropólogo iba a buscar al grupo o comunidad que investigaba, ahora este grupo está cerca del centro de trabajo donde se mueve el antropólogo. Pero los estudios que persiguen conocer la situación para generar propuestas deben de ser enfocados

desde una perspectiva holística, ya no se trata solo de describir y ver con ojos de lamento la situación sin el debido estudio que lleve a propuestas, en donde gobierno, empresa privada, iglesias, ONGs y las mismas universidades trabajen en la búsqueda de las soluciones.

Desafortunadamente, las cifras sobre marginalidad en nuestro medio no son confiables, pero también difíciles de concretizar, y esto que el grupo en estudio está en movimiento. El solo hecho que ahí se han ya asentado varias generaciones que han llegado de diferentes partes del país, y aquellos que ya nacieron en la ciudad, desmienten el optimismo de quienes ven en ella un fenómeno transitorio o secundario. Si la realidad es que el que llega a las ciudades grandes y la ciudad capital, casi siempre cree que el lugar donde vive, en este caso el mesón, es “solo por algún tiempo”, ya que su aspiración es llegar a disponer de su propia vivienda...

Además hay otro fenómeno que vino a hacer más complejo el hecho y es específicamente la migración desmedida que se dio previo, durante y después del conflicto armado de la década de los ochenta en donde, de la noche a la mañana, miles y miles de gente que se desplazaron a esos centros poblacionales provenientes de muchas partes del país y que eran, en su mayoría, campesinos.

Pero ya mucho antes en 1969, en el marco de la mal llamada “guerra de cien horas” fueron miles de salvadoreños los expulsados de Honduras y que llegan a un país donde nadie los estaba esperando, y tienen que ubicarse no solamente en sus viviendas, sino también en puestos laborales.

Los mesones: encrucijada de la vivienda informal. Cultura de los marginados

Los estudios confirman que un 95 % de estos expulsados de territorio hondureño eran campesinos. Pero a diferencia de lo que sucedió con las migraciones pausadas de las décadas de los 50, 60, 70 y 80, esta gente víctima de la guerra, estos últimos desplazados de la década de los 80 se ubicaron en lo que se conoce como comunidades en la periferia de las grandes ciudades y la capital.

Todo esto complica el fenómeno en el país y hace difícil también para que los planificadores, por muy buenas intenciones que tengan, puedan buscar soluciones ecuanímes. Aquí se presentan otros fenómenos de carácter estructural lo que impide una plena integración y la gente se debate, día a día, en poder sobrevivir. Lo que vemos hoy en día, por ejemplo, las calles tomadas por los vendedores en un ambiente de anarquía podría ser una reacción ante un sistema que no ha sabido canalizar esta problemática y darle solución.

Si no hay trabajo y si el campo no da lo que se quiere, pues la gente busca para poder sobrevivir. Pero ese fenómeno es demasiado complejo para profundizar y de ahí la importancia de estudios pertinentes antes de tomar decisiones sobre qué y cómo solventar ese fenómeno.

Si bien es cierto, existen los importantes estudios que tratan de entender la cultura de esta gente, y me refiero aquí concretamente a los estudios del antropólogo Norteamericano Oscar Lewis⁷ que identifican la marginalidad con la cultura

7 Entre 1950 y 1960, Lewis desarrolló importantes estudios enfocados concretamente en el estudio de la pobreza de la gente marginada y que había llegado precisamente a la capital de las grandes urbes y en este caso México D. F., y aquellos puertorriqueños que salieron para los Estados Unidos, prin-

de la pobreza lo tomamos aquí solo como un planteamiento que nos da indicios para repensar el problema y reflexionar sobre ello y no más; la urbanidad y todo lo que eso conlleva es tema para otro estudio, lo que aquí ahora nos entretiene son precisamente esos espacios habitacionales y la cultura de la convivencia que a esta gente le caracteriza y que le ha dado fuerzas para sobrevivir los embates de su realidad. Es gente que se ha congegado por coincidencia, pero originaria de diferentes partes del país, pero que el fenómeno socio económico-político del país ha hecho que los una un solo objetivo, convivir para sobrevivir.

Sí, se debe reconocer que esos estudios pioneros de Lewis, sobre un grupo de pobres de la ciudad de México han tenido una merecida difusión. Lo que aquí interesa es la interpretación que Lewis dio a sus datos etnográficos y que plantean un problema teórico fundamental para la antropología y de mucha importancia para llegar a entender el por qué la gente hace las cosas como las hace.

La pregunta es: ¿Existe o puede hablarse de una cultura de la pobreza? Lewis propone una lista considerable de hechos bien marcados de comportamiento de la gente de esos ambientes que junto con el factor cuantitativo del nivel de ingre-

cialmente a New York e instalarse en esas grandes ciudades con todas las consecuencias socioculturales, económicas y políticas del caso. Oscar Lewis desarrolló lo que él llamó "cultura de la pobreza". Entre algunos de los tantos estudios desarrollados por Lewis están: *Five Families. Mexican Case Studies in the Culture of Poverty*. A Condor Book. Souvenir Press., Great Britain. 1976. *La antropología de la pobreza*, Fondo de Cultura Económica, México. 1969. Los hijos de Sánchez, Fondo de Cultura Económica, México, 1964; "The culture of poverty", en *Scientific American*, 215: 4: 19-25, 1966; 2.

***Los mesones: encrucijada de la vivienda informal.
Cultura de los marginados***

so le permiten definir la cultura de la pobreza. Otros autores críticos de la teoría de la pobreza⁸ de Lewis lo cuestionan y parten de que es difícil identificar y analizar un estrato social mediante una lista de comportamientos específicos, y menos aún mediante un concepto relativo como es la pobreza.

Las pésimas condiciones de vida que esta gente ha sufrido y situaciones infrahumanas en que han vivido los hacen —por lo menos así parece— mostrar y ser partícipes de una cultura de la timidez, suspicacia, resignados y apáticos. Esta gente, pareciera que ha perdido la esperanza, carecen de toda iniciativa o temen ejercerla y no tienen valor para romper con las tradiciones que los ahogan. Es imposible esperar que la gente que vive en esas condiciones tome parte de los esfuerzos realizados para mejorar su nivel de vida, por su propia iniciativa. Esta gente no subirá desde el fondo del pozo, hasta que alguna fuerza exterior le eleve, cuando menos hasta el descanso en que empiezan los escalones. Así suponían los expertos.

Ahora bien, es de preguntarse, ¿cómo hubieran reaccionado los pobladores que vivían en esas circunstancias si los visitantes de las dependencias, —dígase privadas o estatales que buscan “su mejoramiento de vida”— hubieran llegado a ayudarlos a luchar en contra del sistema injusto, en vez de presentarse con esquemas de mejoras pequeñas, que más que aliviar acentúan el estado de frustración en que vive esa gente? Llama la atención, que siempre que Foster, y de hecho también Banfield,

8 Entre ellos están: Erasmus, Charles, J. Community development and the encogido syndrom, en Human Organization, 1968., y Foster, George. “The dyadic contract”, en *Readings in contemporary Latin American culture*, 1965.

hablan de cambios, se refieren a modificaciones graduales y fragmentarias, del tipo que generalmente se aplican las mejoras, en ese entonces ellos se referían al desarrollo de la comunidad.⁹ Apenas divisan los elementos “opuestos” que existen en eso de que la gente pareciera que no quiere cambiar y ciertamente no los consideran como posibles puntos de partida para cambios en el amplio sentido de la palabra que surjan de la cultura del desprecio y abandono que la que han vivido allá en sus cantones antes de emprender la emigración a las ciudad capital.

-
- 9 Y es que el fracaso de la concepción de la homogeneidad de lo rural, más presente en Redfield, que en el mismo Foster o Banfield, quedaría explícito tras las investigaciones de Oscar Lewis (Tezplotztlán. Life in Mexican Village. 1949). Sus trabajos evidenciaron que las distinciones no podían derivarse de la división entre rural y urbano, sino en términos de riqueza y pobreza. La concepción de “La cultura de la pobreza”, junto a las aportaciones de los sociólogos urbanos de la Escuela de Chicago estableció que los patrones de vida no podían deducirse a partir de la configuración espacial de los asentamientos.- “La teoría del Bien limitado” forma parte de las premisas culturales que, según Foster, dan origen a la conducta. Es así como establecerá este principio al que responden determinados comportamientos de los campesinos, según el cual todo lo que es deseado y valioso, tanto lo material como lo inmaterial (riqueza, salud, amistad, etc.) existe en cantidades fijas y limitadas. Menos elaborada pero dentro del mismo modelo, será la teoría de Banfield sobre “El familismo amorar”. Edward C. Banfield, definía como “familismo amorar”, la actitud de buscar solamente el beneficio propio y de la familia a espaldas del interés de la comunidad. Banfield, era de la idea que en una sociedad de “familismo amorar” los funcionarios públicos trabajan solo lo necesario para obtener una promoción, nunca tomando como horizonte el interés público. Los ciudadanos comunes mostrarán interés solo por sus asuntos privados, por lo que no habría regulaciones ciudadanas de funcionarios públicos. La tesis de Banfield, generó en su tiempo controversia, pero no hay duda que cuando miramos la realidad actual de muchos países latinoamericanos, así como el nuestro, su teoría tiene un gran poder heurístico para comprender fenómenos como el de la hipercorrupción.

Y es que la resistencia a cambiar de vida para otra mejor, en esa gente, puede interpretarse como una resistencia a cambios menores de un sistema social del cual no esperan mejoras esenciales, como veremos más adelante en lo que dice y hace la gente en los mesones cuando ellos después de haber dejado sus lugares de origen ya se han establecidos en la ciudad capital.

Es sabido que, con frecuencia, las mejoras de vida de la gente y otros intentos similares, solo sirven para fortalecer su desconfianza en su confianza básica(...) Varios de esos programas de desarrollo de viviendas, que es el caso que aquí nos compete, y así se ha visto desde los años cincuenta del siglo pasado, han aplicado deliberadamente el método que han denominado “apostarle al fuerte”, precisamente construir para la gente que puede pagar (betting to strong)¹⁰.

Otros programas se emprenden con tanto desgano, que los beneficiarios sienten que no resultará de ellos ningún cambio verdadero¹¹.

10 Para una interesante valoración de este tipo de programas en lugares en el sudeste de Asia, basados en parte en documentos de las Naciones Unidas y en parte en estudios de expertos, véase , East-West paraliels, Cap. 12 Betting on the strong, Van hoeve, La Haya. 1964

11 La realidad nos demuestra en varios lugares y en diferentes épocas que los proyectos solo sirven para que los políticos saquen beneficio lucrándose de los mismos y más aún... Año 2017, se constata a lo largo y ancho del país una frustración extrema por parte de la población en el sentido de que ya no creen ni en los políticos, ni en muchas ONG's y es más hay gente que se debate en un fuerte dilema religioso, si creer o ya no creer, la delincuencia es otro problema de grandes proporciones y la sociedad se retuerce no solo en la búsqueda de la identidad, sino también en ese afán por encontrar valores positivos que refuercen una vision positiva de la vida, para la sana convivencia. Los Acuerdos de Paz, firmados el 16 de enero de 1992 entre

Hay casos en que ese “apostar al fuerte” provoca “privaciones relativas”¹²

Entre la gente sin privilegios, para así decirlo, lo que ocasiona indirectamente a que se unan en contra de la elite tradicional o de los nuevos privilegiados. Hay muchos casos de esos en nuestro país, en donde se prioriza a unos, los que poseen más en términos económicos o a los del mismo partido en el gobierno y esto lo vemos a lo largo de la historia reciente y a lo largo y ancho de nuestras geografías nacional. Charles Erasmus, refiriéndose a casos de *desconfianza* que el mismo observó y analizó en comunidades excluidas en México lo confirma. Erasmus utiliza el término de *síndrome del encogido*¹³ para caracterizar la actitud de la gente.¹⁴

las fuerzas en conflicto, dió por un momento un sentido positivo de la vida, pero a 25 años de sucedido la gente se pregunta para qué sirvió la guerra.

- 12 Lewis A. Coser, *Continuities in the study of social conflict*, The Free Press, New York, 1967, p 59, indicaba acerca de esto: “La noción de una privación relativa se ha desarrollado en la reciente teoría sociológica para denotar la privación que surge, no tanto del monto absoluto de la frustración, como la discrepancia experimentada entre la provisión de uno y la de otras personas o grupos que sirven de referencia. El que los grupos o personas de un nivel superior sean tomados como referencia por parte de los grupos o de que consideren ilegítima la desigual distribución de los derechos y privilegios. Por ejemplo, en una sociedad de castas, los miembros de la casta inferior pueden no sentirse frustrados por ellos, ya que consideran que el sistema está justificado por cuestiones religiosas. Si los privilegios del grupo superior no son considerados como legítimamente obtenibles por sus subordinados, las personas del nivel inferior se compararan entre sí y no con los miembros de los grupos superiores”.
- 13 Véase, Charles J. Erasmus, *Community development and the encogido syndrome*, en *Human Organization*, Vo. 27, núm. 1. . P, 70.
- 14 Véase, Charles J. Erasmus, *Man takes control; cultural development and American aid*, University of Minesota Press, Minnneapolis, 1961.

Aquí también, para Erasmus había una desconfianza entre los pobladores, *el encogido* es un tipo de personalidad, que predomina entre las clases bajas rurales de América Latina. Erasmus derivó ese término de una palabra popular que se usaba en la región de Sonora y Sinaloa, en México, precisamente donde realizó investigación y el término es usado en las conversaciones de la gente para clasificar a sus vecinos o conocidos. *El encogido* es tímido, retraído y evita a las personas de posición superior, excepto unas cuantas que actúan como intermediarios entre él y la sociedad más amplia. La personalidad opuesta que se distinguía en la zona era *el entrón*, una persona de empuje, que no teme relacionarse con personas de posición superior para establecer contactos económicamente ventajosos. Erasmus notó también que en algunas partes de Venezuela, la palabra que se usa en vez de *encogido* es *patronizado*, es decir, subyugado por el patrón. La personalidad del *encogido* implica la *imagen del bien limitado*, la aceptación envidiosa o el “superar a los Sánchez” (Keeping the Joneses down), como dice Erasmus, más o menos como Banfield y Foster, destacan el hecho de que la gente compite entre sí.

Sin embargo, un análisis adicional de esta situación y sus implicaciones sociales más amplias muestra que esto es, en gran proporción, el resultado de una fuerza exterior producto de la cultura de la represión. Erasmus no lo observa y a lo mejor este hecho represivo lo vivía la gente.

Y es que la pobreza, como la definió Lewis; “el origen natural y la residencia en esos espacios marginados y con el suficiente hacinamiento”, son rasgos que hasta el día

de hoy han sido concordantes al hecho estructural del porqué vive la gente en sectores marginados; pese a lo cual, algunos —dígase marginados— pueden devengar más que un maestro de escuela, un médico, un albañil, o que un obrero que tiene un empleo fijo en una fábrica o es más un empleado público.

Estos casos, estudiados desde la práctica por estos científicos sociales, nos demuestran que las cosas no son así como se ven, que la gente dice una cosa y hace otra; y ante todo esto hay una razón justificada que muchas veces los orígenes no solamente pueden estar en la comunidad misma, en la forma como la gente tradicionalmente se ha relacionado en contacto con los de fuera, sino también por razones estructurales de reingranbe histórico. Ambos casos para la gente de las comunidades es difícil controlar, sobre todo cuando no han tenido la oportunidad de prepararse con los elementos básicos que un sistema de educación les puede brindar. No obstante, la gente ha creado una resistencia para poder vivir y sobresalir en situaciones, —dígase—, de trampa y utiliza la estrategia de la indiferencia, como diríamos en buen salvadoreño, “estrategia del pendejo”. La gente no es pobre por naturaleza, la gente muchas veces es pobre porque en un sistema que ellos ya conocen es mejor aparentar que ser.

En los mesones, como mas adelante veremos, una prostituta, un ladrón y alguien que lee las cartas, comprobado está que devenga el triple que lo que recibe mensualmente un empleado público. Entonces, “la pobreza” como se ha generalizado su terminología y significado es difícil, o mejor dicho no se puede medir en términos monetarios.

La realidad en nuestro país, año 2017 lo confirma y así hay muchos casos representativos. Similarmente hay numerosos marginados que no viven en esos espacios de convivencia o que no son migrantes; y existe obrero de fábrica o independiente que vive en barriadas y también en mesones —dígase—: barrio San Sebastian, algunos sectores de la Zacamil, Mejicanos, zonas periféricas de Soyapango, el Barrio San Jacinto y hasta la misma comunidad Tutunichapa, solo para mencionar algunos.

Por esta razón, soy de la opinión que en esta reflexión prefiero utilizar la categoría de marginalidad a otras categorías de análisis, como la de pobreza, que no admiten definiciones objetivas. Y es que un pobre puede ser rico en términos monetarios pero a la vez vivir como pobre y esto por sus enraizadas formas de convivencia que ha tenido o en la que ha crecido y de allí la expresión “pobres—ricos” lo contrario de “rico—pobre”.

Y es que, a mi juicio, el factor determinante de la existencia de los marginados, del que se originan las características de comportamiento descritas por Lewis, es la condición de inseguridad crónica de empleo y de ingresos. A este tipo de gente, le toca lanzarse “a la rebusca” haciendo y vendiendo lo que se le presente y se acomoda donde puede vivir en base a lo que puede pagar. Esto crea un hábito y de allí que aunque lo que devenga sea superior a la remuneración de un empleado público, por la marginación e inseguridad en que se encuentra prefiere seguir viviendo en el medio donde está, rodeado de lo que ante nuestros ojos es pobreza desmedida y sin presedentes pero, a su vez, no acorde a sus

referentes identitarios. Esta, a su vez, es la consecuencia de la falta de integración al sistema de producción industrial y no de una determinada cultura o “diseño existencial” como lo define Lewis.

Todo esto ha venido a transformar nuestra sociedad y cultura en una forma con características hasta cierto punto clasista en el amplio sentido de la palabra, y ahora se habla hasta de *arrimados*, *igualados*. Ahora, las migraciones se llevan a cabo de El Salvador hacia los Estados Unidos, de El Salvador hacia Europa, de El Salvador hacia Canadá, de El Salvador hacia Australia, solo para mencionar algunos lugares. Esto ha tenido como efecto que el que emigra se vea confrontado con otras realidades y formas de vida, lo que ha hecho que piensen en transformar también la vida de los que han quedado como resultado que piensen en transformar también la vida de los que han quedado en el país, si su familia buscando no solo otras y mejores formas de vida, sino que, algunos, comprando propiedades y estableciéndose en lugares que en otros tiempos era impensable, ya que vivía otro tipo de gente con mejores posibilidades, “los ricos”. Entonces los que se quedan emigran internamente pero aún siguen viviendo en una cultura del pasado. Es gente que año 2017 se debate entre el presente y el pasado y por sus “limitadas formas de ver la vida” inmersos en una sociedad de consumo, que difícilmente les permite proyectarse al futuro.

Con esto quiero decir que con el poder adquisitivo de esta gente ya son capaces de comprar propiedades en zonas históricamente exclusivas, por tradición solo para un determinado sector social, que no ve con buenos ojos la

presencia de tener como vecinos a estos nuevos ricos, con otras actitudes y patrones culturales aunque posean la misma nacionalidad y a lo mejor más dinero.

Como estudio comparativo de cómo la gente vivió —vive—, en los mesones y la sociedad actual en el gran San Salvador, los relatos de la gente, nos dan, elementos de juicio para redimensionar el pasado y el presente. Entonces, por su naturaleza, es un trabajo holístico ya que se enfoca en el aspecto total de la conducta de la gente y esto se desprende de sus relatos que nos dan pautas para ir calcando su cultura en todas su dimensiones. Entonces en el caso que aquí nos entretiene, la cultura debe definirse más ampliamente, como el conjunto de características e interrelaciones entre los cuatro niveles: el histórico, el social, económico, y político para desde ahí replantearnos por qué la gente es como es y sigue practicando aunque, hay cambio pero este se da a paso lento, otros patrones culturales.

La pregunta es: ¿Cuál es la cultura del salvadoreño? ¿Existen diferentes culturas? ¿Cuál es su identidad? ¿Existen diferentes identidades?

Otro aspecto que es importante de analizar es el sistema de organización social y de normas y valores de la marginalidad ya que este se encuentra estructurado sobre una base económica característica. Posiblemente la falta de Lewis consistió en el excesivo énfasis que puso en el sistema de normas y valores, y en las presiones materiales de los pobres que representan, al fin y al cabo, solo una manifestación de su realidad económica, cuando la realidad

es mucho más compleja olvidando él lo histórico, social, económico y político.

Ese es el problema cuando nosotros los antropólogos estudiamos los fenómenos desde la perspectiva micro y desde ahí tiramos generalizaciones. Pero bueno, no se puede ser injusto con los pioneros en estudiar un fenómeno de esa naturaleza y el mérito de Oscar Lewis no lo pongo en duda.

Y es que Lewis, al desentenderse, en cierto modo, de la base económica y de la organización social y política, hace aparecer “la cultura”, como, el conjunto de mecanismos de defensa de los pobres frente a una situación objetiva difícil, como si fuera una causa de sí misma; el pobre no puede salir de la pobreza porque su cultura se lo impide, si fuera más sobrio, más honrado, quizá progresaría concluía Lewis. Es para Lewis, el pobre precisamente por ese círculo en que vive lo que le impide poder salir de la pobreza y por ello necesita de una mano de fuera y eso es para mí no tan cierto.

Pero Lewis, a la vez, se contradecía ya que siempre reafirmaba de “entre los pobres” la virtud de la solidaridad que existía entre ellos. Lewis deja por un lado esas enraizadas estructuras de poder en las que la gente vivió, vive y ha seguido viviendo y que por ello su cultura, precisamente, es producto de esto.

Considero que “los pobres” y me refiero a la pobreza material, son miembros de una sociedad más amplia y que su cultura, o “diseño existencial” —para parafrasear a Lewis—, no difiere del que tiene la sociedad en su conjunto.

Los pobres ocupan un determinado estrato socio económico en esa sociedad y sus patrones de comportamiento económico, social o ideológico se derivan de una estructura social que ellos son los últimos en controlar. Entonces, cuando las condiciones reales de vida resultan incompatibles con la plena realización del patrón cultural, entonces es cuando surgen los comportamientos “aberrantes” —desde el punto de vista de la sociedad dominante— que Lewis describió con tanto realismo.

El solo hecho de erigir en “cultura de la pobreza” este conjunto de racionalizaciones y mecanismos de defensa, este conjunto de desviaciones de los ideales culturales de la sociedad dominante, equivale en cierto modo a culpar a los pobres de su pobreza y eso no es justo. Y así también lo concibió de injusto, uno de los grandes oponentes de la teoría de Lewis, y me refiero concretamente a Valentine¹⁵. Se sabe que no fue esa la intensión de Lewis quien por lo contrario visualizó su obra como denuncia social.

No obstante, al centrar su análisis en los valores y las posesiones materiales, Lewis inevitablemente acaba por juzgar a los marginados a través de los valores y de las posesiones de su propio estrato sociocultural. Con todo esto vemos que la realidad, hoy en día, año 2017, demuestra que la teoría de Oscar Lewis y si la centramos a la cultura de vida de la pobreza en los mesones tampoco es valedera ya que de los mesones han salido importantes referentes que ahora ocupan un papel clave en la sociedad.

15 Véase al respecto Charles Valentine. *Culture and Poverty*, The University of Chicago Press. 1972.

Hay muchos habitantes de los mesones que han cambiado su propia historia, y ahora algunos de ellos son cognotados científicos en diferentes áreas del conocimiento, es mas, algunos hasta dirigen y son ejecutivos de importantes puestos en la sociedad.

Además, para muchos el recuerdo de los mesones, si bien es cierto en su momento no fue nada halagador, esa solidaridad y los buenos y malos momentos vividos en esos espacios de convivencia, hoy en día, son relativados y el buen recuerdo aflora. Fueron para muchos de ellos espacios transitorios, pero con un profundo sentido de solidaridad y respeto vivido y aprendido entre los vecinos.

El fenómeno del mesón aún es actual, aún existen y no han dejado de existir; sí se constata que las nuevas formas de migración han provocado nuevos cinturones de pobreza donde cada quien edifica su casa, a como de lugar y donde sea. Esos espacio “habitacionales” ahora conforman los cinturones de miseria, y se conocen como las comunidades marginales y sus habitantes como “gente de las comunidades”.

Y San Salvador sigue creciendo y la emigración del interior hacia la capital y las ciudades grandes del país viene cada día a alimentar un ejército de trabajadores informales quienes pese a ser representantes de una economía sumergida, de una economía no formal, de acuerdo a expertos, genera energía y dinamismo a la economía nacional con todas las consecuencias del caso.

Y es que en estos centros de comercio informal en “los mercados en la calle”, que ahora se ven en cualquier parte de la capital, la gente ofrece desde mango rallado, bolsas de fruta pelada, comida en bolsas, han instalado pupuserías en las aceras y en la cama de los *pick ups*, los cafetines ambulantes en carretones de supermercados o coches de bebés adaptado; encontrando también en algunas esquinas ya conocidas ventas de perros, gallinas, pollos y hasta animales en peligro de extinción como ser; garrobos, iguanas, cusucos, pericos, culebras; pero también como se trata de vender lo que sea hay vendedoras ambulantes que se dedican a la venta de ropa interior, perfumes originales (según ellos), zapatos, carteras, joyería, aparatos electrónicos, cosméticos, juguetes, ropa original (según ellos), hasta marcas recién pegadas, o como se dice en buen salvadoreño, “chaveliadas” y todo se ofrece según la época del año.

Mientras tanto la gente está a la expectativa de las “cachadas” que son los productos robados que a cualquier ahora y en cualquier esquina a usted se las pueden ofrecer.

Este es el marco de referencia socio-económico actual de mucha gente que vive y que vivió en los mesones, —mientras tanto el llamado centro histórico de San Salvador, año 2017—, sigue siendo un desordenado mercado en el mero corazón del país, que a la vez se replica en cientos de pueblos y ciudades a lo largo y ancho de nuestra geografía nacional. Se trata de un hecho que ya es cultura y por ello muchos lo ven como algo muy natural, y tanto el que vende como el que compra han entrado al círculo del desorden.

Y los mesones son ahora la sombra de esos viejos inmuebles que un día fueron los hostales de los pobres migrantes, que llegaron de cantones y pueblos a la ciudad capital con sueños y esperanzas para encontrar una vida mejor en la gran urbe.



Foto: Ramón D. Rivas

I

El mesón y sus generalidades

Cuando iniciaba este estudio, una de las amenas conversaciones las tuve con dos antiguos habitantes de un conocido mesón de los viejos barrios de San Salvador. La remembranza, llena de nostalgia por la vida y las vicisitudes de la convivencia, rodeados de familias enteras con las que compartían su hábitat y hasta planificaban el futuro, vino a la mente de los dos informantes. Y entre risas de alegres y tristes recuerdos, pero como maldiciendo ese pasado, me narraron parte de la historia de vida que la gente lleva en esos lugares.

En nuestro país, muy poco o nada se ha escrito o investigado sobre estos espacios de vivienda y convivencia: su gente, sus deseos y sus quehaceres diarios. Es más, tampoco existen estudios lo suficientemente fundamentados sobre la procedencia de esta gente, y los que existen se refieren en términos generales. Tampoco hay estudios concretos que describan y definan, como por ejemplo el qué llevó a esta gente a convertirse en habitantes de mesones. El problema es estructural, es histórico social, pero todo se describe y estudia en términos generales.

Lo primero que me pregunté fue; ¿qué es un mesón?¹⁶. Sin más, se trata de, —en sus orígenes—, espacios de convivencia pasajera, de lugares para que los viajeros y los arrieros reposaran y pernoctaran, para que las bestias cansadas y trasudadas encontraran agua, comida y se les desmontara la carga para prepararlas para su trayecto del próximo día; son sitios en los que, entre el olor de forraje y bestias y el amontonamiento de las mercancías para ser estibadas, se vivía un momento que solo el comerciante viajero conocía y al cual nosotros solo podemos acceder tratando de reconstruir la historia de aquellos locales que les servían de morada transitoria.

Poco a poco este espacio “de paso” para arrieros y viajeros se fue convirtiendo en un lugar permanente para vivir, sus baños eran públicos y sus letrinas también. Hay quienes cuentan que, en los primeros momentos, en un cuarto se colocaban hasta siete o más “tijeras” (especie de cama de estructura de madera y lona) para dormir. Familias enteras, muchas veces sin conocerce, pernoctaban esos espacios que poco a poco se fueron haciendo permanente; y la gente se fue acomodando. En esos primeros momentos, todo parecía indicar que los pagos se hacían con base en la ubicación del cuarto, pero también los mejores cuartos eran ocupados por los que tenían más posibilidades económicas.

Importante es el hecho que, al estudiar sobre la historia de los mesones, divisamos y se empieza a construir, poco

16 El diccionario define *mesón* como “hospedaje público donde por dinero se daba albergue a viajeros, caballerías y carruajeo”. La palabra en sí tiene su origen en el francés *maison*, que es el término común para designar la casa. El porque en nuestro medio se adoptó la palabra para designar el tipo de vivienda popular a la que se refiere no tiene una respuesta bien definida.

a poco, la historia de los espacios de alojamiento que existieron y que aún existen, aunque en pequeño número, en pueblos, ciudades y en el hoy llamado *Gran San Salvador*.

El mesón viene siendo, en nuestro medio, como un hospedaje público, pero relativamente estable, grande o mediano, con su entrada principal, algunos con “piezas a orilla de calle” —como ya hacíamos referencia—, que eran más caras; y donde la gente pobre que carecía de vivienda propia en su interior habitaba en pequeños cuartos, por lo general uno por familia o persona, ubicada esta gente contiguo y alrededor del área del inmueble, con sus respectivos corredor y patio en donde se tendía la ropa y estaban los lavaderos y servicios sanitarios, una letrina en el centro del inmueble, en el patio, que llegó a popularizarse y conocerse como “el cien”¹⁷.

Esos espacios sanitarios eran colectivos, por lo que los inquilinos tenían que hacer cola para usarlos por turno, mientras se aguantaban con todo tipo de olores que despedía el lugar. El espacio habitacional, en algunas ocasiones, estaba dividido en dos segmentos: el cuarto principal y un pequeño corredor al frente. Este último, casi siempre tenía varios usos, ya que ahí se acondicionaba la cocina y algunos muebles, como mesas para ordenar las ollas, los guacales, cumbos, cántaros, canastos y otros utensilios caseros.

17 El mesón La Bolsa, en la calle *Gerardo Barrios* se decía era el más grande, se refería a que tenía cien piezas, pero la pieza número cien era letrina y baño, que servía a los inquilinos que habitaban las otras 99 piezas. De ahí que la palabra *cien* pasó a ser sinónimo más de letrina, baño, interior, sanitario, pipi *room*, cagadero..., etc. (véase al respecto <http://www.cuscatla.com/losbeatles.html>)

Cuando el espacio principal tenía una altura relativamente holgada, posibilitaba incorporarle un entrepiso o tabanco que ayudaba a ubicar camas o acondicionarlo como dormitorio para los hijos, quedando en el primer nivel, casi siempre, una cama discretamente oculta con un par de cortinas de plástico, telas suaves o papel de periódico, que definía el “aposento” de papá y mamá. Otra parte de esa misma habitación era ocupada para un ropero o cajas donde se depositaba la ropa; una especie de mueble gavetero y la mesa del comedor. No eran espacios en donde se pudiera ubicar un juego de muebles. Casi todo era viejo, de segunda mano.

Estos espacios habitacionales se caracterizaban por una serie de fuertes y malos olores; el primero era el del albañal, que era donde iban a caer todas las aguas servidas; el segundo era la pestilencia a orines y el olor a “perro sin bañarse”... etc. Por consiguiente, cada cuarto tenía su olor particular, de acuerdo con la condición de higiene de los inquilinos.

En este caso, por ejemplo, en el mesón San Rafael, de un taller de fontanería ubicado en el mismo mesón, en donde Trosky y Milor, que eran dos perros vivían junto con sus dueños; aquí, en este lugar no se distinguía la pestilencia que emanaba de los perros, que nunca los bañaban, con la de los calcetines sucios de los hijos del dueño del taller regados por todos lados. Graciosamente, este cuarto convertido en dormitorio, bodega y taller era peculiar por el sonido de la fragua.

También, en el patio se distraían los niños jugando, cuando el espacio era suficiente y les estaba permitido; descansan

los mayores y chambrean. Y es que, cuando alguien tenía la posibilidad de compartir con otro vecino, lo hacía con el mayor de los gustos, como por ejemplo, un puñado de frijoles, tortillas, frutas, cebollas, ajos y hasta un buen pedazo de pan, entre otros.

Los niños nunca pasaban hambre pues aunque sea agua azucarada con pan les ofrecían algunos vecinos mientras sus padres se iba a la rebusca.

Y es que también se daban casos en que a veces, aunque era algo deplorable, solo la tortilla con sal y limón era el único sustento de lo que se disponía, ya que la condición de pobreza no daba para más. Y se compartía. Había casos en que un huevo tibio era chuponeado con tortilla y sal hasta por tres niños; y otros hasta compartían el “mamaso”, que consistía en una tortilla apelmazada con queso o con sal.

Siempre ha habido casos de maltrato familiar, alcoholismo y hasta prostitución y homosexualidad en esos entornos, como puede pasar en otros, pero que en ese ambiente eran causa de murmullos y crítica interna inmediata y en ocasiones muy despiadadas.

Nunca faltaban los pleitos por diversas razones, a veces entre mujeres, saliendo siempre alguien lastimado; y a toda esta situación humana se añaden los chuchos, las gallinas, los pericos, los gatos, etc., y hasta las ratas y ratones con los que, a veces los inquilinos se acostumbraban a convivir. El dueño del “complejo habitacional” podía ser el propio mesonero o encargaba a alguien, hombre o mujer, en su lu-

gar para cobrar la mensualidad, y con esto evitar cualquier confrontación con los inquilinos; confrontaciones verbales que se daban a menudo ya sea por el cobro puntual o por el atraso de la renta.

Es de mencionar que en la mayoría de estos espacios habitacionales, cada cuarto disponía de su propio contador eléctrico; y era notorio que cuando no se pagaba la mensualidad ya que algunos cuartos eran iluminados con candelas de cera. Eran los momentos en los que los inquilinos andaban de cuarto en cuarto pidiendo prestado un pedazo de candela para iluminar el cuarto ya que no tenían los recursos ni para comprar una vela, o simplemente se trataba de gente descuidada.

Eso es, en términos generales, una descripción somera del acontecer vivencial en estos espacios de convivencia en los llamados mesones, la realidad era como un informante me lo relató “saber sobrevivir y convivir entre todos”.

II

Del campo a los mesones

En la realidad social y habitacional del país encontramos situaciones de todo matiz; desde la colonia Escalón, la San Benito hasta el barrio La Vega, San Esteban o en cualquier otra parte de la gran ciudad. Es y ha sido un ir y venir de gente que de barrio a colonia a lo largo de los últimos cien años ha atravesado San Salvador de norte a sur y de este a oeste; y esa movilidad humana aún continúa.

Eso sí, la guerra que terminó en papel cuando se firmaron los Acuerdos de Paz, aquel 16 de enero de 1992 en el imponente Castillo de Chapultepec, en la ciudad de México, fue la gran oportunidad que tuvo el país para, de una vez po todas, refundar la mal vivida sociedad con todos sus defectos. Pero ya terminada la guerra, muy pronto se mostró la verdadera cara y los problemas rebalsaron en una sociedad cansada y con ansias de paz, desarrollo material y humano.

Eso sí, la emigración ilegal, principalmente a los Estados Unidos de Norteamérica, que durante la guerra alcanzó considerables dimensiones, después del conflicto y lograda la paz se desbordó, y esa migración interna que por años se daba en el país se convinó, pasando de lo interno a lo externo con todas las consecuencias del caso para una

sociedad que trataba de encarrilarse por el sendero de la armonía y el entendimiento.

Y es que para unos políticos *paz* significó desarrollar la infraestructura del país, y con ello atraer la inversión. Todo en el marco de una política neoliberal. Se olvidó qué importante es, si es que se quiere sacar adelante un país, preparar a su gente, es decir, desarrollarlo humanamente en el amplio sentido de la palabra. Fue en lo que menos se pensó.

Año 2017: muchos sectores sociales y sus políticos están más entretenidos en buscar culpables; una politización del fenómeno de la pobreza con todas sus aristas es ahora el diario vivir.

No se trata aquí de señalar la división de clase social, ya que aquella ha existido, existe y seguirá existiendo; aún así están los privilegiados que no pasan vicisitudes porque disponen de una vivienda digna y estable.

No obstante, hay familias, que se enfrentan —como se dijo antes— a los cambios habitacionales, teniendo que mudarse a como de lugar, utilizando *pick ups*, camiones y hasta carretones con todas sus pertenencias amontonadas y a la intemperie, y les toca peor aún en época de invierno, a diferencia de los que pueden pagar a una compañía de mudanzas que tiene furgones grandes y el empaçado y menaje de los bienes para transportarlos bien protegidos. La gente hoy en día por la situación de inseguridad y por las amenazas de los grupos delincuenciales organizados, a la hora menos pensada tiene que moverse a lugares mas seguros, por lo

menos eso se espera. Es un país en guerra aunque la misma no ha sido declarada, es un país con gente violenta, y eso sí ya es un agravante a nivel mundial, y el país y su gente no lo merece, el problema es grande y muy complejo.

Hay historias de familias que se han tenido que trasladar —digamos— que de La Garita, en Ciudad Delgado, hasta San Marcos, y quizás al poco tiempo han tenido que salir corriendo al barrio La Vega. Y así, según la vicisitudes de la vida, siempre con la expectativa de que llegue el día en que se echen raíces en algún lado en una casita propia.

Estamos tocando un problema que nos lleva a pensar en el origen de todo esto. ¿Por qué se llega a una situación tal en tanto que es un derecho de todos el disponer de un lugar apropiado donde vivir?

Esta el caso de un informante que me manifestaba lo siguiente: “Mis abuelos maternos migraron del cantón El Chilamatal, en ciudad Arce, del departamento de La Libertad a la capital, San Salvador, allá por 1940. Según los relatos de los familiares, en el cantón, la familia disponía de una pequeña panadería y también fabricaba jabón de aceituna y de cuche, así como del jabón corriente para lavar ropa...”

“No todo les fue bien en la pequeña empresa y por eso decidieron salir de allá rumbo a la ciudad capital. Al llegar a San Salvador, ellos no contaban con una casa propia y por eso se vieron obligados a alquilar piezas de mesón, con la idea de que eso era por un determinado momento y que luego se establecerían en una casa digna. Con el afán de

superarse y dejar las condiciones limitadas que ofrecía el campo es que se aventuraron, a salir de su lugar de origen como ha sucedido con muchos otros, creyendo encontrar mejores oportunidades(...) El informante me comentaba: “La realidad demuestra que mis abuelos llegaron a los últimos días de sus vidas sin lograr sus propósitos, sus sueños, mientras que los miembros de su familia que se vinieron con ellos, y casi todos los demás descendientes, corrieron la misma suerte”.

Y el informante me continua narrando: “En esta situación familiar y lo que sucedió en sus vidas influyó bastante el hecho de que tanto los abuelos como los descendientes no eran preparados educacionalmente y a lo más que habían llegado fue a eso de aprender algunos oficios en los que, hasta cierto punto es ilustrativo el caso de un tío —me decía— que llegó a ser un carpintero ebanista bien calificado, que tuvo su propia fábrica de muebles en Honduras; pero que por los acontecimientos de 1969 salió huyendo por la persecución de la ‘mancha brava’, que fue una de las consecuencias de la mal llamada ‘guerra del fútbol’ entre El Salvador y Honduras...”

“Los abuelos murieron —me dijo—, sin haber logrado tener casa propia, lo que siempre fue su sueño. Con el tiempo, los hijos crecieron; y algunos de ellos sí lograron conseguir casa propia, pero, mientras tanto, ya muchas décadas habían pasado y de los referentes identitarios de El Chilamatal solo eran una cadena de relatos que los perpetuaban por lo que los abuelos narraban. Era ya una familia con otra

identidad, pero aún confundida entre lo que había sido y lo que ahora vivían”.

La realidad era que, desde esa época y mucho antes, ya la gente salía de su lugar de origen sin ninguna garantía de encontrar apoyo en todos los aspectos, y salían y llegaban sin ningún tipo de herramienta para trabajar y tal vez solo con algunos cuantos billetes; y al lugar al que llegaban nadie las estaba esperando y se quedaban a su suerte, era gente que de la noche a la mañana se perdía en el anonimato de la ya entonces “gran ciudad”.

Esta gente de inmediato tenía que empezar a ver cómo subsistía, y, es más, buscar donde vivir. Esta situación, precaria y a la deriva, los lleva de una vez a los mesones de forma irremediable. No había otras alternativas.

No obstante, este anonimato en la gran ciudad, era hasta cierto punto despejado cuando llegaban a residir a algún espacio del aquí estudiado: el mesón tenía un número. Y es que cuando se recibía correspondencia las direcciones iban marcadas como por ejemplo el caso del mesón La Bolsa, aquí la dirección era: 19 avenida sur y 3.^a calle. Número 18.¹⁸ Este hecho de tener una dirección por lo menos ya era algo y daba sentido de pertenecer a algún lugar.

Entonces, cuando llegaba el cartero tenía que entrar al mesón e ir a buscar o preguntar por el número y así poder

18 Un ejemplo, es el caso que me comentaba una informante que cuando ella preguntaba a las niñas que asistía a la iglesia y les preguntaba por la dirección, las niñas no podían especificar donde vivían y solo hacían referencia al nombre del mesón.

entregar las cartas. La cuestión es que también la dirección del conglomerado era común y solo la variante era el número del cuarto. Esto marca una diferencia con las familias que tienen su propia identidad hasta por la casa donde viven que hasta quizá fue heredada y por eso su dirección postal siempre fue la misma.

Las consecuencias socioculturales en todos sus aspectos, para esa gente, estaban desde ese momento a la orden del día. En la ciudad capital, rodeados de gente de diferentes lugares del país, gente pobre, en la lucha por sobrevivir y, es más, en un medio desconocido, era vivir en un mundo que había que afrontar y descubrirlo cada día para poder subsistir.

Se trataba de competir para salir adelante, y allá quedaba, en sus lugares de origen, su parentela, a la que conocían; a la que estaban acostumbrados; a la que en casos de emergencia se solicitaba ayuda; su familia, sus amigos. Ya en la capital, y en el mesón, había que iniciar otra vida. La gran urbe directa o indirectamente enseñaba que se vivía en la sociedad del sálvese quien pueda, era vivir en la sociedad del anonimato.

En esa lucha diaria por sobrevivir, la gente cae sin perdón en una especie de hoyo profundo en donde tiene que hacer todo el esfuerzo día a día, y con sus escasos, propios recursos y posibilidades, si es que las había, para poder subsistir, salir adelante “normalmente”, buscando trabajo en lo que fuera; es más, viendo como se insertaba también a los niños en la escuela.

La pregunta es: ¿Qué se puede esperar de esos niños si los papás apenas saben la importancia de saber leer y escribir cuando la realidad demuestra que para ellos lo más necesario es subsistir y lograr esto en las postrimerías de la modernización es casi imposible? Pero hay quienes han logrado sobresalir, pero son pocos los que salen de ese círculo más aún cuando los políticos convierten el déficit de vivienda en una agenda partidaria, no aportando una solución concreta.

El fenómeno, hoy en día, es mucho más complicado porque, por el solo hecho de que la gente, está saliendo de sus hogares como en un éxodo por las amenazas de los pandilleros, lo que amplía más el círculo vicioso de la migración y sus efectos, llegando a hablar ahora en términos de *transmigración* y *transculturación*, que sobrepasa lo que antes se conocía como migración y culturas locales.



Foto: Antonio Herrera Palacios

III

De la etnografía de un mesón

El mesón que en esta parte vamos a describir se ubicaba en la calle 29 de agosto cerca del mercado central, precisamente junto al puente. Uno entraba por el zaguán. Tenía un par de piezas a orilla de calle. Al entrar, a mano izquierda, estaban todos los cuartos en ringlera y un corredor con ladrillo de cemento de colores verde y rojo, tipo tablero de damas, un ladrillo verde, un ladrillo rojo, y así... El techo era entejado, incluso la mediagua que cubría el corredor.

El patio, enfrente de todos los cuartos, era casi del mismo tamaño de estos y colindaba con una quebrada en la que, durante el verano, el agua corría tranquilamente; pero ya, en ese tiempo, los lixiviados que se producían por la gente y algunas fábricas que las derramaban despedían un fuerte olor a agrio, que los inquilinos tenían que soportar.

En el invierno, como es natural, el río aumentaba su caudal; y era cosa de vivir con temor, mientras duraba la tormenta, por el estruendo que producía la fuerte corriente.

También, en el patio, estaban los baños y los servicios sanitarios comunes donde la gente hacía hasta cola para aliviar sus urgencias. Como en aquel tiempo no había mucha oferta

de papel higiénico, para cubrir la necesidad, se utilizaba de cualquier papel, hasta del que se utiliza para envolver regalos. Es que, en ese entonces, y particularmente en ese medio, por ser muy poblado, la gente utilizaba en sus cuartos, y más durante la noche, las bacinicas de peltre, que de hecho ya tenían la orilla azul.

En ese espacio habitaban unas quince familias, casi una por cada cuarto, de entre cuatro y seis miembros cada una, conformadas por padres, abuelos, hijos nietos, cuñadas y hasta tíos, que de seguro vivían bien hacinados sin casi ninguna privacidad.

En algunos casos, los que podían permitirse esa comodidad, compraban y colocaban camarotes para que durmieran los pequeños, con lo que se ahorra espacio. Se trataba de gente llegada de diferentes sectores de San Salvador, y más de alguna familia, de procedencia rural.

Era, en la mayoría de los casos, gente que nunca había tenido casa propia y que andaba para arriba y para abajo buscando donde asentarse. A veces quedaban piezas solas para su respectivo alquiler, que muy pronto eran ocupadas. Esto nos demuestra el déficit de vivienda que ya existía en ese tiempo.

Los moradores de estos lugares solían tener perros, gatos, gallinas, gallos que despertaban a la gente a buena mañana y hasta patos con su cola de patitos; abundaban también los alacránes, las cucarachas y los ratones.

En ese pequeño mundo se escuchaba música de la época en radios y radiolas, y, a veces, se confundían las canciones que escuchaba un vecino con las que escuchaban otros; era como que la gente se proponía ganar una competencia del aparato de sonido que tenía más volumen.

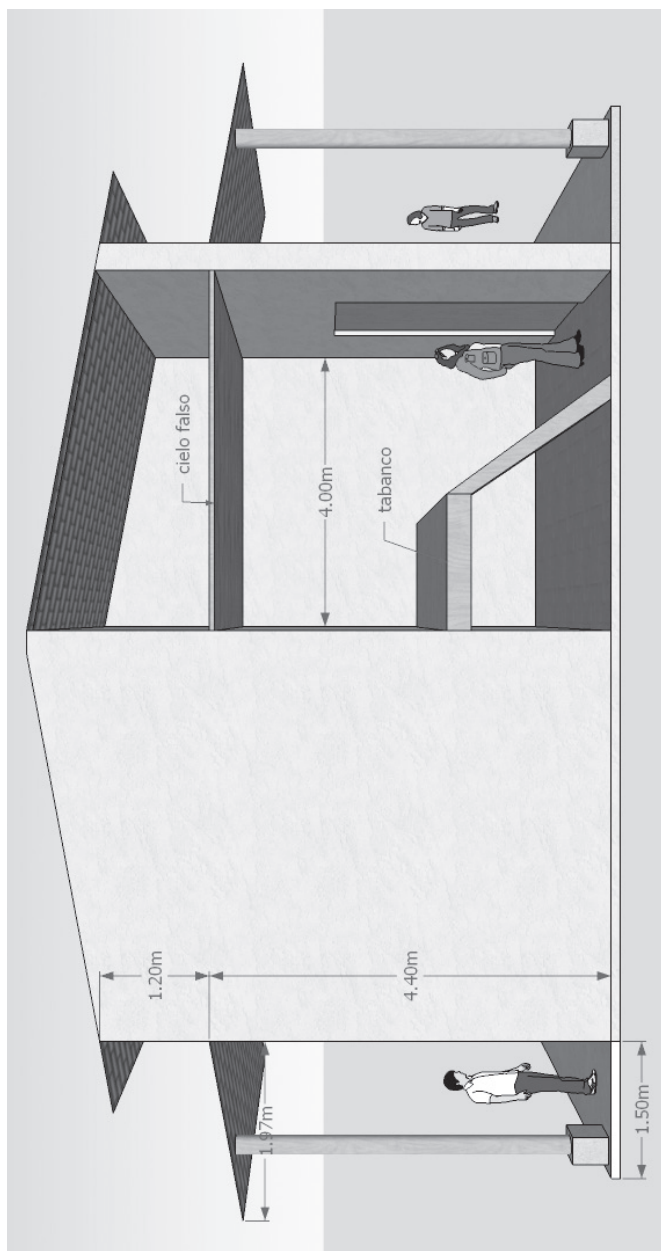
Aquello parecía una feria de pueblo. Es más, a la música se le añaden los gritos de la gente, el llorar de algún niño, el ladrido de los perros que en un santiamén se podían retorcer con otro perro en el patio o el corredor.

Y es que, en algunos sectores de vivienda colectiva actuales, como es el caso de los multifamiliares que se edificaron posteriormente como alternativa a los mesones, solo que de forma vertical y no horizontal como es el caso que aquí nos ocupa, continúan con la bulla parecida a la de antaño. Es un microcosmos en donde todo se sabe.

Era común que los cuartos tuvieran goteras, que se filtrara el agua, que se mojara todo. Lo que se hacía por la emergencia de las goteras era poner los guacales de hojalata, pues los de plástico aún no se producían mucho, para ver después cómo solucionar el problema. Había casos de familias que durante una tormenta, ante la incomodidad de las goteras, movían sus pertenencias de un lugar a otro hasta que el agua dejaba de escurrir.

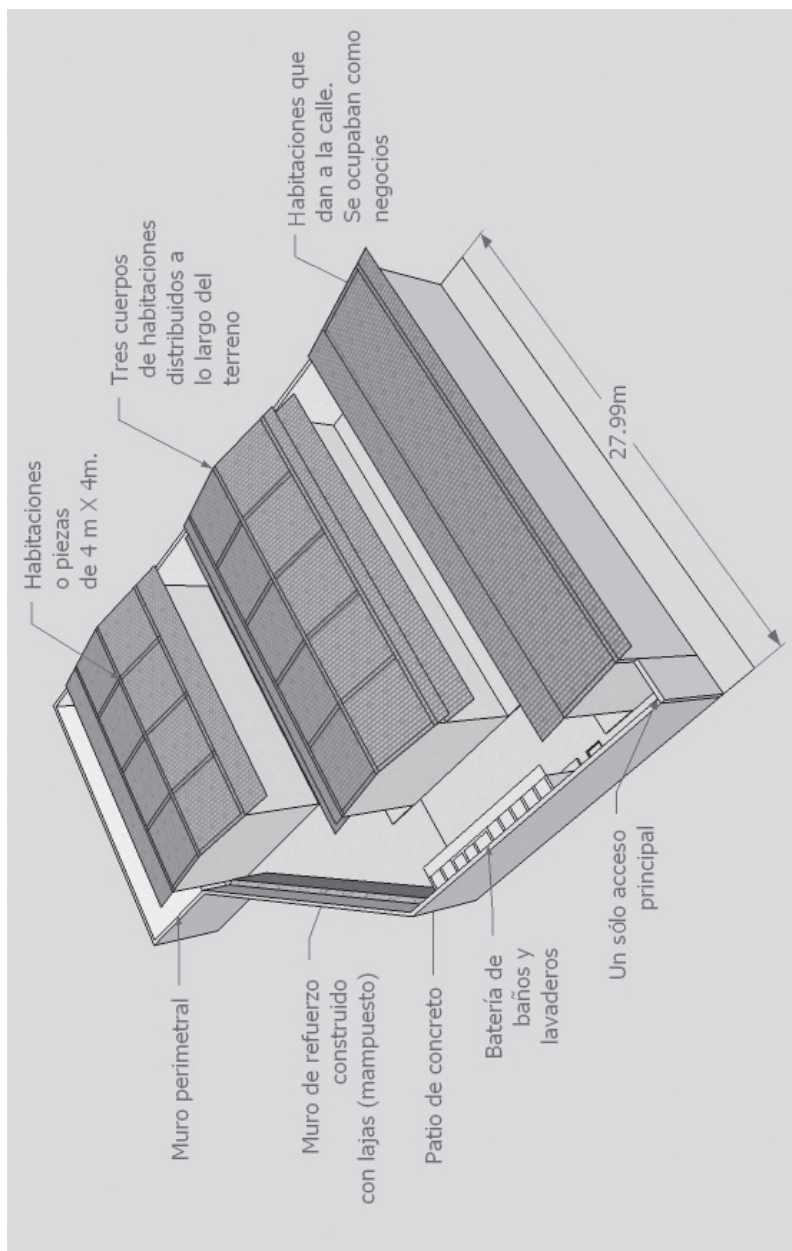
Los cuartos no eran saludables; las paredes eran húmedas, cheleadas con cal, en algunos casos, y lo que hoy se llama *cielo falso* consistía en una especie de petate (acapetate), que eran unos de tejido más ancho que el normal y que se

Plano arquitectónico de la distribución del mesón San Rafael en el barrio San Esteban



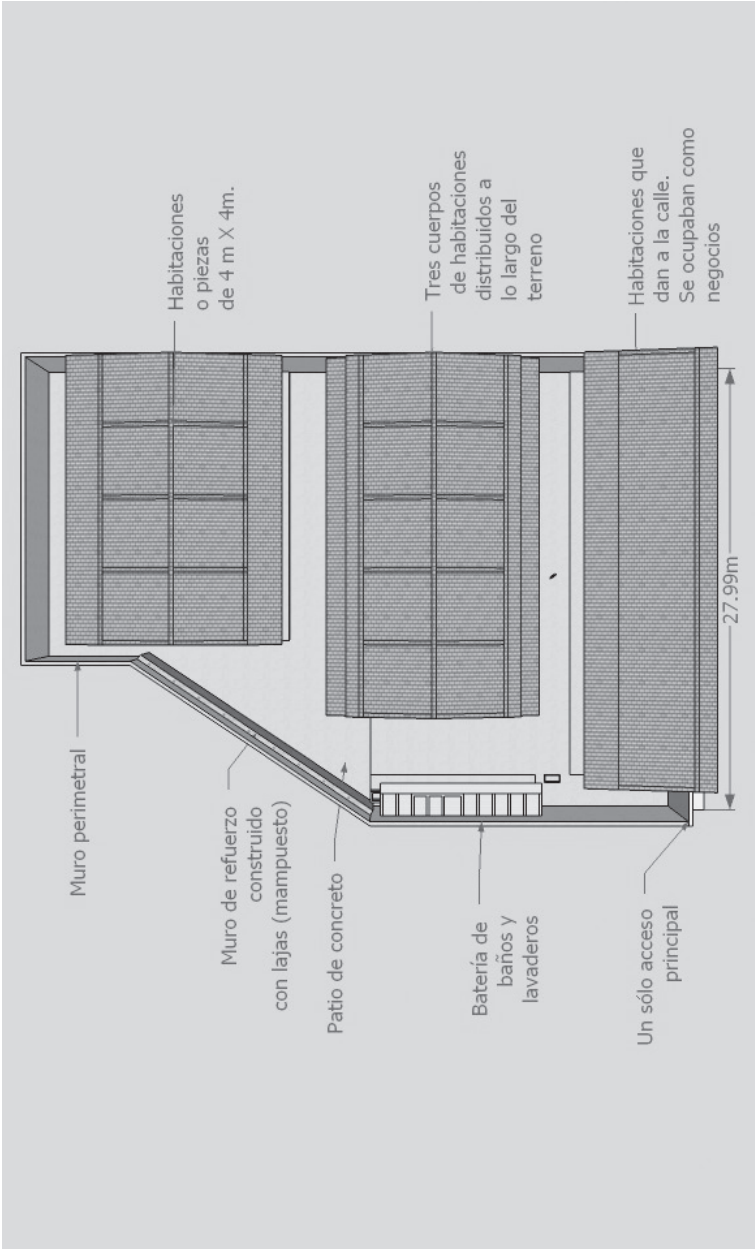
Secciones mesón San Rafael.

Diseño arquitectónico: Arq. Óscar Batres Posada, con la colaboración de Leonardo Regalado.

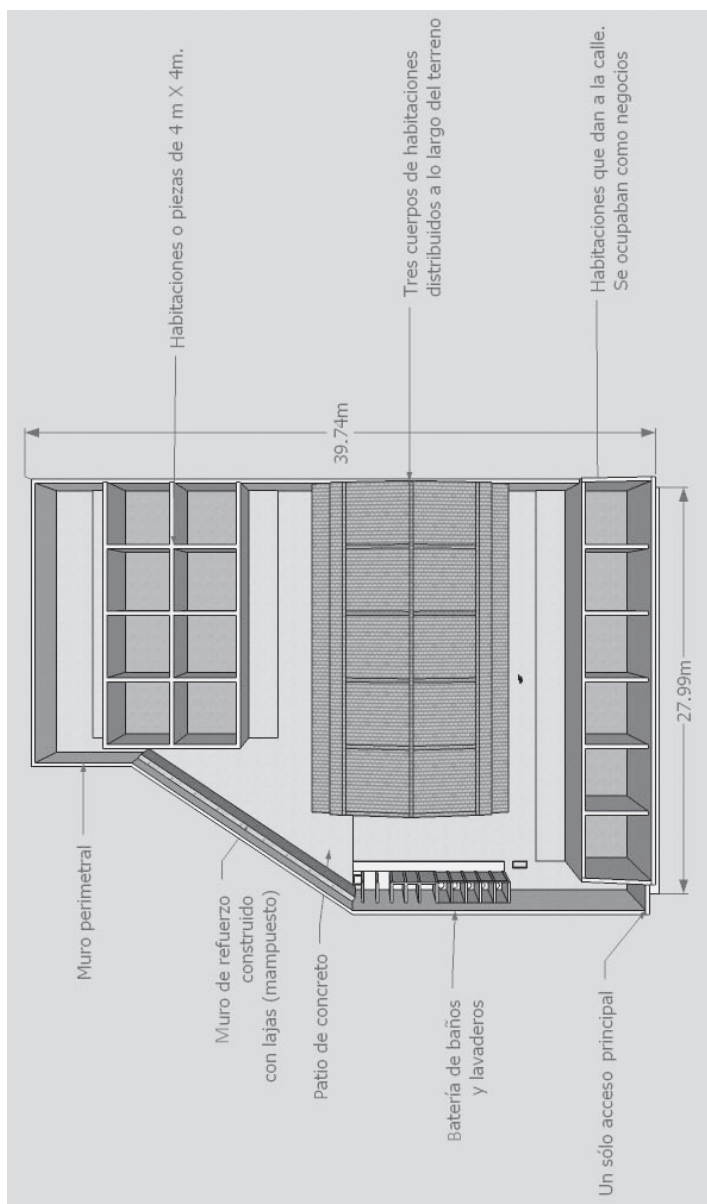


Vista tres cuartos del mesón San Rafael.
Diseño arquitectónico: Arq. Óscar Batres Posada, con la colaboración de Leonardo Regalado.

**Los mesones: encrucijada de la vivienda informal.
Cultura de los marginados**



Vista del mesón San Rafael.
Diseño arquitectónico: Arq. Óscar Batres Posada, con la colaboración de Leonardo Regalado.



Vista de planta mesón San Rafael.
Diseño arquitectónico: Arq. Óscar Batres Posada, con la colaboración de Leonardo Regalado.

desvencijaban por la falta de mantenimiento. Era común ver los acapetates desgarrados en algunas partes, sobre todo en las esquinas ya que las goteras, poco a poco podrían la fibra vegetal de la que estaban hechos.

Era característico que en esos “complejos habitacionales” siempre había una *mesonera*, una mujer, encargada del mesón; y en lo que ella más se ocupaba era en cobrar, ya que a lo demás no le daba mucha atención. Esta señora vivía en uno de los “mejores” cuartos.

La mayoría de gente que vivía en esos espacios eran católicos, si no todos; y por eso tenían estampas religiosas enmarcadas: del Corazón de Jesús, de la Santísima Trinidad, de la Virgen del Carmen y de algunos santos, entre ellos San Antonio, San Judas Tadeo, de San Cristóbal, de que decían que era el santo de los motoristas; y hasta de San Miguel Arcángel, luchando contra una serpiente; y clavaban en la pared espejos baratos, calendarios de la tienda o del almacén, y, una vez pegados, no se despegaban, y los del nuevo año sencillamente los ponían encima. Y abundaban también fotos familiares coloreadas, que por lo general se trataba de los progenitores y demás miembros de la familia; y colgaban también uno que otro título o diploma.

En la reducida área había al lado de la pared una cama pegada a la otra, en fila de tres, a veces casi sin estar separadas; también cabía una mesa pequeña y tres o cuatro sillas de madera sencillas, y, a lo sumo, otra pequeña mesa para la cocina de gas, que utilizaba un gas líquido que se compraba en botellas en tiendas y farmacias. La ropa la colgaban en

lazos clavados en sus extremos, por lo general, en una de las esquinas del cuarto, formando el ángulo.

Para lograr algo de intimidad, se utilizaba el cancel, que era una división de madera con sus respectivas bases que le daban firmeza. Los más pobres forraban los cancelles con papel de diario o pliegos de papel de empaque. Frente a cada cuarto se disponía del espacio del corredor, que era donde se tenía la cocina sobre una pequeña mesa de madera con algunos trastos en una repisa que tenía debajo.

A veces se peleaban las señoras, se gritaban, se insultaban y hasta llegaban a los jalones de pelo, arañoses y revolcadas hasta que eran separadas por sus maridos o por los vecinos. En muchos casos se trataba de enemistades pasajeras o llegaban hasta a dejarse de hablar. Casi siempre sucedía que los padres, cuando se daba este tipo de pleitos, prohibían a los hijos terminantemente dirigir la palabra a los hijos de la vecina enemiga.

Las celebraciones eran las tradicionales: bautismo, matrimonios, de vez en cuando velorios y hasta cabos de año. En algunas ocasiones celebraban las fiestas hasta lanzando y reventando cohetes de vara, en los corredores; en ese mismo espacio era el lugar donde se celebraban los cumpleaños y las fiestas en general, en donde, aunque no todos participaban, el organizador le llevaba al vecino su respectivo tamal, vaso de horchata, chan y su quesadilla.

Los más tímidos se quedaban mirando arrimados a la puerta o a la pared del corredor, y los que no habían sido

invitados observaban, desde lejos, todo lo que pasaba durante la fiesta. Siempre recibían su vaso de fresco, su pan o su respectivo tamal.

Los corredores eran adornados con gallardetes de papel de china y crespón de colores. La gente misma cocinaba lo que comía y departía durante las fiestas; y para esto se preparaba, desde el pan y las comidas, hasta los frescos de diferentes frutas de la época, que para que el agua agarrara vistosidad le revolvían colores que se podían comprar en farmacias y algunas tiendas cercanas.

En esos espacios habitacionales vivían zapateros, empleados de mantenimiento de empresas, jornaleros, vendedores informales... En aquella época, muy pocas mujeres habitantes del mesón eran empleadas, más bien, la costumbre determinaba el atender los quehaceres de la casa y eran sus maridos quienes a muy tempranas horas de la mañana salían a trabajar.

Ellas, las mujeres lavaban la ropa, cocinaban, limpiaban la vivienda, cuidaban a los niños o a sus parientes mayores y, como estaban tan cerca sus vecinas, se la pasaban hablando de cualquier cosa durante el día. Por lo general, algunos lavaderos eran dobles, es decir, que aquellos que lavaban ropa obligadamente se tenían que ver cara a cara, lo que facilitaba la relación social.

No había televisores, salvo en algunos casos, pero casi nunca había ya que era considerablemente caros; y los cipotes iban a la calle a ver televisión a través del balcón de la casa

del vecino de clase media-baja, que, disponiendo de sus centavitos extras, se podía permitir comprar un aparato de esos. Los niños se entretenían viendo al mediodía las llamadas “chiquilladas” que pasaban por la televisión.

En la calle *Gerardo Barrios* estaba el mesón Los Ángeles; hacia el norte, el mesón La Bolsa, y al sur, El Roldán. Había otro que le decían El Chispo, y así cada uno de los mesones eran famosos por las cantidades de gente que albergaban y por todo lo que sucedía ahí que a veces terminaban siendo refugio de todo tipo de gente y hasta de algunos malvivientes.

Esta breve estampa parece ser el reflejo de todos los mesones del país; como en Santa Ana, San Miguel, Usulután y Sonsonate, solo para mencionar algunos que hasta el día de hoy existen con los pocos cambios que se han venido dando a través del tiempo pero que no por eso dejan de ser mesones.¹⁹

Esta breve panorámica da pie para explayarse en el tema del que aquí nos ocupamos y así poder visualizar, en lo que a continuación se presenta, aquellos pormenores de toda una cultura, si se puede llamar así, del ser salvadoreño. Se trata de una cultura que, aunque no es única, tiene sus rasgos muy particulares con los que, si se rescatan como memoria, sin lugar a dudas tendremos una somera idea de la persistencia de vivir en condiciones precarias, que nos dará elementos de juicio para repensar el fenómeno y actuar.

Naturalmente, lo que este libro aborda es una perspectiva del tema en el tiempo ya que todo este quehacer cultural

19 Como dice la canción, “son la misma gente”.

***Los mesones: encrucijada de la vivienda informal.
Cultura de los marginados***

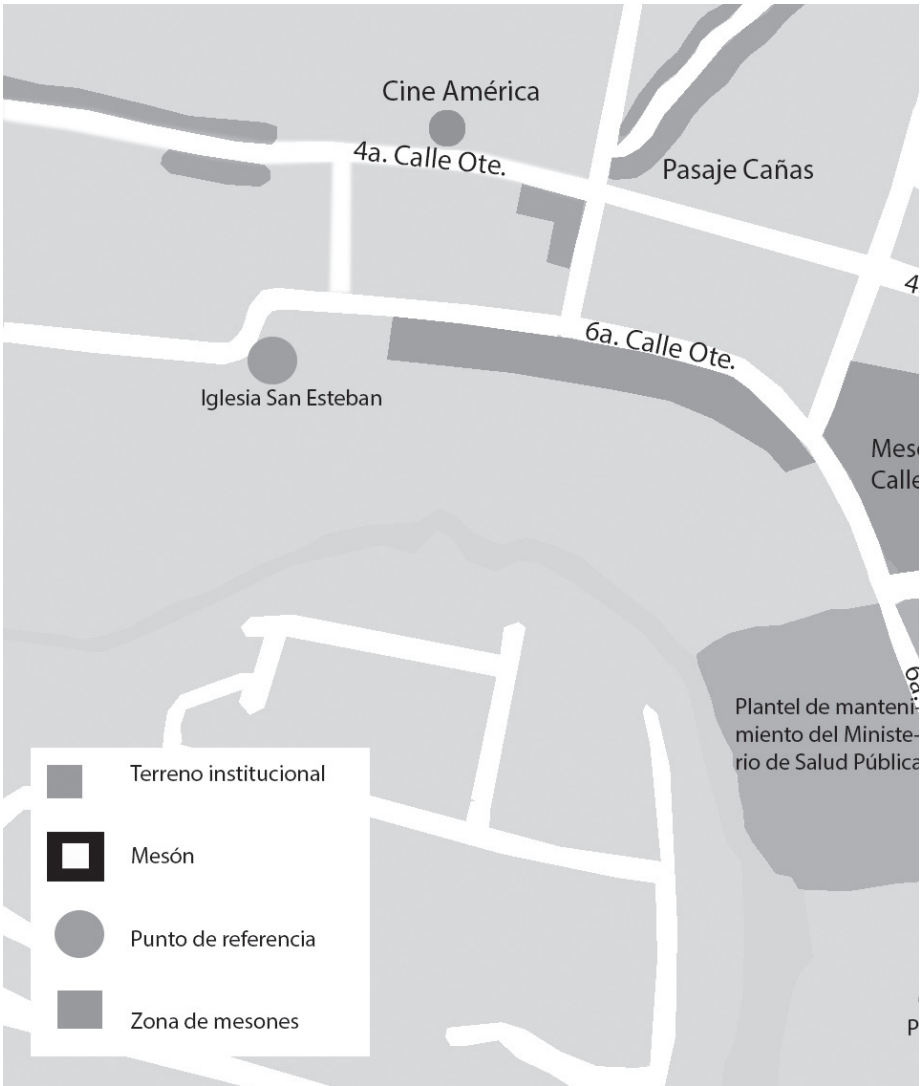
se ha ido transformando, según el esfuerzo personal y con algún apoyo nacional o internacional, que resulta propicio para superar este tipo de situaciones. Por eso, en cuanto al espacio, tiempo y hechos que se narran, los mismos pueden ser espacios que ya no existen así como también el tiempo y los sucesos del pasado y del presente.

Sin más podemos afirmar que uno de los sistemas de vivienda que caracterizó a los barrios viejos de San Salvador fueron los mesones y que a través de la historia de la ciudad proliferaron por la movilización de personas procedentes del campo a la ciudad, con el fin de mejorar sus condiciones de vida. Los mesones fueron el lugar de residencia que utilizaron muchas de las personas que vinieron a la ciudad procedentes de todos los ricones del país. Ver mapa en pág. 86-87.



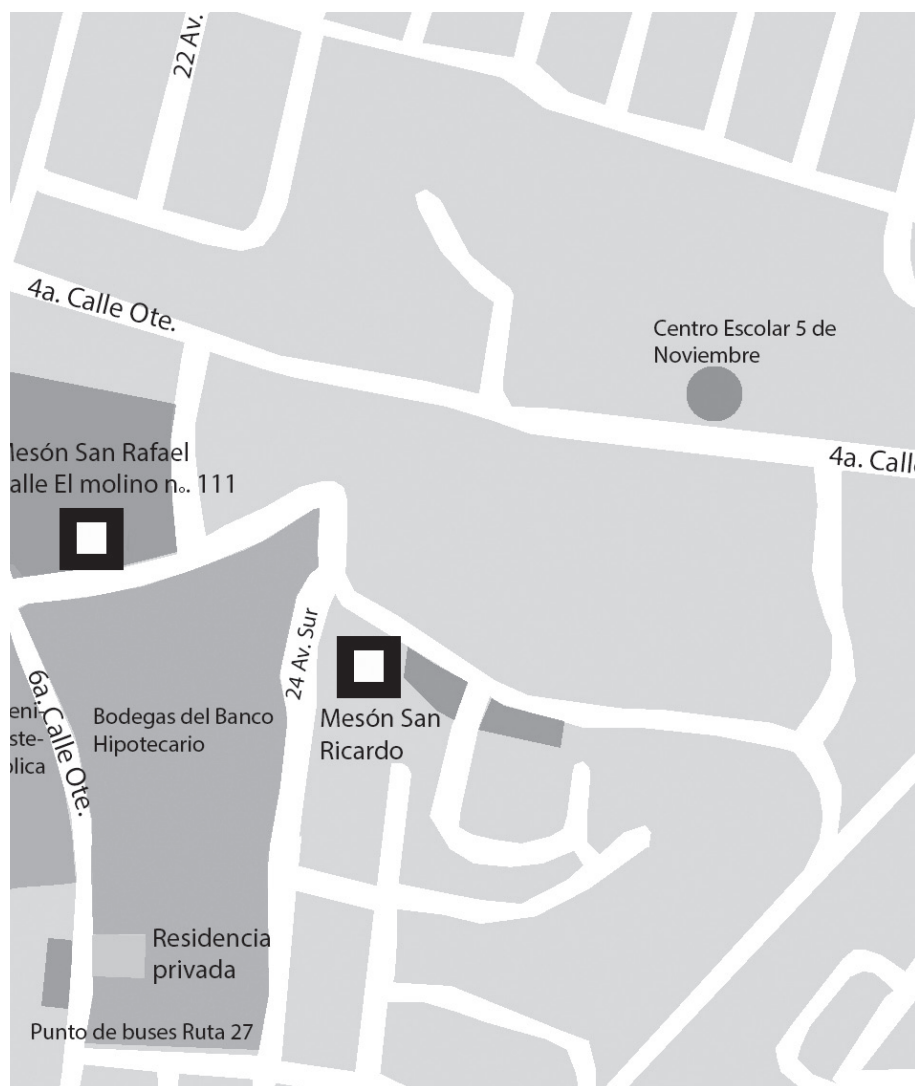
Foto: Ramón D. Rivas

Ubicación Urbana de los mesones en algunos



Mapa elaborado por Leonardo Regalado con indicaciones del Arq. Óscar Batres Posada, que habitó en la zona en uno de los mesones en la década de 1960.

de los barrios viejos de San Salvador



El mesón Cornejo en Santa Tecla

El mesón Cornejo se ubicaba en la 8.^a avenida Norte en Santa Tecla. El informante narra: “Recuerdo la amplitud del mesón, todo el inmueble tendría entre unas dieciocho a veinte piezas, no sé pero yo las veía grande y recuerdo el montón de cachivaches que la gente tenía en cada uno de sus cuartos. Yo tendría unos siete años y como niño podía permitirme entrar y salir por cualquier parte y por eso es que me daba cuenta de muchas cosas...”

“En el patio central, se ubicaba la batería de lavaderos y baños y aún recuerdo unas dos o tres piezas más en donde vivían Héctor, la Rosa y el Chele con su esposa ‘Goya’. Sí, así se le conocía a esta gente en el mesón...”

“El cuarto donde nosotros vivíamos era de planta cuadrada, con una puerta de hoja doble bastante alta, con un cielo falso de petate, sí era un cuarto oscuro y no tenía ventanas. En ese cuarto dormíamos, mirábamos televisión de un aparato de pantalla de color blanco y negro que mi papá había comprado...”

“Nosotros, con mi hermano —el que ahora es sacerdote—, nos entreteníamos viendo chiquilladas, y mis papas, al regresar del trabajo miraban películas y los ‘reportajes de León’. En el cuarto se comía, en el cuarto se dormía y también mi mamá trabaja ahí, durante la noche, con su máquina de coser...”

“El corredor era amplio, de ladrillo de cemento y mucha gente con sus cosas o pertenencias que ya no le cabían en el cuarto como ser; los guacales, la cocina, barriles de agua, macetas de ruda, orégano y yerbabuena que había en abundancia, las colocaban en el corredor. Cada quien sabía lo que era suyo, de su propiedad y eso lo sabía la gente también...”

“Había algunos inquilinos que tenían mesas en el corredor y, es más, otros, los viejitos cuando iban a tomar café y comer pan dulce, se sentaban en la cuneta del corredor. Ahí se platicaba, era como el espacio de socialización de los mayores y nosotros los pequeño, es decir los niños, nos entreteníamos jugando chibolas, mica, escondelero, ladón librado y por su puesto pelota, lo que no era del agrado de muchos inquilinos ya que un pelotazo ensuciaba la ropa recién lavada y botaba macetas y trastes. En fin, para nosotros era alegría pero para los otros inquilinos, era desgracia...”

“En el invierno una terrible humedad invadía todo ese lugar y hasta cierto ‘tufito’ despedían los cuartos y eso nos obligaba a tener la puerta abierta todo el día para que circulara el aire por lo que no había privacidad. Casi todos podían ver lo que sucedía en el interior de la pieza, por ejemplo; ‘las verguiadas’ que me daba mi mamá...”

“En el verano era fresco, ya que el clima de Santa Tecla era entonces muy helado y podíamos salir al patio a ‘chingar’ ya que los lodazales del invierno se habían secado y además, en verano, mi mamá podía secar café en su pedacito de

corredor, a lado de donde toda la tarde pegaba el sol. Ahí, en ese espacio reducido, ella tendía sacos de café y regaba también la semilla para que se asoleara. Ese café lo conseguía mi papá y una parte lo vendía y otra parte era para el consumo de ellos. Nosotros los niños no bebíamos café. Esto de la compra y venta de café daba un par de centavos más a la economía familiar...”

“Una vez, mi mamá tuvo que salir al mercado, —creo—, y mi papa trabajaba y entonces y me dejaron solo en el cuarto pero con una baranda en la puerta para que no me pudiera salir. Pero yo me salte la baranda y salí a buscar a mi papá pero sucede que me perdí en la calle y preguntando por mi papá he ido a parar hasta lo que hoy es la Televisión Educativa. Mi mamá llega del mercado, me llama y no me encuentra en la pieza y al darse cuenta salió corriendo para avisarle a mi papá, que estaba en el trabajo.

Mi papá salió a buscarme y hasta unos tíos y la cosa es que yo los vi pasar varias veces en unos carros ya que una señora vendedora de dulces y chicles me detuvo y al ver que estaba solo me entretuvo y me dijo algo así como ‘papito que andas haciendo solito’. Como yo no le supe responder nada me retuvo a la espera de que alguien preguntara por mí.

Ya posteriormente, cuando vi pasar a mi papa en un vehículo empecé a gritar; papá, papá y a señalar el vehículo, la señora le hizo señales y mi papá alcanzó a ver que yo estaba ahí con ella. Entonces mi papá se bajó del vehículo y la señora le pregunto si yo era el niño de él, a lo que respondió de inmediato que sí. Mi papá, como era

natural, me llevó de regreso al mesón que por la alegría de haberme encontrado quizá por eso no me pijieron pero mi mamá me dio una buena sermoneada...”

“No era fácil vivir, la gente se peleaba, se disputaban el espacio, se puteaban y se daban por eso enemistades de momento pero también de por vida y los padres les prohibían a los hijos terminantemente relacionarse con los hijos de sus enemigos; ‘no le hables a ese mono ya que si los haces te voy a pijiar’, decían. Había mucha violencia intrafamiliar. Recuerdo el caso de un fulano que tenía un hijo por fuera —de otra mujer— viviendo en su hogar, el bicho se llamaba Cruz y la madrastra lo castigaba duro y hasta lo pijiaba en público, en el patio, como para humillarlo. Una vez yo vi que lo puso en cuatro patas en el suelo y se sentó sobre él y lo golpeaba con un cincho mientras lo insultaba. El cipote gritaba ‘ya no mamá, por favor, ya no’. Esto sucedía en plena luz del día en el patio del mesón...”

“Otras familias vivían hacinadas en las piezas y utilizaban camarotes para dormir; en cuanto más cipotes tenían, más camarotes debían comprar ya que los espacios eran pequeños y había que utilizarlos al máximo. Otros mesones tenían tabancos para eso, pero en este mesón no. También, en el mesón, había familias mayores que convivían pacíficamente como es el caso de la niña ‘Marina’, familia que convivía pacíficamente porque eran evangélicos y trataban de demostrar con hechos su credo religioso...”

“Yo recuerdo la fiesta de mi cumpleaños que invitaron a todos los cipotes de mesón; ahí estaba Hugo y Sara que

eran los hijos de la Juana la de la tienda, Sandra, Lily y Cruz con los otros hijos del administrador del mesón, Guadalupe y Miriam que aunque ya eran adolescentes jugaban con nosotros, Luis, Neto y Amílcar que eran hijos de un comerciante de granos básicos muy amigo de mi papá. El cumpleaños fue en el cuarto y ahí se reventó la piñata, se partió y se repartió el pastel y se jugaba. Yo me imagino que mi mamá y mi papá habían tenido que hacer un considerable esfuerzo para comprar todo eso, es decir, el refrigerio para todos los niños invitados ya que en ese tiempo para hacer algo así había que repensarlo...”

“Había también momentos de dolor, como sucedió cuando murió la hija de una de las inquilinas que murió ahogada en el mar en unas vacaciones y al sepelio fuimos todas las familias del mesón, incluyendo los niños; es decir, la solidaridad se manifestaba entre todos. Recuerdo el llanto desconsolado de la mamá y los gritos que daba. Son imágenes que yo nunca olvido y la fuimos a sepultar al cementerio de Santa Tecla. Toda la comunidad del mesón estaba presente, amigos y enemigos y hasta aquellas viejas chambrosas externaban sus muestras de solidaridad llorando a gritos; ‘pobrecita la niña Rosa’ gritaban...”

“A mi mamá le costaba mantenerse a raya con todo ese gran culebrón de pleitos, de rumores, de chambres y por supuesto no permitía que conviviéramos con aquellos cipotes que ya andaban en malos pasos. Ella fue realmente feliz hasta que mi papá le dijo que ya nos íbamos a ir a vivir a una casa que ya era para nosotros. Mi mamá estaba alegre...”

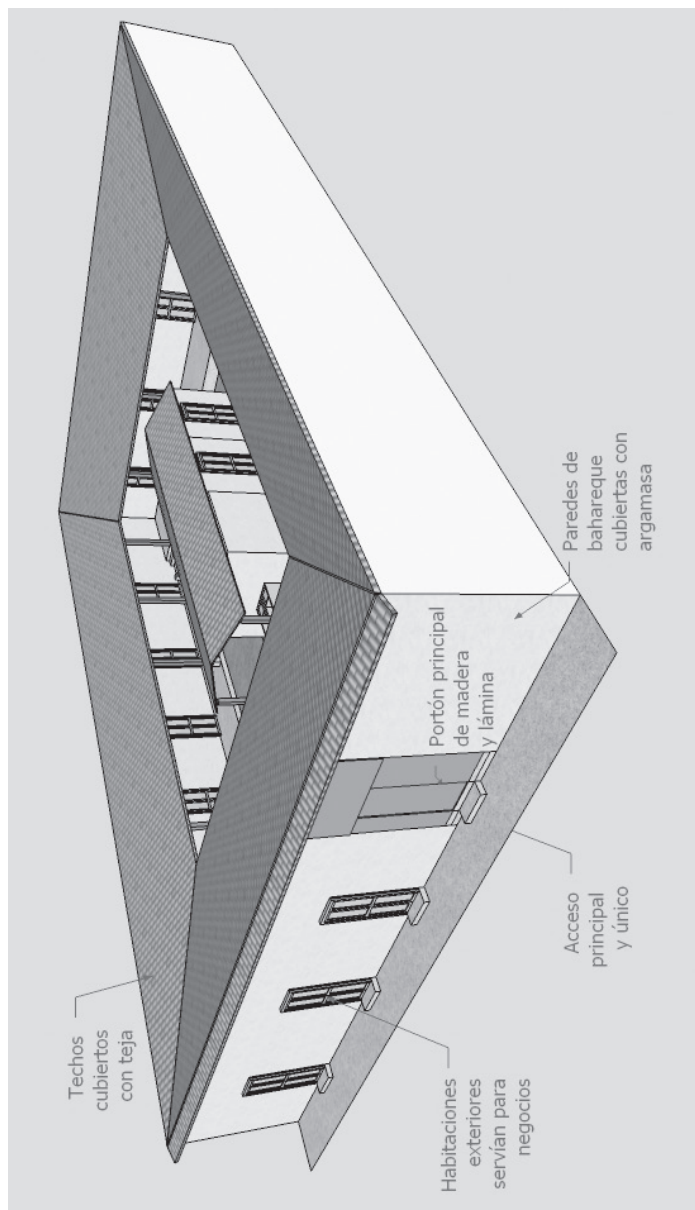
“Sin embargo yo tengo unos gratos recuerdos, como estaba chiquito me la pasaba jugando y curioseando en las demás piezas...”

“Había un señor que todas las tardes tocaba marimba y fumaba pipa, el hombre vivía solo. Una vez me acerque a su pieza y pude ver que en el cuarto solo tenía su cama, unas cajas donde guardaba su ropa y su marimba al fondo, en una esquina contra la pared. El viejo gran parte del día nunca pasaba en su cuarto ya que era motorista del tren de aseo municipal por lo que debía salir del mesón, todos los días, de madrugada.

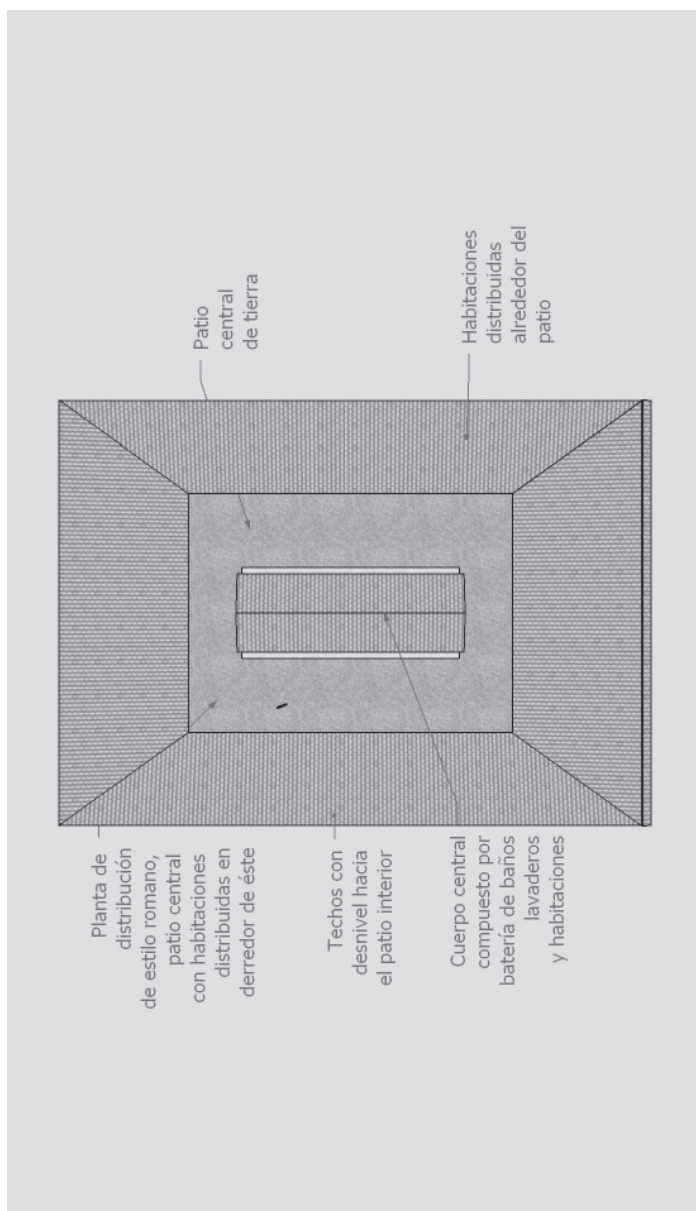
Y así pasaban los días, muy pronto era ya la tarde y luego la noche y rápido ya era otra vez de día. Sí, había también de esos días largos que parecía que no sucedía nada...”

Reconstrucción hipotética del Mesón Cornejo

Este mesón existió hasta 1993, sobre la 8.^a avenida Norte, en Santa Tecla



Diseño arquitectónico: Arq. Óscar Batres Posada, con la colaboración de Leonardo Regalado.



Dimensiones de la parte superior del techo del mesón Cornejo.
Diseño arquitectónico: Arq. Óscar Batres Posada, con la colaboración de Leonardo Regalado.

IV

De las consecuencias por mudarse con frecuencia

Vivir en un mesón no es nada agradable, sobre todo cuando la misma gente no está segura si el tiempo de su estancia será por corto o largo plazo. Nada está seguro. Se sufre de todo tipo de calamidades en esos ambientes. Pero, una de las situaciones más críticas, y a la vez más tristes para las familias, es tener que andar trasladándose constantemente de mesón en mesón debido a inestabilidades económica o para readaptarse donde se espera que haya un mejor lugar.

Todo esto contribuye a que las familias, en la mayoría de los casos, se vuelvan en lo que hoy se llama *familias disfuncionales*, que es la terminología utilizada para identificar a lo que hasta no hace unos cuantos años conocíamos como *familias desintegradas*; y esto por el simple hecho de que, por esa situación precaria de convivencia, se debilitan los sentimientos de pertenencia y arraigo a un determinado lugar; no se hacen amigos, no se va a la misma escuela y los hijos pequeños no saben a dónde van a ir a parar, todo está sujeto a lo momentáneo.

Y es que —precisamente cuando ya los hijos llegaban a la edad escolar— los padres decidían mudarse a aquellos

mesones cercanos a los centros escolares. Pero la realidad era, que cuando se tenían que cambiar de mesón, no solo complicaba a los niños, que ya habían hecho hasta cierto punto su ambiente social y se habían familiarizado con el lugar, sino que, a la vez, los padres se llenaban de inseguridad, ya que no disponían de ninguna garantía de trabajo que les garantizara el vivir en el nuevo mesón hasta que los hijos terminaran la educación primaria.

Todo esto conlleva a una inestabilidad emocional y física, lo que en el desarrollo humano, en un momento dado, puede llegar a ser un factor que desencadene hasta la depresión o la falta de autoestima, o, es más, hasta perder o ver con confusión el sentido de la vida.

En el vecindario —dígase “ideal”— desde muy temprano, la personalidad de los niños se va desarrollando de otro modo. Por vecindario ideal se entendería un espacio en donde se nace, se crece, se reproduce, en suma, se vive hasta los últimos años de la vida y en el que la gente, o un determinado ser humano a título individual, pero con la fuerza que le da la convivencia humana como medio para hacer la cultura, ha desarrollado una personalidad bien definida ante los demás y es respetado, apreciado y a veces hasta despreciado porque ha seguido un mal proceder, pero, a pesar de lo complicado que pudiera parecer, le ha dado ese sentido de identidad, de pertenencia.

Cuando se carece de vecindario esos pueblos nómadas que aunque hoy se presentan cada vez en grupos más reducidos, van de un lugar a otros sin ser conocidos ni mucho menos

reconocidos, y no experimentan lo que pudiera llegar a ser una amistad bien fundamentada al lugar que llegan.

Este hecho se presenta natural y simplemente porque en su situación de subsistencia no existe la oportunidad de construir relaciones estables. Todo nos hace pensar que hay, hasta cierto punto, mucho parecido con lo que sucede con los migrantes que se van y que muchos de ellos se quedan flotando entre el barco y el muelle, sin llegar ni física ni emocionalmente a ninguna parte; sin ser de allá ni mucho menos de acá. Pero aquí estamos hablando de un mesón, un lugar de convivencia humana que es otro de los cientos que hubo y que aún existen en El Salvador.

Este fenómeno no debe de ser tratado solo estadísticamente, como déficit habitacional, sino como circunstancia a la que habría que verle las entrañas en las que, sin lugar a dudas, se le hallarían profundas raíces de carencias estructurales y sociales.



Foto: Antonio Herrera Palacios

V

De los que no pagaban la renta, los servicios básicos; y el caso de las creencias y de los juegos populares

Cada día se podía encontrar una situación diferente; desde problemas para pagar el alquiler, situaciones incómodas de convivencia pero también aspectos relacionados a creencias y tradiciones por parte de la gente. Todos vivían en un inmueble en donde por diferentes circunstancias habían tenido que congregarse y eso no era fácil si se trataba de convivir. No obstante la gente buscaba formas y estrategias para salir adelante en un ambiente en donde cada quien creía que pensaba y actuaba de la mejor forma. Había sí, cierto reglamento, al que la gente, debía regirse, aunque muchas veces una cosa era lo hablado de palabra y otra la realidad.

A los inquilinos que no pagaban el consumo de energía eléctrica se les cortaba de inmediato, pero siempre había uno que otro inteligente que robaba electricidad para conseguir luz por medio de extensiones clandestinas, esto los demás inquilinos lo sabían, pero para evitar problemas se hacían los desentendidos.

El cuchicheo y los rumores en el mesón siempre afloraban todos los días. A los encargados, o mesoneros, cuando eran

muy estrictos o entremetidos, los llamaban “sacones”. Habría que averiguar el por qué del término.

El mesón era y es un espacio de convivencia comunitaria, corta o duradera para algunos, en donde, por lo general, se trataba de no hacer sentir diferencias entre los que allí vivían, aunque en la realidad esto no sucedía.

Otrora no existía un sistema formal de alquiler, la gente hacia un contrato de buena fe. Era el tiempo en donde valía mucho la palabra, que se sellaba de una vez con un fuerte apretón de manos. Los recibos, ya sea del agua o la electricidad, se extendían mensualmente por la cuota estipulada. Los mesones fueron y son parte de la infraestructura habitacional de los barrios antiguos, que significaba, principalmente para el que recién llegaba del interior del país, un alquiler de bajo costo con toda y sus carencias.

Fue el tiempo cuando algunos pobladores, sobre todo campesinos, vinieron a ocupar los espacios habitacionales que se concentraban en el centro de la ciudad, principalmente en los viejos barrios de San Salvador, como La Vega, San Esteban, Candelaria, Concepción, El Calvario y San Jacinto; que eran, los lugares más populares y de concentración de gente marginada. Y nos referimos aquí concretamente a esa gente que llegó del interior del país desde mediados de la década de los años cuarenta del siglo pasado.

En un principio, los habitantes de un mesón creían que su permanencia en ese lugar sería de tipo temporal y que, luego, a medida que fuera encontrando mejores oportunidades

de trabajo, se mudaría a otro espacio con más privacidad. La realidad para muchos era diferente.

Hasta la década de los años sesenta, la religión católica era la devoción predominante entre los inquilinos de los mesones; las devociones también se reflejan a través de algunas imágenes o retratos alusivos al Corazón de Jesús o alguna Virgen. La estampa de la Virgen del Carmen se veía por todos lados. Pero es a la imagen del Sagrado Corazón de Jesús a la que se le rendía el mayor culto y veneración. Se la adornaba con flores de la época, se le encendían candelas y hasta se le hacían novenarios.²⁰ Una informante, —ahora adulta—, me relataba que en el mesón donde ella vivía (de acuerdo a ella el mesón no tenía nombre) colgaba una imagen del Sagrado Corazón de Jesús que al verla le inspiraba miedo ya que la misma se encontraba en una pasillo oscuro del cuarto de los dueños del mesón.

En cada mesón había una rezadora o rezador que a la vez se encargaba de arreglar los altares con su debida tradición y flores de la época. Cuando no había rezador o rezadora, la

20 Algunos informantes me han manifestado que esa devoción al Sagrado Corazón de Jesús se da precisamente por el hecho de que la mayoría de mujeres, habitantes de los mesones, se dedicaban a la venta en los mercados, y por tradición el “Sagrado Corazón” era venerado y celebrado en su día por “estas comerciantes” con novenas y misas. El propio día de la fiesta se celebraba con alborada a muy temprano en la mañana y durante todo el día con visitas, colocación de flores y reparto de comidas para los asistentes. La misa que por lo general el sacerdote celebra en los mercados en honor al Sagrado Corazón de Jesús, era todo un acontecimiento en donde se quemaba pólvora, había música de cuerda y se repartían quesadilla y tamales para todos los asistentes. Era la gente misma en los mercados y en los mesones la que organiza este acontecimiento, aunque la misa se celebraba solo en el mercado.

misma gente se encargaba de buscar las flores; cuando no había rezadora, alguien se ofrecía para rezar, no importando que fuera hombre o mujer. Pero siempre era una actividad de mujeres y niños, aunque los hombres participaban de lejos.

Era todo un fervor popular de mucha devoción. No obstante, la religiosidad popular y el sincretismo religioso jugaba un papel de primer orden, ya que siempre había más de alguna mujer que se dedicaba a los oficios de adivinación, tirar las cartas, leer las manos, hacer limpias, actos de súplica y pedidos a través de la prueba del puro. Esto de la quema (prueba del puro), quien la practicaba, ocupaba espacios alejados, los últimos cuartos, pero que fácilmente se delataban por el fuerte aroma del mismo que salía del tabaco a jalones, que se mezclaban con los aromas que expedía la ruda y otros ungüentos que solo los “especialistas” conocían. Todos estos oficios eran pagados y utilizaban las horas más altas de la noche para su realización.²¹

La gente, en sus creencias, solicitaba estos servicios cuando había decepciones amorosas; y mediante dichas suplicas se perseguía hacer volver a la persona deseada. También se hacía para alejar a los malos espíritus, que de acuerdo a los informantes eran los responsables de producir la envidia y el odio. Con la prueba del puro, la gente buscaba protección y, a la vez, adivinar quién era el causante de los males; pero también para “mortificar o atraer personas odiadas o deseadas”. Con el tiro de las cartas, o la lectura de la mano,

21 Informantes me han manifestado que “la prueba del puro” se tenía que realizar a las 12:00 del mediodía o a las 12:00 de la noche. Por efectos de no privacidad durante el día, estos conjuros se realizaban más durante la noche.

se buscaba escudriñar el futuro; y casi todos esperaban una respuesta de beneficio económico, de prosperidad y buena salud, pero sobre todo la esperanza y efectividad en cuestiones amorosas.

Las intermediarias, o *mediums*, eran frecuentados por jóvenes y viejos de ambos sexos buscando respuestas positivas. Los celos jugaban casi siempre un papel de primer orden. Existían los compadrazgos que eran consolidados con la llegada de una nueva criatura y por la bendición del sacerdote de la iglesia más cercana.

Por esta forma de compadrazgo se estrechaban de una sola vez los lazos de unión y amistad familiar²² entre algunos inquilinos. Un bautizo era siempre bien acompañado de una pequeña celebración entre los padres y los padrinos, con un buen desayuno acompañado con tamales, chocolate y pan. Ahora bien, si era almuerzo, no fallaba la gallina guisada o los panes con gallina.

Todo dependía de la capacidad económica de los nuevos compadres, ya que eran ellos los que cubrían no solo la comida, sino también los gastos del vestuario del ahijado o ahijada. Otro aspecto es el referente a la hora de la comida. Como no todos estaban, por sus diversas ocupaciones, a la hora indicada en el mesón, la madre, que era la encargada de preparar los alimentos, a aquel miembro de la familia que iba llegando le iban sirviendo, o él mismo se servía su plato. Casi nunca se comía en familia, a no ser en momentos festivos.

22 Segundo Montes. El Compadrazgo: una estructura de poder en El Salvador. UCA Editores, San Salvador, El Salvador, 1979.

También, había entre los niños una especie de convivencia a través de los distintos juegos tradicionales que se compartían de manera grupal; había juegos solo para varones y juegos solo para hembras, pero también había juegos combinados; y entre los comunes combinados estaba “la peregrina” y el “salta cuerda”. El juego de “la mica” que era compartido por niñas y niños, lo mismo que el “escondelero”. A los niños, les gustaba esconderse con las niñas; pero también estaba el juego de “el ladrón librado”. Jugar *jack* era solo para las niñas, así como jugar “de cocina” y “de muñecas”, que eran los entretenimientos más comunes entre los niños.

En el caso de los varones, jugar “al trompo”, “capirucho”, a “la chibola”, “escondelero”, “pepas”, “ladrón librado”, “encumbrar piscuchas”, etc (...) era lo típico de ellos. Pero entre los juegos combinados estaba la “mica”, “arranca cebolla”, “papá y mamá”, “esconde el anillo”, “chancha balancha”, “a la víbora de la mar”, “los colores”, “las ollas”, y expresiones artísticas y de agilidad mental, como es el caso de las adivinanzas. Todos estos juegos los hacían en los corredores del mesón y algunas veces en la calle, cuando no había mucho tráfico. El juego de batear con una pelota de calcetín era muy común, era un juego combinado y se practicaba en la calle. Los hombres se divertían jugando naipes y las mujeres en grupo espulgándose unas a otras, lavando ropa y haciendo los oficios domésticos, también se entretenían escuchando radionovelas.

El sueño de todos era algún día poder comprar una casa o realizar aquel trato de promesa y, con ello, ya disponer de su

***Los mesones: encrucijada de la vivienda informal.
Cultura de los marginados***

propio espacio. La realidad era diferente, el trabajo era poco y los salarios exigüos.

Si bien es cierto la vida en ese entonces era barata, todo era relativo ya que los pagos eran miserables y la gente que en la ciudad capital no disponía del apoyo familiar, como sucedía en sus lugares de orígenes, urgía de la ayuda de los amigos que casi siempre era la gente del mismo mesón.

VI

De otras atracciones que la capital ofrecía

En los mesones había de todo tipo de gente: introvertidos, extrovertidos, serviciales, antisociales, pendencieros, pero también gente muy creyente desde el punto de vista religioso. Había gente muy respetuosa también para con los demás, pero había de esa gente irrespetuosa no solo para con el otro, sino también con las cosas personales de los otros. Había gente desordenada, pero también había gente ordenada. Hasta ladrones habían en los mesones y había que saber convivir con todo este tipo de gente.

Como en toda comunidad, hasta cierto punto pequeña, no faltaban aquellos personajes que se distinguían por hacer cosas que parecían extrañas en aquellos años. Este es el caso de Miguel *Payo mota*, quien llegó al mesón San Rafael procedente del mesón San Ricardo en el barrio San Esteban en la colonia El Paraíso. Este era un personaje especial como mas adelante entraremos en detalle. Siempre, todos estos mesones ubicados en las mismas cercanías, se caracterizaban por la ocurrencia, hasta cierto punto excentrica de sus moradores.

Pero también está el renombrado caso de Rigo *Chele Cua-jada*, quien era dueño de un taller, de zapatería, y que una

tarde apareció buscando cuarto en el mesón San Rafael procedente de uno de los mesones del callejón Cañas.

Y es que, como sucede en muchos conglomerados humanos, los intereses recreativos de la gente que vivía en los mesones era hacer también vida familiar, algo como una especie de desahogo o simplemente pura costumbre, los fines de semana, principalmente los días domingo, visitando el Zoológico, el parque Cuscatlán, el parque Infantil; y los más atrevidos se iban hasta la Puerta del Diablo o al turicentro de Apulo, en el mismo lago, para ver y escuchar la *pulun pulun* en medio todo aquel champerío ubicado entorno al lago en donde, los que podían, degustaban parte de la comida tradicional del lugar: pescado frito, yuca, pupusas y panes con pollo, entre otras delicadezas del quehacer culinario popular.

Los otros paseantes domingueros llevaban hasta sus propios panes y pupusas, para no gastar o simplemente porque no les alcanzaba para más, y se arrimaban al champerío en donde se oían las carcajadas y los gritos desafortunados de los bolos que sobre la mesa, como para demostrar que eran cachimbones, exhibían hasta veinte o treinta botellas de cerveza vacías, que las hacía vibrar sobre la mesa el sonido de la rocola con música ranchera para los adultos o de *rock* para los más jóvenes.

Ya viviendo en San Salvador, eran pocos los que iban a la iglesia los domingos, contrario a como sucedía en sus lugares de origen. Era como que la “gran ciudad” despertaba otros intereses a causa de la invisibilidad social que aquella

presentaba. También existían balnearios como La Chacara o Chacra, y Santa Carlota, que eran lugares muy populares que la gente visitaba los fines de semana. Muchos visitantes llegaban a estos lugares casi siempre solo con el dinero para pagar el bus, pero sin faltar la bolsita de pan francés relleno con queso o frijoles. Ya en la tarde llegaban de regreso a los mesones, asoleados pero con aquel regocijo de haber disfrutado un día de descanso, y sin importar que llegaran acabados, sin dinero, otra vez a los mesones, para iniciar la semana.

Los que se quedaban en la ciudad y no iban a visitar familiares en sus lugares de origen, frecuentaban los cines populares de los barrios viejos de San Salvador, como el ubicado en el barrio San Esteban, el cine América; en la zona del parque Zurita, el cine Follies, o el cine Apolo en el barrio centro de San Salvador cerca del barrio Concepción; el cine Avenida en la avenida Independencia, que era el lugar en donde estaban todos los cines cercanos a los barrios del centro, como el cine Capitol, el cine México y el cine París. Estos lugares de distracción eran lugares muy visitado por los habitantes de los mesones, ya que aquí la gente podía escoger las diferentes películas que estos cines ofrecían. En estos lugares centricos abundaban los burdeles y casas de citas con jóvenes prostitutas.

Las mujeres de la “vida alegre”, que permanecían muy cerca de estos establecimientos, no perdían el tiempo mostrando sus atributos para provocar y atraer sus clientes, quienes, la mayoría de veces, con cara de inocencia se acercaban a ellas, y en un santiamén desaparecían para encerrarse en alguno de los moteles o pensiones que abundaban en la zona, otras

encerraban al cliente en el cuarto que ellas utilizaban como vivienda y trabajo.

Me cuentan que en ese tiempo nadie usaba condón y sí habían enfermedades de transmisión sexual, estas no pasaban de ser la gonorréa y el chancro; pero, sí, de lo que todos hablan era de la infinita picazón de las ladillas que se adquirían en esos lugares. La penicilina y las pomadas eran los remedios que más se usaban para esos deslices de la vida. En las farmacias era común que los hombres y hasta las mujeres preguntaran por la “pomada del soldado” para curarse de las chichuizas, un ungüento de tipo casero que vendían como medicina para ser frotada en la parte afectada, pero también preguntaban por la pomada “la hedionda”, que era contra inflamaciones; el yodo y el azufre para cicatrizar heridas y granos. Es decir la gente se las ingeniaba.

Cerca del Zoológico estaba también el cine Modelo, que era, en particular, el preferido de mucha gente de los mesones debido a las bajas tarifas de entrada para ir a ver las tuzadas y matinés. En los cines —me decía un informante— se disfrutaba. Y es que, en los momentos de más suspenso en la película, y cuando nadie se lo esperaba, era cuando alguien gritaba: “¡Por qué tan callados hijos de la gran puta!”, a lo que alguien dentro del público respondía de inmediato: “¡Porque se murió tu madre...!” Y todo esto era seguido de una rechifla. Lo mismo sucedía cuando alguien dejaba ir un sonoro pedo, que era seguido de carcajadas y rechiflas.

Estos eran algunos de los escenarios de la vida citadina que los habitantes llevaban a cabo para distraerse y hacer que los niños, que pasaban encerrados en los cuartos durante el día tuvieran, quizás, por lo menos un momento de sano esparcimiento con sus papás y otros amigos del mesón.

Un informante me comentaba también que llegaban y se instalaban en algunas áreas planas del lugar, circos provenientes de México —por lo menos así decía el anuncio—, y había algunos nacionales, como el famoso circo “México”, donde se presentaba uno de los más conocidos payasos de la época: Chocolate. Los circos eran otras de las diversiones de la gente común y corriente, es decir, era la gente pobre la que más buscaba ese tipo de diversiones. En la década de los sesentas, fue el circo Chocolate de los más famosos al que se le sumarían el circo Blue Star y el circo Cañonazo.

Hay historias amorosas entre muchos de los habitantes, que de acuerdo a informantes volvieron locos de amor a muchos de sus moradores. Eran de esos amores platónicos, con más de alguna de las bailarinas de los circos que llegaban, que ya sea por las miradas desafiantes o por la forma en cómo ellas movían el trasero, conquistaba los corazones de los hombres quienes ya enamorados iban repetidas veces a ver las funciones en donde dejaban las ganancias de su trabajo diario; se daba el caso de enamorados de alguna bailarina que asistían hasta a las tres funciones que ofrecía el circo en un día, y se olvidaban no solo del mesón sino también de su familia.

***Los mesones: encrucijada de la vivienda informal.
Cultura de los marginados***

Había, naturalmente, otras escenas, pues casi siempre los fines de semana, por la mañana, la madre salía con la criatura, y el papá se quedaba fondeado aguantando la goma de la juerga del viernes y sábado anterior, ya que entre el guaro y el enamoramiento de esos amores imposibles pero “no difíciles” de las bailarinas del circo, la goma se volvía más una enfermedad crónica que una simple borrachera de fin de semana.

Era el tiempo en que muchos obreros y jornaleros encontraban su diversión en la ingesta de alcohol, pues lo manifestaban en la calle con sus borracheras. El informante me dijo que todo eso es contrario a lo que sucede hoy en día, que el bebedor se esconde en los rincones de sus casas. Antes la gente gustaba de exhibir lo que bebía y sus propias manifestaciones, a veces medio a verga imitando a algún famoso cantante.



Foto: Ramón D. Rivas

VII

De los espacios de diversión durante el fin de semana

Durante todas las semanas cada quien, hombres y mujeres, tenían sus propias actividades. Aquellos hombres o mujeres que vivían solos, a muy tempranas horas de la mañana, cerraba su cuarto con llave y no volvían hasta entrada la noche. Los otros, si tenían familia, salían a buena mañana, cuando se trataba de los hombres a trabajar y volvían hasta ya muy tarde. Habían casos de mujeres que trabajaban fuera del mesón y cuando los hombres eran desempleados se quedaban al cuidado de los niños pequeños, pero también había de esos casos de mujeres solas, como más adelante se describe, que dejaban a los niños bajo llave o a la custodia de alguno de los vecinos. En el mesón siempre había gente, unos entraban y otros salían y esto era de todo el día y hasta muy entrada la noche.

Los días miércoles y domingos era ya costumbre ir a ver los partidos de fútbol al Estadio “Flor Blanca” (hoy *Jorge “Mágico” González*) y ese hecho —me dijo un informante— “se caracterizaba porque eran marabuntas de zapateros seguidores de un determinados equipo quienes aprovechaban para ir a joder, pues no hay otra palabra. A la entrada y la salida del estadio, esta gente se divertía lanzando orines,

polvillo de ‘pan caliente’ y, por su puesto, distinguiéndose por las putiadas que a gritos daban a los fanáticos que iban entrando debidamente identificados con los colores de los equipos de su preferencia”.

El mismo informante me relata que; “algunos de los zapateros no veían el partido, pero sí disfrutaban de las travesuras que hacían otros para incomodar a la gente, pero para los demás todo esto servía para darle sabor al partido y al ‘ambiente festivo’ que se vivía. Se bebía, se jayaneaba y se gozaba, pero también, al final de los partidos, cuando no había servicio de transporte, se tenía que caminar desde el estadio hasta el mesón. Todos los inquilinos del mismo mesón se esperaban para irse juntos”.

Me relataba el informante que “entre los habitantes de un mesón, aunque hubiera rencillas de carácter doméstico, ya en el tipo de situaciones como las que aquí se describen, había solidaridad. Era todo un acontecer el ir a ver los partidos de fútbol, ya que los gritos de los bolos y las carcajadas era el reflejo de la jodarria que se traían entre todos cuando iban ya de camino a su respectivo mesón...”

“En la ruta, cada quien se dispersaba para su barriada al lugar donde vivía. En uno de esos encuentros deportivos: Águila-Alianza —me cuentan— venía la ‘majada’ del mesón San Rafael, y entre ellos estaban ‘Patás cutas’, ‘el Cholco’ Romero, ‘el Neto camello, o El negro Milo’, ‘El Pato’ Hugo, y Wilfredo ‘Borolas’, entre otros, y sería a la altura del parque Cuscatlán, precisamente donde hoy es la Sala Nacional de Exposiciones ‘Salarrué’, que venía un camión que trans-

portaba ganado, posiblemente se trataba de un camión de San Miguel, ya que había jugado Águila-Alianza. Sucede que uno de los mozos del camión, alegre porque el Águila había ganado al Alianza, al ver las camisetas blancas del Alianza se acurrucó, enterró y enterró la pala para hacerse de inmediato de una senda palada de mierda de vaca y la dejó ir contra nosotros los aliancistas, que al único que bañó fue al Wilfredo Ascencio, alias ‘El Pigui’, que además de haber visto perder a su equipo predilecto salió premiado con una palada de mierda la que le calló de trofeo en el lomo y parte de su cara...”

“Pero todo eso, al final, fue una de puteadas que le dimos a gritos al camionero y al mozo, que por más que corrimos no los pudimos alcanzar, y comenzó la jodarría con el tufo a mierda de vaca que el compañero llevaba impregnado. El Alianza y el Águila eran los equipos preferidos en el San Salvador de los años sesenta”.

Un informante me relató que; “el gremio de los zapateros, dispersos en todos los barrios, por lo general los días lunes no trabajan y lo dedicaban para afilar cuchillas e ir a ver los ‘dobles’ a algunos de los cines antes mencionados. La pregunta es por qué este gremio buscaba de preferencia dichos cines —me decía el informante—, la respuesta es que, precisamente en esos espacios tenían libertad para compartir sus ‘finas’ leperadas y jayanadas, muchas veces acompañados con un sonoro pedo que era característico como saludo de llegada al que todos respondían con un rechifla: ¡Ya vine hijos de la gran puta(...)! —gritaba alguno

de ellos al entrar al cine; y otro le respondía—: ¡Sí, cabrón, pues aquí está tu madre conmigo...!”

El mismo informante me relataba; “precisamente en aquellas películas de misterios o de esas entretenidas con escenas de silencio y justo al momento de una acción y con la música de fondo pertinente más de alguno gritaba: ¡Hablen hijos de la gran puta...! a lo que otro respondía de inmediato: ¡Come mierda(...)! Era todo un acontecer y regocijo de la audiencia presente...”

“También, tenemos el caso del ‘Chele cuajada’ y su flota de jayanes —me comentaba el informante—, que era entrando al cine se caracterizaban porque su saludo era una chorrera de pedos. Y decía: ¡Ya vine, hijos de puta(...)! y se armaba la de puteadas y jayanadas. Algunos afirmaban que el Chele cuajada preparaba su estómago para el concierto de pedos tomándose medio litro de leche y un vaso de jugo de naranja con bicarbonato de sodio para hacer tal osadía...”

“Se afirmaba que hasta sus eructos parecían pedos. Otros decían que este hombre hasta al culo le había enseñado a hablar y que por eso era que algunos de esos pedos sonaban como respuestas...”

“Otro caso de la vida de los mesones, —me decía el informante— y de esos personajes que le cotejaban, es el de los huelepega que se asociaban con los zapateros, por el hecho de oler pega, y entre ellos está el caso de Miguel Payo mota, quien se escondía en las letrinas para que no lo vieran y se

Los mesones: encrucijada de la vivienda informal. Cultura de los marginados

quedaba ahí entre el tufo a mierda y orines de la letrina absorbiendo el aroma ya combinado del pegamento...”

“Juntamente con la barriada de los mesones se conformaban muy buenos equipos de fútbol, llamados “trabucos”, ya que eran constituídos por jugadores de distinta procedencia y se incluían por sus cualidades futbolísticas. Entre algunos equipos conformados dentro del barrio San Esteban, estaban, El Will, El Mustang, El Paraíso, El Sao Paulo, El Huracán y El YSKL que era patrocinado por la radio, entre otros”.

Y así la vida transcurría en los mesones...



Equipo YSKL, 1976. Parados de izquierda a derecha: Carlos Alarcón ‘el chino’, Alfredo Orellana ‘el seco’, Luis Ventura ‘el cartero’, Oscar Batres ‘borolas’, Ricardo Osorio ‘el negro jodelito’, Jorge Figueroa ‘pique’, Julia (madrina del equipo), Jorge Eméstica ‘clarita’, Elio Hernández ‘el viejo Elio’ QDDG, Jorge ‘mula’.

Agachados de izquierda a derecha: Jorge Alarcón ‘cacho’, Daniel ‘el patio’, “Taca taca”, Pedro Bonilla ‘niño pedo’, Julio Del Cid ‘mica cholca’, Antonio Orellana ‘pelé’.

Fotografía proporcionada para este estudio por el Arq. Oscar Batres Posada

VIII

De la vida, sus quehaceres y la solidaridad

En los caserillos, cantones, pueblos y ciudades del interior del país, la vida de la gente, y si bien es cierto la pobreza y el deseo de salir adelante, era un aliciente para emigrar, la solidaridad existente entre familias y con la comunidad que les rodeaba, hasta cierto punto contribuía no solo a la sobrevivencia, sino también era un incentivo que infundía confianza y vivificaba las tradiciones que día a día eran el fuerte de cada uno de los individuos en ese medio de vida.

La mayoría de la gente que se mudaba a los mesones venía a la ciudad capital directamente de sus lugares de origen —el campo o los pueblos— solamente con el petate, un matate y con el tiempo lograba comprar una cama o una tijera de lona, y así me lo confirmaron varios informantes.

Eran las primeras pertenencias que los inquilinos adquirirían, para no dormir en el húmedo y frío suelo. Informantes me manifestaron la forma picarezca que las relaciones sexuales, en esas tijeras, se daban y que eran precisamente las que delataban la intensidad del placer y la puesta en práctica del deseo consumado en el acto que, como ya mencionábamos

atrás, ponía en alerta a todo el vecindario, y así me lo relataron varios informantes.

La ciudad a estos migrantes les ofrecía cierta salida a su situación que en sus lugares de origen era imposible de lograr.

Y es que quienes vivían allí, en el mesón al que llegaron, quizá viven todavía; eran campesinos, policías, obreros, pequeños comerciantes, jornaleros, relojeros, zapateros, fresqueras, vendedoras de frutas, dulceras, parejas recién acompañadas, homosexuales, electricistas, cargadores de bultos en el mercado y hasta delincuentes. Algunos mesones disponían también de cuartos para albergar inquilinos “pasajeros” como payasos, pero también bailarines y bailarinas de circo, entre otros.

Se trataba de gente pobre, gente al margen de la sociedad en su mayoría con deseos de superación. El vivir en un mesón significaba —en la estructura social del salvadoreño—, marginalidad, desprecio, gente de bajo nivel cultural, gente con cierta formación educativa, grupos familiares con bajos ingresos y con muchos hijos, es decir; gente del montón. En los mesones también vivía toda aquella gente que con mucho sacrificio construyó su patrimonio, con base en una refresquería, pupusería, chilatería, sastrería, zapatería, comedores y hasta con la “venta de su cuerpo”.

La vida era alegre, pero limitada en su estilo; y, aunque la gente no tenía nada de comer, sí había solidaridad; lo poco se compartía, se ayudaba en el cuidado de los niños, en los oficios, a veces en la enseñanza para aprender los números y

las primeras letras, e inclusive hasta de aprender algún oficio como, por ejemplo, sastrería, carpintería, hojalatería y zapatería, entre otros oficios.

En el mesón no había privacidad, todo se sabía al momento de ir a traer el agua al chorro y de lavar la ropa en los lavaderos. Una informante me relataba:

“Vivíamos en el mesón Montenegro, en la calle Modelo. En ese mesón no había agua, había que traerla en un cántaro de barro de la casa de enfrente. Es que agarrábamos el agua y la llevábamos en la cabeza para el bañito que había en el mesón, que no tenía puerta, sí un costal de yute que servía para tapar. Las mujeres se bañaban en fustán y las niñas en calzón, los hombres en calzoncillo, de esos largos de manta”. (Era 1949).

Y continúa narrando:

“El agua la acarreábamos de una casa de a la par que tenía pozo y que a la vez era una tiendita. En esa tiendita también se ‘fiaba’ y se pagaba al final de la semana; la dueña o el dueño de ese establecimiento anotaba todo en la, por todos, temida libreta, o en un cuaderno. La gente llegaba y decía ‘dice mi mamá que mande(...) y que lo ponga en la cuenta’. Naturalmente se trataba de clientes, gente conocida en el vecindario. La gente en esas tiendas requería, por lo general; arroz, frijoles, manteca, jabón, queso, azúcar, café y huevos. En determinadas épocas del año, sobre todo en la época lluviosa, la gente se hacía de pilas para las lámparas y hasta de velas. El dueño, o la dueña de la tienda, anotaba en

la libreta o en el cuaderno de apuntes y cuando uno se atrazaba en el pago se le amenazaba con ya no fiarle hasta que pagara la cuenta; y eso era peor que le dijeran a uno ‘te voy a meter preso’, simplemente porque, si no había más fiado, ya no había lo necesario para comer. Eran tratos de palabra, no había ningún compromiso escrito y más de alguna vez sí se rompía la palabra...”

Y continúa narrando; “como los baños y lavaderos eran públicos, si querías ser de las primeras en bañarte te tenías que levantar a las cinco de la mañana”.

Otro informante, pero ya en la década de los sesenta y en otro de esos espacios habitacionales, me decía; “todas las mujeres se ponían a lavar a la misma hora, y era ahí precisamente en donde afloraba la vida del mesón”.

La gente lavando contaba de todo, pero siempre sobresalía alguien entre las mujeres que era la que sabía más, como es el caso de la Juana Bengoa, conocida con el sobrenombre de Juana Velorio. En el vecindario se decía que la Velorio, con su lengua no solo había causado ya muchos pleitos y enemistades de por vida, sino que también había “mandado cristianos al otro mundo”.

Los lavaderos eran el lugar apropiado para informarse de los chambres y de las verdades de cada uno de los inquilinos; de ese mesón y de otros. Uno de los informantes en una de las conversaciones me dijo; “esos puntos de encuentro eran más efectivos que los noticieros de las radios o las informaciones del periódico, ya que la gente lo que no sabía

se lo inventaba, y por más que los inquilinos y la gente de otro mesón se cuidará, siempre salían a relucir cosas como: que la dejo el novio; que el marido le pega; que ella mantiene al marido; que la fulana esta preñada; que tiene otra mujer el hombre(...) en fin, la comida del día era que casi todo lo que circulaba se refería a las relaciones de los sexos.

En el mesón, —me narraba un informante— “los cipotes, al llegar de la escuela, se quitaban los zapatos, pues estos eran los únicos que tenían y había que cuidarlos; era prohibido jugar pelota con ellos, si no se obedecía era cosa de recibir unos cuantos cinchazos por parte de la mamá”.

Y continúa el relato: “alguien que tenía un empleo, como por ejemplo, que estuviera empleado en alguna tienda, en alguna industria, que fuera empleado municipal o de gobierno o también de una empresa grande, como era el caso de los motoristas, gozaban de ciertos privilegios y también sabían compartir momentos; como era el caso de ver los programas de lucha libre, novelas, caricaturas y eventualmente deportes en la televisión.

Otros hasta la radio compartían, escuchando programas como; ‘Tres patines y la tremenda corte’, pero también los conciertos de música de marimba en la Radio Nacional. Por las mañanas, a muy tempranas horas, algunos no respetaban el descanso de los otros y encendía el radio y la ponían a todo volúmen para escuchar su estación favorita, que se trataba del programa, de todos conocido, ‘Las rancheras que dan cólera’ ”.

El informante me agregaba que; “los domingos, casi siempre durante las tardes, la música, sonando fuerte de un cuarto y otro se confundía, y más de alguno destapaba las cervezas y brindaba a gritos; ocasionalmente casi nadie compraba por cajas esta bebida, como sucedía para la época de Navidad. Frente al mesón o en una tienda esquinera las cervezas se vendían bien heladas, que eran sacadas de la refrigeradora; y cuando esta no servía usaban una hielera improvisada de madera, tipo cajón, repleta de hielo”.

El mismo informante me narraba; “el gusto por la música se diferenciaba entre hombres y mujeres; y es así como los hombres, entre cerveza y cerveza, se emborrachaban con las canciones de Pedro Infante, Jorge Negrete y Javier Solís. Las mujeres, por su parte, aunque no se emborachaban, suspiraban y cantaban, acompañando, al son del tocadisco, las canciones de Enrique Guzmán y Alberto Vázquez, Leo Dan, y Palito Ortega. Tenían preferencia por los artistas mexicanos, con algunas excepciones, como los argentinos Sandro y Leonardo Fabio, este con la canción ‘Any’, que rayaba y rayaba; y entre más rayaba, hombres y mujeres más la escuchaban. El grupo español Mocedades fue toda una revelación. Más de alguno, hoy en día, disfruta escuchar esa música, ya que trae recuerdos de lo que fue posible, pero también de lo que fue imposible...”.

“Se dió el caso que, cuando querían enojar a alguien o vengarse de alguna mujer, un día antes, con pseudónimo, iban a las radios a dedicar una canción, para que durante la mañana fuera anunciada por el locutor: ‘La trizte gata’ fue una canción que muchos ocuparon para ‘desquitarse el desaire’

causado por alguna mujer. Unas líneas de su letra decían: ‘Eres una triste gata, y aunque te de mucha pena, te pasas planchando ropa a peseta la docena’...”.

“Otros gustaban de escuchar aquellas canciones que recordaban sus lugares de origen y alguna que otra novia que habían dejado en aquellos arrabales, como es el caso de la canción que decía: ‘Hay, hay, hay, hay, donde andarán, esos ojitos que me hicieron suspirar(...)’. Desde las tres y media de la mañana, canciones como estas se escuchaban todos los días en la radio”.

“En los mesones también ha existido mucha solidaridad, sobre todo en momentos difíciles, como cuando alguien se enfermaba; la mayoría llegaba a visitarle y le llevaban no solo las buenas intenciones consistentes en buen ánimo, sino también su tacita de leche, atol de maíz tostado, huevitos, frijolitos, su pupusita y tamalitos, hasta medicina, a fin de hacerle sentir de que en su lecho de enfermo tenía un respaldo solidario para poder recuperar su salud. Los enfermos se curaban a la buena de Dios, ya que el servicio hospitalario era muy limitado, con poco o casi nada de recursos o simplemente no había como transportar al enfermo...”

También con frecuencia había pleitos cotidianos —como ya mencioné—, debido principalmente al hacinamiento. “Los cipotes se trapeaban (ultrajaban) todos los días, y el reclamo de los padres a veces terminaba en un pleito, iniciando con una putiada hasta llegar a las trompadas y a veces hasta al uso de las armas, sobre todo machetes y cuchillos. Es más, había casos en que estos nuevos enemigos visitaban

‘centros espirituistas’ con el fin de buscar ayuda, la que por lo general consistía en hacer que los vecinos se fueran del mesón, o llegar al extremo de buscar hasta la muerte para la persona requerida, y para referirse a eso utilizaban mucho la palabra *daño*”. En la actualidad, en algunas zonas de Ciudad Delgado, existen algunos lugares en donde los hombres o las mujeres, que los visitantes les conocen como “hermano” o “hermana”. Estos hermanos son frecuentados por lugareños y hasta por gente de otros sectores “buscando ayuda”, la que consiste en consejos, preguntas, entorno a enfermedades que, de acuerdo con el dicho popular, son causadas por envidia.

También otros frecuentan a estos “hermanos” para pedir ayuda en el sentido de deshacerse de alguien, haciéndole daño, solicitando alguna poción para vitalidad masculina como medio de refuerzo; pero también para solicitar la realización de conjuros cuando una mujer gusta de un hombre y este no accede, y viceversa; otros llegan pidiendo ayuda para encontrar trabajo o buscando medicina para contrarrestar todo posible maleficio en su contra. Los servicios son pagados y los precios varían dependiendo —como dicen— del “trabajito”.

Estos ‘hermanos’, en la academia conocidos como *mediums*, por lo general viven también, entre la gente, en los mesones. Recientemente hemos sabido de casos similares en Mejicanos, Soyapango y Apopa, entre otros. Valdría la pena realizar estudios pertinentes sobre este tipo de hechos, ya que se presentan precisamente en momentos de crisis social.

También sucedían casos como es el hecho de que siempre había alguien que se salía de lo normal, y esto más por influencia del alcohol, como es el caso de un fulano, que en el mesón San Rafael, de acuerdo a un informante, “llegaba borracho tirando monedas, a la ‘garduña’; y todos los cipotes se abalanzaban en la búsqueda de las monedas, generando un desorden que, la mayoría de veces, terminaba en pleito de cipotes, pues hasta patadas se daban; a lo que sus padres, a gritos, trataban de poner orden, para luego ser ellos quienes terminaban en la trifulca recetando un par de ‘correyazos’ en las espaldas de los cipotes. A las niñas, por lo general, se les pegaba con una chancleta, y en último caso con lo que se encontrara.



Foto: Ramón D. Rivas

IX

De los castigos para corregir y otras cosas

En el ambiente, hasta cierto punto de hacinamiento en que se vivía, casi siempre eran los padres y los padrastros quienes imponían los castigos entre los hijos que no acataban el orden establecido.

Un informante me narraba; “en este caso la imposición de los castigos, era diversa y comenzaba con palabras insultantes, ‘puteadas’, amenazas y las leves advertencias, como por ejemplo, ‘si no comes no miras televisión’, ‘si no haces los deberes te va a caer una buena(...)’. Si el cipote insistía en la rebeldía, venían jalones de oreja, pellizcos y los talegazos en la espalda” me dijo el informante, y continúa:

“Cuando se daba el castigo a golpes era por actitudes de rebeldía, e indiferencia ante las advertencias paternas, actitudes de mala educación y picardías consistentes en andar ‘capeando’, es decir observando de manera pícara a las niñas y a las mujeres adultas por las hendiduras de las puertas o en los baños, ver revistas pornográficas, o llegar al mesón con olores a licor o a cigarro. Entre los castigos más comunes estaban el hincar al hijo sobre maíz o maicillo, embarrarle la espalda con sal y manteca de cerdo

y arrodillarlo bajo el inclemente sol del mediodía, para que reflexionara sobre la falta que había hecho. Pero, por lo general, las ‘cachimbiadas’ eran impartidas con cinchos de cuero crudo, cables de planchas y barzones”²³.

Una informante me comentó, a este respecto: “Fuí testigo de como una muchacha era castigada con la cuerda de cuero de la máquina de coser y hasta de ver romperle un palo de escoba en la espalda(...)”. Y además me dijo que; “cuando ella era pequeña, en el mesón en el que vivió había un tipo de castigo, que era poner a los rebeldes al sol con los brazos arriba cargando ladrillos...”

“Las reprimendas menos severas consistían en mandar a la cama al castigado sin comer o no dejarlo jugar con el resto de los niños por algún tiempo. Sucedió también que, de acuerdo con el grado de la travesura, se imponían algunos castigos medievales, como es el hecho de mandar a vender piedras al castigado, algo que naturalmente era humillante y, por consiguiente, detestable. En definitiva, los castigos se resumían así; por faltarle el respeto a un adulto, por portarse mal no cumpliendo las normas del momento, y por faltar al respeto a personas particulares en el mesón y en la escuela. Otro castigo que dolía era la prohibición de ir al cine el día domingo para ver las matinés y las ‘tuzadas’ ”.

Entre los “personajes”, me cuentan que siempre había un bolo escandaloso, un buen contador de chistes, los famosos jayanes, aquel cipote travieso que no respetaba ninguna norma y rompía o se robaba cualquier cosa; pero entre estos

23 Correa con que sea ata al buey al yugo. Nota del autor.

los que más daño causaban en el mesón eran las mujeres y los hombres que les gustaba “llevar y traer”, los chambrosos, y también aquel pícaro tunante que enamoraba viejas y cipotas; y entre las cipotas siempre destacaba una que otra “piojosa”, que también sobresalía por sus excentricidades y coquetería.

En esos tugurios colectivos de los mesones no había privacidad. Un informante me decía: “Un pedo sonoro se escuchaba a cinco cuartos a la redonda; el crujir de una cama ponía en alerta a todo el mesón; el llanto de un niño recién nacido era escuchado por todos; así como cuando se caían las cacerolas o tronaban los regaños acompañados de una putiada de los mayores a sus hijos. Todo eso daba dolor de cabeza”, según el informante.

Y agregaba: “También, no faltaba la cipota más bonita del mesón, a la que todos los jóvenes y viejos admiraban y piropeaban a la orden del día, pero que a ninguno le hacía caso; con la que todos afirmaban haber hecho cosas que nunca hicieron. Otros personajes, que aparecían en esos espacios habitacionales, eran los músicos románticos tocando, ya sea con guitarras o maracas; y cuando se reunían en grupo y solían estar en la entrada del portón del mesón demostrando sus habilidades musicales siempre sobresalía la canción ‘*Me voy pa’l el pueblo*’ del trio Los Panchos, que el grupo de música a gritos cantaba:

“Me voy pa’l pueblo
Hoy es mi día
Voy a alegrar toda el alma mía

***Los mesones: encrucijada de la vivienda informal.
Cultura de los marginados***

Me voy pa'l pueblo
Hoy es mi día
Voy a alegrar toda el alma mía
Tanto como yo trabajo
Y nunca puedo irme al vacilón
No se lo que le pasa a esta guajira
Que no le gusta el huateque y el ron..."

“Esta canción, era la preferida por muchos, a lo mejor porque les recordaba su lugar de origen. Lo triste del caso, que para algunos era motivo de risa, era que esta bonita canción, al momento que todos la estaban cantando, era opacada por aquel jayán del grupo que llegaba solo a dispersarlos, dejándose ir un sonado pedo”.

Muchas de las actividades tenían un marcado carácter comunitario en las que casi todo se compartía y donde amigos y enemigos siempre estaban juntos en los eventos, como casamientos, fiestas rosa, bautismos y cumpleaños, pero también en los velorios.

“Diferencias que se daban entre la gente por la limpieza de los espacios que a cada quien le correspondía en los corredores era un problema constante. Así, existían de aquellas señoras que limpiaban en la mañana y en la tarde y cuidaban también de sus frondosas macetas cargadas de variedades de flores, pero había también de aquellas, que, en vez de limpiar, ensuciaban y solo servían para desordenar las casas”, me comentó un informante.

Los velorios destacaban por reunir a todos los inquilinos y mostrar su solidaridad para con el doliente, y —según me comentaron— la solidaridad y el pesar eran tan manifiestos entre todos que “hasta a más de algún perro se le veían lágrimas. En los velorios se compartía el dolor, pero siempre abundaban las sonrisas y carcajadas que al final de un buen chiste se compartían con los acompañantes del doliente”.

En los velorios —como se mencionó ampliamente antes—, se departían tamales, café, chocolate, pan dulce y platos llenos de cigarros, que para comprarlos todos colaboraban, y luego durante la vela ser distribuidos.

Hasta en la década de los sesenta la gente se moría de forma “natural” ya de avanzada edad, enfermedad terminal o un accidente fatal, como varias veces ocurrió en las temporadas de Semana Santa, en donde las familias enteras del mesón se iban de paseo a la playa y a los ríos, muchas veces con las consecuencias dramáticas del caso, pero era rara la muerte violenta ocasionada por delincuencia como ocurre hoy todos los días.

El velorio era un acontecimiento de toda la noche, durante las cuales la gente mataba el sueño contando chistes, jayaneando, jugando naipes y más de alguno se daba “el lujo” de decir: “Hoy me fue bien, pues gané buenos billetes naipiando”.

Un informante al respecto me comentó: “Los novios, y otras parejitas que se buscaban, aprovechaban el momento del dolor ajeno para pegarse unas buenas amontonadas y en algunos casos más que eso(...), y que solamente eran

separadas por el ruido de los pasos de alguien y al pitido que daba el sereno,²⁴ que desde que anochecía hasta el amanecer rondaba la cuadra”.

Y el mismo informante me dijo: “En esto de los velorios, los que no vivían en el mesón y habían llegado a la vela ya aclarando el día, de regreso a su casa, pasaban por más de algún puesto de venta de atol shuco para recetarse su guacalada con suficiente chile, frijoles monos y alguash-te, sin faltar como era natural el pan francés, en medio de la retahíla de bolos empedernidos del barrio congregados contorno a la mesa de atol shuco. La misma solidaridad y hechos sucedían para cuando se llegaba el último día del novenario.”²⁵

24 El sereno, o personaje encargado de cuidar el vecindario, era pagado por todo los vecinos, al que le delimitaban un determinado lugar para su respectiva vigilancia. En algunos casos tenía uniforme y sus armas eran un garrote y un pito para anunciar su presencia.

25 El novenario iniciaba con un rezo al día siguiente de haber enterrado al difunto y terminaba a los nueve días con rezos toda la noche, acompañados de cantos y repartimiento de café, tamales, pan y un recuerdo con la foto del difunto; con esto terminaba el novenario para repetirse la misma práctica dentro de un año y, después de ese año, hasta dentro de nueve años. A estos rezos, por lo general, solo las mujeres y los niños asistían; y si llegaban hombres, eran de avanzada edad y se ubicaban en la parte de atrás del lugar. Eso sí, al finalizar cada rezo –después de los nueve días– se repartía tamales y café, entre otras cosas, y es entonces que cantidades de gente, hombres, mujeres y niños se hacían presente. En muchos de estos mesones, los perros entraban y salían; y se dio varias veces el caso que las rezadoras, perdían el hilo conductor del Rosario ante el inesperado pleito de dos perros en medio del rezo disputándose un pedazo de pan, a lo que la rezadora sin mediar palabra pegaba un grito diciendo: “Espanten esos perros hijos de puta.” para continuar de inmediato con “Padre Nuestro que estás en cielo...”, “cucho cabrón”, “Santificado sea tu nombre...”, “cipotes saquen al chucho” para continuar: “Dios te salve María, llena eres de gracia...”.

X

De cuando los inquilinos salían rumbo a sus labores

La vida en los mesones se veía perturbada durante la mañana y desde las primeras horas y al final de la tarde. En las primeras horas de la mañana, la gente despertaba y de inmediato se preparaba para salir corriendo a los diferentes lugares donde tenían trabajo; era todo un ir y venir cuando aún no había aclarado. Después de las ocho de la mañana, la aparente calma reinaba en el mesón y por lo general eran solo ancianos y niños los que quedaban durante todo el día. Los niños en edad escolar, ya desde muy temprano, eran llevados o ellos mismos caminaban a las escuelas que por lo general se encontraban cerca de esos lugares donde vivían. Por la tarde, y ya casi entrada la noche, el ajetreo, la bulla y el ir y venir de los habitantes se hacía presente otra vez en el mesón. La gente volvía de sus trabajos y, poco a poco, se iban acomodando para preparar cena o simplemente para distraerse jugando con los niños, platicar con los viejos o entablar una u otra conversación con los vecinos. Ese era el trajín de todos los días en los mesones.

Era así, que en su interior estos espacios habitacionales, se distinguían por el silencio durante el día y la bulla precisamente en aquellos momentos en que sus moradores llegaban

procedentes de sus quehaceres, ya sea en fábricas, ventas ambulantes, albañiles, empleados en cafeterías y comedores, payasos, prostitutas, zapateros, vendedores de lotería, dependientes de almacenes, operarios, mecánicos, fontaneros, electricistas (en uno de los mesones vivía un pastor evangélico) y hasta ladrones, entre otras ocupaciones. Esto sucedía tanto al amanecer como al finalizar el día.

En el mesón, por lo general, era una que otra costurera quien se quedaba y algunas veces había tortilleras, así como mujeres que se dedicaban a la venta de comida para el vecindario o durante la tarde, y la venta de comida típica, que era variada: yuca salcochada con pepescas, yuca frita, empanadas de frijoles y de leche, pasteles con curtido, enchiladas; ayote en miel en su época, chilate con nuegos, leche poleada, entre otros, que eran sus especialidades. Había alguno también que tenía una refrigeradora repleta de fruta helada, paletas, charamuscas y bolis, todo listo para la venta. Por lo demás, ciertos ancianos se dedicaban a cuidar a sus nietos y a “darle una miradita” a los hijos que se quedaban allí de otros inquilinos, previa suplica de estos. No había reglamento para guardar silencio u otros aspectos que llevaran al sosiego completo en esos centros habitacionales, todo sucedía de forma natural.

El bullicio se daba sobre todo durante la mañana, específicamente a la hora del desayuno, y durante la cena. La costumbre, era que la gente salía a muy tempranas horas de la mañana y regresaba también muy tarde, ya en la noche. Algunos contaban qué hacían y dónde laboraban, pero había otros que callaban completamente; y estos eran la comida

del día entre aquellos que se dedicaban a escudriñar la vida de otros.

A medida que los inquilinos iban despertando, poco a poco, en cada cuarto, se iba escuchando el rechinar de la cacerola friendo los tradicionales y succulentos desayunos —por lo menos los que podían permitirse eso— que despedían un profundo olor a cebolla frita, huevos, plátano y frijoles, inundando de olores cuartos y corredores, para luego ir saliendo a sus ocupaciones en la ciudad, que ya desde las tres de la madrugada esa “gran ciudad” movía gente para todos lados.

En el mesón solo se quedaban los abuelos, es decir, aquellas personas que no podían dedicarse al trabajo por su avanzada edad.

Una informante me decía: “Llegué a este mesón porque ahí vivía una media hermana, hija del primer marido que tuvo mi mamá. Era de las primeras hijas de mi mamá. Esta media hermana era quien me cuidaba a mis hijos mientras yo iba a trabajar. El problema es que supe que los ‘penqueaba’ todos los días. Esto lo supe porque la ‘mesonera’ me lo contó. Ella, ‘la mesonera’, me dijo: ‘mirá’, inmediatamente que quede vacío un cuarto te lo voy a dar porque tus niños están sufriendo mucho’. Salió un cuarto libre y me pasé y se terminó el problema del maltrato de mis hijos(...) Pero el problema no terminaba. La cosa era que yo no tenía con quien dejar a mis hijos, para que me los cuidaran. Yo lo que hacía era dejarles la comida y le echaba llave al cuarto. Ellos estaban chiquitos, la mayor tendría unos seis años; eran tres. En el

mesón, yo pagaba 9 colones mensuales y eso incluía agua y luz, pero con lo que ganaba en el trabajo no me alcanzaba para pagar quien me los cuidara, y, aunque me dolía dejarlos encerrados, era lo único que podía hacer...”

Y me continuaba narrando; “en el mesón, había unos cuantos borrachos que les gustaba armar berrinche los fines de semana, y eso me preocupaba a mí. Es que cerca se encontraba la iglesia de Candelaria, y en una esquina de esas había una cantina que tenía a un lado un palo de mango y ahí era donde se reunía la pacotilla de bolos para luego, ya con sus tragos, ir a molestar al mesón. Los hombres gritaban, agarraban a patadas lo que encontraban, en fin, jodían hasta ya no poder, hasta que quedaban ‘fondeados’(...)”. “La otra cosa es que, cuando llovía, pasaba una gran correntada de agua cerca del mesón; y como mis hijos se quedaban en el cuarto, me preocupaba que una de esas tormentas se los llevara, pues en el mayor de los casos el cuarto quedaba con llave(...)”. “En el mesón, vivía también una pareja que reparaba zapatos, ese era su oficio, y todos los días, a buena mañana, salían con sus cosas para irse a colocar en su puesto en el centro de San Salvador...”

“Por ahí en una de esas esquinas es que —ellos decían—, la gente ya les conocía y que tenían su clientela...”. “Había un circo que llegaba todos los años, el 2 de febrero, que era el día de la fiesta de la Virgen de Candelaria; y los payasos y otros que trabajaban en el circo se hospedaban todos en uno o dos cuartos, ahí se quedaban todos amontonados. Era gente que llegaba al mesón bien noche, cansados, y solo llegaban a tirarse al suelo para dormir. La verdad es que a los

inquilinos les gustaba el mesón, pues era bien tranquilo...”. “Por la noche, y ya cuando la gente había regresado en su mayoría de sus labores, los olores a pupusas que recalentaban en los comales se hacía sentir por todos lados, despertando el apetito”.

“Sí, hay que recalcar —así me lo dijeron— que afuera del mesón, y durante todo el día, era muy común escuchar los gritos de los vendedores de escobas con su característica voz: ‘Llevo cepillo y escobas;’ el afilador de cuchillos, el vendedor de tiste, el vendedor de helados, el vendedor de sorbetes, el paletero y el minuterero, el vendedor de pan francés y la vendedora con su batea o canasto repleta de pan dulce con su variedad de pan que la gente compraba al menudeo: la semita, los queiquitos, las peperechas, las chorreadas, las cucarachas, las viejitas, la santaneca, el pan blanco, la chachama y las salporas, era el pan menudeado que la gente prefería. Pero entre el pan más gustado estaban las aturraditas y las peperechas.

También, pasaban regularmente, el vendedor de barquillo, el billetero, la vendedora de frutas, la vendedora de pupusas de arroz, frijoles y yerbabuena, los que pasaban dejando productos textiles fiados, los vendedores de medicina y el vendedor de diarios.

Y es que, hasta la década de los setentas, en San Salvador, pasaban los barrenderos limpiando las cunetas con escobetones de ‘chiriviscos’, y para ellos —según decían casi a gritos— era ‘pijiado’ (difícil) pasar barriendo frente a los mesones por la enorme cantidad de basura y otras

***Los mesones: encrucijada de la vivienda informal.
Cultura de los marginados***

inmundicias que tiraba la gente a la calle. Los ‘mecapaleros’ de ese creciente San Salvador llegaban todos los días al mesón en la mañana a recoger los matates llenos de fruta y verdura para llevarlos sobre el hombro al mercado, ese era su oficio, y volver en la tarde con lo que sobraba que no se podía vender de los productos de las inquilinas, que tenían puesto en el mercado para guardarlos en el lugar donde ellos lo habían recogido durante la mañana. Y así iniciaba el día, se terminaba el día, se terminaba la semana, y pasaban los años.



Foto: Ramón D. Rivas

XI

De “los majes y los no muy santos” en Semana Santa

Alrededor de las festividades que caracterizaban las principales celebraciones de año, que eran y son características en todo el país, también en la ciudad de San Salvador, entre la gente de los mesones se manifestaba en ese tiempo el deseo de compartir las fiestas populares de Navidad, la llegada de Año Nuevo, las fiestas agostinas y la celebración de la Semana Santa.

En cada una de estas festividades siempre hubo algo especial que caracterizó estas celebraciones en los contornos y por qué no decirlo, también dentro de los que conformaban los barrios viejos de la ciudad de San Salvador. Y es que, allá por los años sesentas y setentas, las calles se vestían de mucho colorido, bullicio y ventas que caracterizaban esa época.

A lo mejor la gente, sin mucho dinero en los bolsillos, pero siempre con el espíritu en alto, salían a ver lo que estaba sucediendo en lo que tenía que ver con los preparativos festivos y religiosos. En el caso previo a las fiestas y celebraciones de la Navidad y Semana Santa, una curiosidad era la novedad de las ventas de la calle y las vitrinas de los almacenes que eran decorados con el ambiente de la época,

sobre todo los diseños de las toallas, los estilos de los trajes de baño, así como las calzonetas para damas y caballeros que se caracterizaron por los coloridos dibujos con escenas muy tropicales.

En las cercanías de las zonas comerciales informales, y para ser más preciso, en las cercanías de la “quinta”, que era la nomenclatura de una de las arterias comerciales que se distinguía por la venta de todo tipo de artículos de uso doméstico y familiar; ropa, vestidos, combinaciones, blúmeres, calcetines, brasieres, fustanes y muchos artículos más que caracterizaba a las canasteras que se localizaban en las cercanías del ya desaparecido edificio “Ruben Darío”, lugar que también servía de alta referencia comercial, y donde también se localizaba la antigua terminal de microbuses de la ruta 101 que hacía sus recorridos entre San salvador y Santa Tecla.

Para Semana Santa, en aquellos años, era común ver muy abarrotadas las calles de gente, que se aglomeraba sin comprar mucho o nada, que solo salían a curiosear. El gusto era salir a caminar y ver las ventas que se arreglaban para la temporada playera, y se hacía con el fin de ver lo que se llevaría a la playa: sardinas, pan de caja, anteojos, toallas, calzonetas, yinas, shores, camisetas, sombreros y otros artículos de consumo de esa época.

Otros andaban por el mercado para ver qué pescado seco comprarían para la preparación de los “rellenos de pescado”, que sin duda sigue siendo la comida de preferencia y muy característica para esta época.

Otro grupo, los más conservadores, quizá los más religiosos se dedicaban a buscar los materiales para la preparación de las alfombras que se utilizarían durante la procesión del Santo Entierro, aunque siempre andaba más de algún bolo que le ponía un ambiente especial al momento de las compras. Asimismo se observaban a las mujeres regatear para comprar jocotes y mangos de los que, según la tradición, se elaboraban dulces en conserva con atado de dulce de panela y canela.

“A pesar de ser Semana Santa, daba la sensación de que se soltaban todos los bolos zumbeteros, pues las cantinas siempre estaban repletas de ellos, quienes cantaban, se puteaban, escupían a diestra y siniestra y hasta alguno que otro pependenciero buscaba pleito. En la puerta de entrada de la cantina no era raro ver uno que otro fondeado, otros ya bien ‘meados’ y a veces hasta pintados y peloneados pues las bromas entre los bolos eran y siguen siendo así; joderse unos con otros, esas eran parte de las estampas de la época...”

“Casi siempre estos bolos eran los que iban al final de la procesión, y a veces llevaban sirios encendidos, y la jodida era que casi siempre le quemaban el pelo a más de alguna que lo usaba largo y que al sentir el tufo era el griterío de las cipotas, ‘mi pelo, mi pelo’, decían y los bolos se hacían los majes, cantando, chistando, riéndose y echándose el trago. Esas eran algunas de las estampas de antaño en las festividades de Semana Santa”, me dijo un informante.

Amo a Johny con caca

“Semana Santa fue una celebración que en aquellos bonitos años se prestó para ver y compartir una serie de historietas de los jóvenes inquietos. No había maldad perversa entre la gente conocida de esos espacios de convivencia, por lo menos así se experimentaba —me dijo un informante— todo era sin llegar a la extrema violencia, esto fue propicio para que las barriadas compartieran muchas jayanadas y perversidades, pues las picardías e inquietudes de la plebada afloraban en cualquier momento y siempre estuvieron a la orden del día”.

Un informante relató: “Hay una anécdota de barriada que la conocimos en uno de los mesoncitos ubicados en las cercanías de la colonia El Paraíso, precisamente al final de la sexta calle Oriente, cerca de una cantina ubicada en la bajada que conducía a La Barranca. El dueño de ese mesón, y de la cantina, se llamaba Mincho, y él mismo se encargaba de la venta del licor, además, también de alquilar algunas habitaciones...”

“En esos mesoncitos había una pareja de novios que se caracterizó por ser un encule crónico entre Mario ‘Muñeco’ y ‘Johny’; era una historia de amor, ellos ya tenían varios años de andar de novios y en esos días de Semana Santa, se habían enojado, Johny había cortado a Mario, y ‘Muñeco’ no hallaba como llamar la atención y quería que todos supieran lo que a él le estaba pasando y sabía que ‘Johny’ iba ir a la procesión y sabía que pasaría frente a la alfombra que año con año se hacía en ese lugar...”

“Ese día, un grupo de la cherada se había reunido con la barriada que se había dedicado a hacer la alfombra, que como era tradición, año con año, la hacían en las cercanías de las bodegas del Banco Hipotecario, y la alfombra en la que todos trabajaban y cada quien tenía su respectiva tarea, se oía música, chistes, jayanadas, bromas pesadas y todo lo que pasa cuando la jodarria aflora.

La cuestión es que en eso estaban, elaborando la alfombra cuando de repente, sin que se dieran cuenta, se acercó un chucho y llegó a pegarse una gran cagada cerca de la alfombra y nadie se dio cuenta, Mario ‘Muñeco’ era a quien habían delegado cuidar la alfombra, y se veía aguevado por lo que estaba pasando con su novia, y lo único que se le ocurrió fue escribir una frase fuera de la alfombra que decía AMO A JHONY, la frase no la escribió dentro de la alfombra, sucede que ‘Muñeco’ buscó un palo y la escribió con la caca del chucho, hizo eso y se fue a la chingada. Esa anécdota quedó en el recuerdo de toda la plebada de la colonia El Paraíso y siempre que miran a Mario le dicían y aún le dicen; ‘Amo a Johny con caca’ ”.

No todos los que están en las iglesias son santos

Un informante me dijo: “El ambiente de vacaciones de Semana Santa era propicio para hacer cualquier cosa, sobre todo para caminar, y especialmente percibir esos aromas peculiares a pescado y a dulce de frutas en miel, pues casi en todas las casas los preparativos de las comidas y los dulces en miel eran día a día...”

“La cipotada hacía sus caminatas sobre las calles casi vacías para ir a curiosear, ya que estas, en aquella época, no estaban muy invadidas de vehículos y se transitaba con mucha confianza para salir a observar los preparativos de las alfombras. Sucede que siempre había más de algún majete al que se le dormía el pájaro; y así, una tarde de esas, a dos de los cipotes que comenzaban a pegar sus andanzas (Stanley, hijo de la niña Lidia y Wilfredo el menor de cinco hermanos, hijos de la Niña Berta, vecina muy apreciada en el mesón San Rafael), les sucedió algo inesperado en esos días y que ahora es parte de la historia de los que nacieron en el mesón San Rafael...”

“Sería a mediados de los setentas, para una Semana Santa, estos cipotes habían recibido una encomienda; sucede que la niña Berta, la mamá de Wilfredo, les había enviado ropa, zapatos, relojes, juguetes y otras cosas que como siempre eran una novedad y distinción lo que se recibía proveniente de los Estados Unidos. Casi todos los que vivíamos en el sector del barrio San Esteban, estudiábamos en la Escuela Costa Rica, que se localizaba en las cercanías de la Policía Nacional, y año con año observábamos los preparativos y actividades religiosas que realizaban a lo largo de la 6.^a calle Oriente, pues desde la iglesia San Esteban hasta la iglesia El Calvario se realizaba el recorrido de los penitentes. Era algo curioso para muchos que hacían este recorrido. Will y Stanley, a pesar de que pasaban todos los días al frente de la iglesia San Esteban, nunca habían entrado ni por curiosidad, pero en uno de esos días festivos de Semana Santa, venían con sus estrenos y se distinguían entre los demás cipotes que pasaban por ahí...”

“De alguna manera, los dos cipotes, sintieron el deseo de entrar a la iglesia San Esteban, además venían bien asoleados y le dice Stanley a Will, ‘hey voz entremos, nunca hemos visto la iglesia por dentro’, y subieron al pequeño atrio de la entrada y les salió al encuentro una persona mayor que ellos y al verlos bien vestidos les pregunto: ¿Y ustedes para dónde van?, y ellos le respondieron; es que queremos conocer la iglesia por dentro, y se le quedaron viendo a ver qué pasaba y el hombre les dijo; miren y ustedes que no saben que es prohibido entrar con reloj a la iglesia y ellos muy ingenuos le dijeron que no sabían nada, y les dice —el baboso animala—, pero si ustedes si quieren entrar dejen aquí sus relojes y al salir yo se los devuelvo sin problema, vienen los dos majes ingenuamente se quitaron los relojes y se los entregaron al hombre, al ratito ya iban para adentro; luego de un rato que decidieron salir llegaron a la puerta de la iglesia y se dieron cuenta que ya no había nadie y dice Stanley: ¿Hey Will y el maitro de los relojes?, a saber voz, y le dice Will, mira que hijuelagranputa nos guevio los relojes ese pendejo, y se pusieron a reír los dos, y llegaron al mesón contando la pasada a Hugo, Mila, Neto y Milo los hermanos mayores de Will, y les dice Neto: Ustedes sí que son un par de pendejos(...) y todos se pusieron a reír de lo que les había pasado a los dos cipotes”.



Foto: Antonio Herrera Palacios

XII

De cuando los habitantes del mesón Serpas hicieron realidad sus deseos

La informante me dijo: “Hasta los diez años me recuerdo haber vivido en un mesón . Vivimos en el mesón Serpas, cerca de la iglesia don Rúa. Era un espacio grande donde había como cuatro o cinco entradas. No había agua en el mesón y uno tenía que ir a traerla a un tanque a una distancia de más o menos dos cuabras...”

“El agua no se compraba, pero sí hacíamos fila desde las cinco de la mañana. La gente iba a traer el agua en cántaros de barro u otros recipientes; y ya en el mesón, cada familia llenaba los barriles y ollas para tener agua para todo el día”.

“La gente se bañaba en espacios libres, cerca de cada cuarto, donde estaba el lavadero con el respectivo barril. Era siempre de no gastar mucha agua en eso de bañarse; y los papás estaban siempre pendientes, pues había más de alguno al que le gustaba echarse guacaladas y eso hacía que no solo se desperdiciara el agua, sino que se terminara más rápido. Era siempre eso de bañarse temprano para que nadie lo viera a uno...”.

La informante me recalcó: “El mesón Serpas no era un espacio cerrado, era un inmueble abierto propiedad de la familia Serpas. Mi mamá, lo que hacía era subarrendar también un cuartito a una señora. Y con eso se ganaba unos centavos más. En ese tiempo, mi papá ganaba 12 colones mensuales trabajando en una gasolinera y mi mamá vendía verduras en un canasto; y era poco lo que ganaba, pues, como lo que vendía era al menudeado, al mes lo que lograba ganar era de 5 a 6 colones. Eso era lo que ella decía que más o menos le quedaba. Es que ella prestaba 10 colones a un prestamista para poder trabajar; y pagaba 12. Nosotros éramos cinco hermanos. Ahora el lugar es muy diferente, varias veces lo he visto y me trae muchos recuerdos; se llama colonia María Auxiliadora, porque la mayoría de la gente que vivíamos en el mesón íbamos al oratorio de las madres de María Auxiliadora...”.

“Éramos una comunidad integrada, todos nos conocíamos. Inclusive el terreno que nosotros tenemos en San Antonio Abad es porque las monjas incentivaron a la comunidad al ahorro, para que la gente pudiera comprar su terrenito; y lo logramos. Es que las monjas compraron el terreno en San Antonio Abad, y luego ellas mismas dividieron el espacio en diferentes parcelas para quince familias. Eso sí, solo era para parejas casadas. La cuestión era que mi papá y mi mamá no estaban casados; pero les dijeron a las monjas que se iban a casar después; que querían salir de algunos contratiempos, pero que se iban a casar. Sí, ellos les dieron a las monjas la contribución, es decir, la prima, que eran cerca de 600 colones; y con eso logramos, como familia y todos los demás, salir de la vida del mesón...”.

“Es que la mayoría de las familias que vivían en el mesón Serpas compró su terrenito con el apoyo de las monjas. Por eso es que quizá el lugar se llama pasaje ‘María Auxiliadora’, que la misma gente de la comunidad le dio el nombre. Es que eso de la conformación de la cooperativa fue todo un apoyo para poder guardar algunos centavitos, pues de ese mismo dinero fue de donde salió para comprar las parcelas...”

“La cooperativa conformada por las monjas y la cooperativa de ahorro y préstamo fue un incentivo clave para poder salir del mesón. Tengo buenos recuerdos del mesón. Era, por suerte, un ambiente sano. A diferencia de lo que se habla de otros de esos lugares...”

“Recuerdo que todos los niños nos reuníamos después que llegaban nuestros papás de su trabajo. Eso era alegre, pues en el caso de nosotros todo el día estábamos encerrados en el cuarto; y cuando mi mamá llegaba a las cinco o seis de la tarde, nos permitía salir y jugar con todos los niños. Jugábamos escondedero, a las chibolas, *jack set*, salta cuerda, arrancacebola, diferentes juegos de tienda; unos ponían sus jueguitos de cocina, y en ese juego nosotros éramos los que vendíamos el aceite; que hacíamos de la flor del clavel, ya que esta flor, al dejarse en agua, muy pronto expedía una especie de ligamento(...) Hacíamos tortillas, las que torteábamos de la tierra que mojábamos. Era bonito, y es bonito, recordar todo eso”.

XIII

De los tiempos en que se tenía que convivir a como diera lugar

Vivir en un mesón con inquilinos de diferentes patrones culturales, no era algo sencillo. Algunos de los habitantes hablaban y hacían referencia al “destino”, ese hecho que de la noche a la mañana se tuviera que convivir “en una gran casona” con gente que se había congregado ahí para vivir y que venía de diferentes rumbos del país. Allí habían campesinos, obrero, allí habían profesionales, amas de casa pero también había gente “rara” con diferentes y variadas costumbres y que hacía que la convivencia, por momentos y por días no fuera la óptima, pero había que saber convivir. La gente había aprendido a diferenciar lo que para mi era privado, pero también lo que para otros era no privado y privado, aunque todos parece ser que estaban al corriente de lo que sucedía.

En fin, había entre los inquilinos una especie de convivencia especial, ya que así como se peleaban, —y los adultos se peleaban a lo fuerte—, así también se ayudaban; y siempre existía la disponibilidad para colaborar mutuamente.

En el mesón San Rafael, por ejemplo, eran parejas las que vivían allí con sus respectivas familias, haciendo un total

de más o menos 56 personas que tenían que convivir a como diera lugar. La privacidad era muy poca y la gente aparentaba saber todo de todos, como siempre sucede; y lo que no sabían, pues se lo inventaban. Pero sí, la gente se colaboraba mutuamente.

Un informante me narra: “Una vez hubo un muerto en el mesón. Se trataba de ‘el Águila migueleña’, un boxeador que vivía en el mesón con toda su familia. Pues sucede que el hombre le hacía también a la ruleta rusa; y esa vez le falló, y se dio un tiro en la cabeza. Entonces, todo mundo del mesón, y hasta gente que no conocíamos, llegó para la vela; y, naturalmente, para dar el pésame a los dolientes y reunir dinero. Era una familia procedente de San Miguel; y que no era del todo pobre, pues tenía sus condiciones para vivir mejor que la mayoría de las demás familias; disponía de su televisor, refrigeradora, radio, tocadiscos, cocina de gas, etc. Es que en ese tiempo, y lugar, los más pobres cocinábamos en hornillas o simplemente poníamos improvisadamente tres ladrillos para, sobre ellos, colocar el comal para calentar o hacer las tortillas, o simplemente la olla de frijoles...”

“La otra familia, que tenía mejores condiciones que la mayoría de nosotros, era la de la tortillera; que era la señora que vendía y fiaba tortillas para toda la gente del mesón y hasta a los vecinos. Ese era su negocio y le iba bien, pues, como siempre, hay que comer. Ella disponía también de su televisor y todas sus comodidades”.

“Y es que todos los niños que querían ver televisión lo hacían en el cuarto de la tortillera, doña Ana, como era su nombre;

pero eso no era así no más, pues teníamos que pagarle 5 centavos cada vez que veíamos programas de su televisor. Ella nos encendía el televisor para que viéramos ‘Chiquilladas’; y eso era durante el mediodía...”

“Así, nosotros veíamos a *Los Picapiedra*, *Astro Boy*, el *conejo Bonny* y *Popeye*, entre otros. Después comenzaba el programa de novelas, pero eso nos decían que solo era para gente grande. Pues, doña Ana, para que viéramos ‘a colores’ a la pantalla del televisor, le ponía papel celofán de diferentes colores; y a mí me gustaba el color verde”.

Y el informante continúa narrando: “Otra característica de esa época, y sobre todo de la gente de los mesones, que es lo que yo recuerdo, es que nos gustaba mucho leer paquines con cuentos de *Periquita*, *El Fantasma*, *Tarzán*, *Benitín y Eneas*, etc.; y las novelas de *Corín Tellado*. La gente y los cipotes se veían sentados en las sillas y en los andenes interiores del mesón, y los adultos se encerraban, sentados o ya sea acostados en las camas leían los paquines o veían las novelas.”

Y así la vida en esos lugares tanto para grandes y pequeños sucedía todos los días, pero también al momento menos esperado, podía suceder algo inesperado.

XIV

De cuando llegaba el circo

Habían épocas en que todo parecía tranquilo, y hasta cierto punto, tanto jóvenes y viejos, aunque cada quien tenía sus ocupaciones y como uno de los informantes me lo dijo: “el tiempo parecía que no pasaba”. No obstante, habían meses del año en que a la hora menos esperada, me relató un informante; “aparecía el vendedor de cosméticos en el mesón, que era un enano, con un gran maletín lleno de lociones y qué se yo qué mas”. Nos daba lástima ver a aquel hombre cargando el maletín que hasta cierto punto era la mitad de su cuerpo.

El hombre se dirigía a los niños, nos saludaba y nos repartía bombones y siempre nos preguntaba a que horas iban a llegar los adultos, parece ser que el enano, dejaba perfumes y lociones fiados a los inquilinos y como no se sabía los nombres, en un cuaderno leía el nombre de alguien y nos preguntaba si aún vivía en el mesón, nosotros le contábamos todo. A nosotros nos gustaba que el enano llegaría, ya que nos servía para medir nuestra estatura y cada vez que él visitaba el mesón lo poníamos contra la pared y nosotros a la par de él nos parabamos para ver si habíamos crecido, y así era, el enano seguía con su mismo porte, por nosotros no.

El mismo informante me narra: “Allá por 1960, en los predios baldíos que se formaron debido a la demolición de los viejos mesones, algunos de estos terrenos se convirtieron en los principales escenarios para presenciar los actos de la vida circense...”

“La llegada de los circos era un acontecimiento esperado con entusiasmo por niños, jóvenes, adultos y viejos. Así fue que uno de dichos predios, en aquellos días, fue ocupado por el reconocido circo de la época, el *Blue Star*, que llegó a San Salvador, con artistas destacados, entre estos las bailarinas, los malabaristas, los comediantes y sin faltar los payasos; pero además a este cortejo de artistas le hacían gala algunos animales que lo acompañaban, entre ellos; caballos, monos, perros y uno que otro león; pero no faltaban los caballos *pony* y las cebras, que eran los que más les gustaban a los niños. El *Blue Star* se quedó un tiempo; y así como llegó se fue; es que el tiempo se fue volando. Eso sí, dejando un desparramo de basura y hoyos en el predio...”

“Por lo general, en casi todos los circos, el anunciador también hacía demostraciones de su labor de convencimiento a través del llamado a la visita del circo. Un espacio dentro de estos terrenos se designaba a la presentación de los animales. Entre algunas de las bromas se mencionaba, a finales de los años sesenta y principios de los setenta, ‘que si existía algún valiente para meterse a la jaula, que le pagaban diez colones si se animaba a dormir con la mona adentro’. ‘La gente lloraba de risa al escuchar aquellas leperadas’ ”, me dijo el informante.

Es importante mencionar que, en aquellos años, la gente de los mesones no podía pagar el precio de entrada que los circos estipulaban, y a esto el informante añadió; “algunos de los cipotes optaban por aventurarse y aguantar un par de manguerazos en el lomo para meterse a través de los cercos y disfrutar de una aventura al entrar al circo, en donde el reflejo que emanaban las luces, la bulla de la gente y la música propia del ambiente invitaban a ingresar de cualquier forma. Los circos eran una atracción para grandes y pequeños. Por ejemplo, en el circo *Blue Star* había payasos destacados como Suavecito, Trucutú y Chocolate, entre otros”.

El mismo informante me comenta: “También por estos barrios recorrió el circo “México”, que fundó Chocolate, don Eladio Velásquez, quien fuera el cómico circense más conocido en el país. Uno de los últimos fue el circo de Cañonazo, de muy bonitas presentaciones que cautivaron a muchos jóvenes...”

“Sucedé que este artista, Cañonazo, llegó a un comedor que estaba ubicado cerca del mesón San Rafael; y no era de extrañar que, debido al aspecto físico y atlético del trapecista, llamara la atención a algunas de las muchachas del mesón, a las que inmediatamente cautivó. Estas jovencitas frecuentaban el circo en las funciones de la tarde y de la noche, no importando que las presentaciones se repitieran y que había que pagar. Ellas querían ver a su Cañonazo, estaban obsecionadas con el hombre...”

“Sucedé que se da el caso que dos de estas muchachas —me cuenta un informante—, de tan hipnotizadas que parecía

que las tenía Cañonazo que alistaron las maletas para dedicarse a la vida artística circense; pero, eso sí, estaban locamente entusiasmadas y pálidas de ver y pensar en el tan afamado Cañonazo. Ellas querían ver sus lances, pero sobre todo su atlético cuerpo. Cañonazo tenía el carisma de todo un artista de la carpa: una persuasiva voz; y la virtud que tenía el hombre parecía que impregnaba en las mujeres algo raro, tanto que llegó a provocar que estas dos muchachas tomaran la decisión de acompañarlo y desarrollar la vida de artista en el circo, no importando las consecuencias que eso implicaba. Incluso se decía que a las arrechas jovencitas no les importaban si el destino indicaba que había que compartir al tal Cañonazo. Así de serio parecía todo eso...”

“Estas dos muchachas —me relató el infomante— vivían con la dueña del comedor, que era inquilina del mesón San Rafael. Una tarde, le manifestaron a ella el interés y deseo de acompañar a Cañonazo. La señora inmediatamente les dijo: ‘Si se quieren ir a la mierda con Cañonazo y compartirlo, yo les preparo las maletas...’ ”.

Y es que, en todo ese ambiente social, los circos llevaban alegría pero también dejaban momentos de tristeza en esa gente humilde en la que por una u otra razón había un nexo de cariño y afecto para con el circo en general.

El circo era otro espacio de esparcimiento y alegría que ocultaba las vicisitudes y las tristezas, y borraba algunas penurias que acompañaban la vida dentro y fuera del mesón. El mismo circo volvía muchas veces al mismo predio, cada

dos o tres años, y la gente se regocijaba; salía a los andenes a recibirlo, a acompañarlo a convivir con él. Y otra vez, cuando se iban, volvía la tristeza, principalmente para los niños y los adolescentes: los primeros, porque derrochaban risas y carcajadas con los payasos; y los adolescentes, por esos amores imposibles que resurgían viendo los movimientos, los maquillajes y la forma de mover el trasero de las bailarinas.

Un informante me dijo al respecto: “Otra escena en la vida de los circos, cerca de los mesones, era las “capiadas”, principalmente cuando las bailarinas estaban preparándose para su número o cuando por alguna razón se preparaban algún baño para refrescarse. El deseo de cada adolescente era el poder ver a escondidas ese cuerpo provocativo y deseado que tenían las bailarinas y trapecistas”.

“En los mesones, los adolescentes y algunos adultos ya casados comentaban sobre detalles: lunares en las nalgas, tamaño de los bustos y hasta de los camanances en las caderas de las mujeres, que juraban haber visto en esos momentos de ‘capiazón...’ ”.

“Estos momentos en el circo se convirtieron en una forma de disipar las penurias de la vida diaria que se vivía y que, a pesar de las limitaciones, siempre buscaban una oportunidad de disfrutar de una función, y principalmente en los momentos de despedida cuando las funciones de “gancho”, al dos por uno, resultaban en llenos completos en las galerías en donde parte de toda la barriada se concentraba y regocijaba de lo que oía, veía y vivía en esos momentos”.

“Allí se escuchaban piropos, putiadas, silbadas de vieja, letanías, canciones, chunguiadas, sobre todo cuando los payasos interactuaban con el público. Y es que habían canciones preferidas que movían a la gente, como alguna canción popular; y de ello está el caso de “El ladrón” que, acompañada con bonita fonomímica, al canto de ella el público acompañaba: “Quiero relatar lo que a mí me sucedió cuando la otra noche mi sueño se turbó... ¿Qué es lo que pasó?, ¡que se desmayó(...)!”.

En fin, aunque todo esto pareciera de la edad de la inocencia para toda esa gente, fueron momentos de especial alegría, ya que los habitantes de los mesones volvían a sus cuartos contando las peripecias, las alegrías, los chistes y acciones especiales de los artistas circenses.

Estas funciones que daba el circo reflejan algunas picardías que en el San Salvador de antaño marcaban y hacían viva la vida de la gente de los barrios, algo que se ha perdido en una sociedad, año 2017, que vive confrontada y amargada por la violencia, la inseguridad, la carestía y tantas otras circunstancias...”



El autor, Ramón D. Rivas, en trabajo de campo.
Foto: Nick Mahomar.

XV

De aquellos que se enamoraban en el mesón

Siempre había una especie de arraigo entre las familias que vivían en el entorno habitacional del mesón. En el caso particular de lo que fue el mesón San Rafael²⁶ que estaba ubicado en las cercanías del barrio San Esteban, los noviazgos que allí surgieron pudieron también haberse dado en los otros mesones que caracterizaron a este barrio.

Un informante me comentó al respecto: “Hubo, sin duda, bonitos encuentros de amor. Entre ellos, vale la pena mencionar el caso de los noviazgos en el referido mesón de la antigua calle El Molino. Para nosotros —me decía el informante—, era un lugar bonito, de muchos recuerdos, con una bonita calle empedrada, con casas del sistema mixto tradicional de mampostería y bahareque, con colores muy pulcros, sobresaliendo los techos de teja, las puertas talladas y la ventanas empotradas en las fachadas.

26 El barrio San Esteban, allá por los años cuarenta y cincuenta, era un sector periférico de la ciudad de San Salvador que albergó una considerable cantidad de mesones, que iniciaban desde los alrededores de la desaparecida iglesia San Esteban; y en su mayoría se ubicaban, sobre la 6.^a calle oriente, que conducía a la colonia El Paraíso.

Al hablar de los noviazgos en este mesón es hablar de agradables azañas entablada a través de algunos enamorados. Los niños crecían sin ninguna malicia, pero por el hecho de vivir juntos en medio de un considerable conglomerado de familias, las amistades no sobrepasaban las manifestaciones de cariño, aunque posiblemente podían haber atracciones...”

“Los niños y las niñas, desde muy temprana edad, jugaban imitando a los núcleos familiares; jugar de ‘papá y mamá’ era común y, hasta cierto punto, didáctico, ya que reflejaba muchos valores humanos, sobre todo la unidad familiar. No obstante, el solo hecho de asumir en el juego el papel de mamá y de papá iba reflejando mucha responsabilidad, pero a la vez se aprendían cosas íntimas y hasta cierto punto útiles, como por ejemplo: el papá tenía que ir a trabajar y se encargaba de llevar la comida y el dinero a la casa; y las niñas asumían el papel de la mamá, haciendo los oficios de la casa, y cuidando a los niños. Esto, en sí, generaba cierto acercamiento y atracción entre los niños que jugaban; se besaban, se tocaban y la confianza iba apareciendo”, me dijo.

En algún momento, en este juego el varoncito se convertía en papá y fabricaba los utensilios de cocina, y la niña asumía la elaboración de los alimentos para la casa. Un informante me contaba que, “en una ocasión, eso de los juegos se fue haciendo más real, por ejemplo, que las niñas iban aprendiendo a echar tortillas de masa de maíz”.

¿Qué sucedía cuando llegaba un nuevo inquilino, o inquilina, sobre todo cuando se trataba de un niño o una niña que ya había alcanzado su pubertad? —pregunté—. “En este caso,

él o ella, generaba cierta sensación de curiosidad y atractivo, por lo que propiciaban las oportunidades de abrir un noviazgo, relación que por lo general se mantenía en secreto. La realidad era que un ambiente como ese nada era secreto, pero todos hacían como que era secreto, aunque en los lavaderos los cuchicheos de todos los días de los habitantes exageraban más de lo que era la realidad. Los chambres era costumbre cotidiana”.

“Era común en ese entonces, —me dijo— sobre todo cuando llegaba un nuevo inquilino joven, en la edad de la adolescencia, esa expresión popular conocida por todos: ‘uno había calentado de choto y el otro solo había llegado a comer’ ”.

“Sin embargo —me comentaron— hay que destacar que hubo noviazgos de adultos y de jóvenes mayores que, curiosamente, nunca llegaron a formalizarse; pero cuando un nuevo inquilino llegaba a vivir al mesón, era eso de que, al solo llegar, este iniciaba el noviazgo y, es más, hasta podía preñar a la joven mujer; y lo curioso es que, en la mayoría de las veces, nunca formalizaban hogar, y el hombre, así como llegaba, así también desaparecía. Naturalmente había casos de cierta responsabilidad”.

“Curioso es que, en muchos casos, se daba eso de que los hombres reconocían a sus hijos pero nunca se quedaban a vivir en el mesón. En los mesones vivían mujeres bonitas, y muchos llegaban solo a aprovecharse de su inocencia y en esas visitas alguna que otra quedó preñada por descuido. En ese entonces casi nadie hablaba de anticonceptivos, de condones o de cosas por el estilo”.

“Y es que en los noviazgos, en el recinto de los mesones, también se presentaban hechos jocosos, como el caso de la negra Ana, que, en la oscuridad —según un informante— ni los dientes se le veían como en otras ocasiones, pero si se escuchaba el retozo y relajo que hacía con sus pretendientes allá refundidos en alguna esquina y en la oscuridad de la noche. En una ocasión —me cuentan— llegó el circo *Blue Star*, y entre sus artistas andaba un malabarista negro, posiblemente originario de Honduras o Panamá, eso era lo que se decía, y en el circo se le conocía como ‘el gran Sabú’.

Sin embargo, la plebada del mesón San Rafael inmediatamente asoció a la negra Ana con el negro, y de una vez la apodaron ‘La Sabú’; y a cualquiera que se le acercaba como novio, todos en el vecindario decían: ‘fulano de tal, anda con la negra Sabú’. Ella acostumbraba amontonarse a los novios allá en los corredores del fondo del mesón, y los vecinos, siempre hacían el chiste diciendo ‘allá está la negra Sabú, divirtiéndose’. La negra Sabú tuvo varios novios, entre ellos el negro Milo y Tumbo de mar, que afirmaban sentirse orgullosos de ella, ya que, según los enamorados, esa joven mujer manifestaba otras virtudes y atractivos que las demás muchachas del vecindario y el mesón San Rafael no tenían. Además hacía lo que las demás no hacían...”

“Hay otras parejas de novios que no se iniciaron en el lugar donde vivían; y, como por situaciones del destino, en las excursiones —que no faltaban—, sobre todo para días de fiesta, como las; agostinas, Semana Santa o Navidad, se flecharon en otros lugares. Y si bien es cierto provenían del mismo mesón, no había sido ahí que habían dado inicio a la

nueva relación. Y así está el caso de Luis Chacón, apodado Patas cutas; y la Maribel apodada, La Cayuco. Estos dos personajes del mesón San Rafael iniciaron su noviazgo en una de esas salidas de paseo en excursión, precisamente de Semana Santa, a la playa El Tamarindo. Curiosamente estos dos quizá son de los pocos ejemplos que hasta el día de hoy se mantienen juntos y viviendo en Canadá”.

Este tipo de relaciones amorosas, la mayoría de veces, se llevaba a cabo a escondidas de los padres, aunque todo mundo estaba al tanto, ellos aparentaban como que no sabían. Esos amoríos se manifestaban en épocas muy especiales del año: Navidad, Semana Santa y en las fiestas de Agosto. Y es que en estos barrios, para las fiestas patronales, llegaban no solo circos sino también otro tipo de diversiones, como: los juegos mecánicos conocidos por todos como “las ruedas”; y estos eran precisamente los momentos especiales para salir a caminar, agarrarse de la mano y comunicar una que otra intimidad. Y así me lo comentaron varios informantes.

El cortejo se llevaba a cabo, casi siempre, al ritmo de una melodía romántica de moda. Claro está que esta diversión, en algún momento, tuvo consecuencias, ya que a más de alguna de las mujeres, que siempre han sido cuidadas desde temprana edad, si los papás se daban cuenta de que se había escapado, ya sea a “la ruedas”, al lugar donde se ubicaban los juegos mecánicos de la feria, al circo, o “solo por ahí”, sufría las consecuencias, a veces con ultrajes vergonzosos que concluían con golpes con una cuerda de máquina de coser, con un cincho o simplemente con un buen jalón de pelo y una pescozada, hecho que ponía, en vergüenza a la cipota en todo el mesón.

“Así le sucedió a Marlene, la Catocha, con Carlos, el Ratón”, —me relató un informante—. Este era motorista de la ruta 27, que hacía el recorrido desde la colonia El Paraíso, en el barrio San Esteban, hasta la colonia Las Mercedes, ubicada cerca del Estadio Cuscatlán. En una ocasión, la niña Fina, mamá de la Catocha, la mandó a comprar carbón, y casualmente pasó el Ratón en el bus y se la llevó junto con Reina, tía de la Catocha. Esto sucedió como a las seis de la tarde, y aparecieron las dos como a las ocho de la noche. La niña Fina tranquilamente subió a buscar a la Catocha y le preguntó: “¿Qué pasó con mi carbón?”. La Catocha le respondió que se le había olvidado; llegó saboreando un sorbete. “Termináte ese sorbete, cabrona” —le dijo doña Fina— ‘que de esta verguiada no te salvás’. La Catocha comenzó de inmediato a bajar en voz alta a todos los santos: San José, San Antonio bendito, San Juan Bosco, Santo Dios, santo Fuerte..., e hincada comenzó a llorar; y era curioso pero hasta la perra que tenían, de nombre Condesa, percibió el enojo de doña Fina y se escondió a la hora de los cachimbazos”.

“La Catocha, después de verguiada —me dijo el informante— se echó una sonrisa como para desafiar (o simplemente para dar la impresión de que ‘Jalisco nunca pierde’) por lo que había hecho. Así eran y se repetían los noviazgos en los mesones”.

“Las aventuras venían una tras otra, —me relataron— y era como que eso alimentaba el espíritu y le daba el sabor familiar y comunitario al lugar, ya que todos disfrutaban y se reían de lo que hacían. Los padres, disimuladamente, para controlar a sus hijas, salían de la calle empedrada a la pavimentada observando los movimientos de las cipotas

y aprovechando comprar más de alguna de las comidas tradicionales que como costumbre popular se desarrollaba desde mediados de la tarde; pasaban vendedoras de atol de piña, atol schuco, atol de elote, poleada, algunas vendedoras de pan de dulce, sorbeteros, paleteros, vendedores de tiste, mango rayado, naranja pelada con chile y algüashte, pepitoria, cacahuate, agua de coco en bolsa, barquillos y, sin faltar el carretón de minutas que pasaba todos los días, y dos veces por semana, el dueño del carretón vendía fruta helada en un barril de madera”.

“Más de algún novio esperaba a su pretendida en alguna esquina, distrayéndose con el juego de capirucho, el yoyo o simplemente fumándose un cigarrillo de las marcas de aquella época: Delta, Nacional, Royal y Windsor. Otros, los más desesperados, no dudaban en enviar un papelito con algún razonero, papelito que era un recado para mantener la chispa brillante del noviazgo”. Y así me lo confirmaron varios informantes.

“En muchos casos, cuando la pretendida no podía salir, se las ideaba inventando una mentira, diciendo que iba ‘rápido’ a comprar o hacer algún mandado, con la idea de que, por lo menos, podría encontrarse por unos segundos con su pretendiente y tocarse las manos o darse un apretado beso y un adiós(...) Pero cuando no se podía salir, estos papelitos eran contestados, a veces, impregnados de algún perfume o algo escrito, como ‘no puedo, no me dejan salir’, o ‘te quiero’. Y así pasaban los días, los meses y ahora solo son bonitos recuerdos” —me dijo el informante—.

XVI

De la triste llegada de la muerte

La conducta humana, en casi todos los aspectos de la vida es la misma, pero no es lo mismo por ejemplo, que cuando muere alguien en el vecindario de una casa de la colonia o la residencial, que si muere un vecino que está en el mesón, porque en este caso todos los inquilinos prácticamente todos participaban del velorio, así como también de los rezos y todo lo demás que un acontecimiento como esos conlleva. Y esto por el hecho de ser una “pequeña vecindad.”²⁷

La vida en esos espacios de convivencia tenía diferentes aristas, en unos casos había alegrías, ya sea a solas o compartidas. También habían tristezas, a veces a solas y otras compartidas, pero la solidaridad, y hasta cierto punto una especie de hermandad, siempre se manifestaba en los momentos difíciles de una familia, como es el caso de cuando alguien moría.

Uno de los informantes me relató: “El momento del velorio era abarrotado por la gente de todo el vecindario, y sin faltar, naturalmente los del mismo mesón donde el difunto vivió. Esto se daba por distintas razones; unos por acompañar a la familia doliente y otros por el hecho de que se presentaba

²⁷ Ilustrativo es aquella famosa serie de televisión “El Chavo del ocho”, en la que todos los vecinos vivían todos los acontecimientos en común.

la oportunidad de jugar a los dados (chivear) y naípe, y los bolos de remate, porque tenían la oportunidad de recibir su respectivo trago de guaro”.

Para algunos también era la oportunidad de encontrarse con los amigos, y para otros, de estar un momento con la novia, o el novio; y no faltaban aquellos que hacían gala contando chistes y bromas, como para alegrar un momento el rato de dolor.

“La muerte era un momento de encuentro familiar y de toda la gente que vivía en el mesón y sus alrededores; cuando llegaban el momento álgido, las lágrimas salpicaban por doquier. A medida que se iba saludando la gente que entraba y salía, como que la tristeza se iba olvidando: algunos sobresalían por sus irreverentes carcajadas por los chistes contados o por otras anécdotas que en ese momento se narraban”. Me dijo un informante.

Un muerto acercaba a la gente inclusive a quienes guardaban ciertas asperesas personales. La muerte de un inquilino hacía llegar a familiares y amigos que vivían “refundidos” en cualquier rincón del país. Y todos aportaban desde dinero para la compra de velas, pan, café, naipes, flores, azúcar, pan dulce, tamales y hasta guaro y cigarrillos, así como otros productos pequeños pero necesarios. Por muy pobre que fuera la familia doliente, siempre contaba con el apoyo de sus familiares, vecinos y amigos.

Una peculiar situación eran los mesones de allá por la década de los sesenta en los que esa hermandad era manifiesta

en el acompañamiento para la vela y el entierro de algún difunto. No se alquilaban espacios para la velación, ya que esta se hacía en los patios, corredores o raras veces en el interior de las habitaciones. El transporte del difunto hacia el cementerio, para su inhumación, se hacía a pie y era cargado por los que fueron sus mejores amigos, que se turnaban para cargarlo durante el trayecto. Era prácticamente todo el vecindario el que daba la cristiana sepultura; y muchos se despedían del muerto tirando una palada de tierra sobre el ataúd, ya depositado en el hoyo, y como señal para recordar que “del polvo venimos y en polvo nos vamos a convertir” —me decía un informante— la gente regresaba al mesón sin decir palabra”.

Un informante me relató: “A pesar de los momentos de dolor, también se presentaban ciertas situaciones alrededor de la vela o en el sepelio: a veces salía algún homosexual sentimental llorando, o a alguna cipota que por descuido se le quemaba el pelo, o un borracho que, ya bajo los efectos del alcohol, manifestaba alguna expresión que caía en gracia entre los dolientes. También se daban casos curiosos, como lo que sucedió en el mesón Sierra, lugar habitacional ubicado al lado del mesón San Rafael. En aquel mesón —sería iniciando la década de los sesenta— en un sencillo cuarto que tenía solo lo necesario para vivir (cama, silla y mesa...), se escuchó la bulla de que había fallecido uno de los hijos de doña Fide, señora que se ganaba la vida vendiendo canastadas de yuca frita y salcochada...”.

“Pues un día, esta señora se encontró con la mala noticia de que su hijo Jorge había fallecido. Jorge era un muchacho

de unos dieciseis años; y la gente del mesón, sin tener un dictamen médico de su deceso lo declararon muerto; y de inmediato hicieron los preparativos para la compra del ataúd y para el velatorio; y su respectivo entierro se iba a llevar a cabo al día siguiente...”. “Pues al ‘difunto’, por ser amigo de la mayoría de todos los que habitaban en el mesón San Rafael y de gran parte del vecindario a la redonda, lo acompañaron en la velación; y justo entre las nueve y media y diez de la noche que Jorge, en medio de todos los dolientes y rezadoras, se levantó y empezó a ver, con cara de quién sabe qué, para todos lados, pero sin fijarse específicamente en algo o alguien²⁸. La gente, espantada ante lo que veían, no dudó en dejar todo para salir corriendo en desbandada. Ahí quedaban solo sillas, altar, velas, tazas, vasos, y un charco de café en el piso y montón de hojas de tamales. La gente salió del apretado lugar como pudo. Dicen que la primera que salió corriendo y justo cuando rezaba las letanías, fue la rezadora...”

“En el recinto donde se llevaba a cabo el velorio no había luz eléctrica, el humilde cuarto era alumbrado solo por las cuatro velas de cera que pusieron en las esquinas del ataúd, que se cayeron al suelo ante el desparpajo de la gente. Algunos hombres, a lo mejor como para comprobar lo que veían, se quedaron, pero estaban atónitos. Eran hombres que estaban cerca acompañando a la madre del difunto, ahora ‘reviviente’, que fueron los que precisamente le ayudaron a que se terminara de levantar; y de inmediato, ante la súplica a gritos de la madre, le dieron masajes con alcohol...”

28 La caja en donde se colocaba el cadáver, eran mitad sellada y mitad abierta

“Doña Fide, asustada pero contenta y con cara de incrédula, abrazada a su querido hijo y daba gracias a la Virgen del Carmen por ver como su hijo había ‘resucitado’ ”. El informante me relató que ninguno, pero ninguno de los presentes pudo dar una explicación ante tal acontecimiento, lo que sí se difundió como corriente eléctrica fue el susto vivido, que aún cuentan.

Estos mesones estuvieron ubicados, en su momento, frente a las bodegas del Banco Hipotecario, que se localizaba sobre la actual prolongación del Bulevar Venezuela y en las cercanías de los apartamentos del barrio Lourdes.

“El ambiente que prevalecía en estos entornos del mesón, por las noches, se dibujaba por dos focos de charra en las puntas de los postes de madera que iluminaban parcialmente el empedrado de la calle El Molino. A pesar de ser empedrada, esta calle formó parte de la identidad de todos los ocupantes que vivían en los mesones aledaños a las antiguas bodegas del banco Hipotecario. Eran calles empedradas que, para los niños, nunca fueron un impedimento para que jugaran a ladrón librado, mica, al fútbol; para encumbrar piscuchas, jugar con trompos, jugar con pepas y chibolas; los colores, arranca cebolla y torito, entre otros, todos juegos tradicionales que sanamente entretuvieron a los niños que vivieron en los mesones de épocas pasadas que nunca volverán”. Y así me lo relató un informante.

“Eran de esas calles empedradas, pero también polvosas y pavimentadas; y como muy bien lo rememora alguien que vivió en el mesón Costa Rica, propiedad de la familia Mear-

di: ‘Había tantas calles polvorosas como pavimentadas, tantos carros como carretas, el aire era limpio, el ambiente agradable, la gente amigable y confiada...’ ”

“Las noches eran oscuras y mas estrelladas, los focos de 200 *watts* apenas alumbraban las calles, callejones y callejuelas, pero los caminos eran mucho más seguros... No existía la colonia Santa Lucía, ni la Zacamil, mucho menos Ciudad Credisa o Ciudad Merliot. En la práctica había solo dos clases sociales: la minoría, clase alta; y la baja, la mayoría. La gran mayoría eran conglomerados pobres de clase baja, como familia, viviendo en olvidados mesones malolientes que polulaban en toda la ciudad.”²⁹

El mismo personaje rememora³⁰ —eran los primeros años de la década de los sesenta—: “El mesón donde mis padres y cinco hermanos vivíamos era uno de los más pequeños del ‘pijo’ que había en uno o dos kilómetros a la redonda, pero mi mesón, el Costa Rica, estaba centricamente localizado enfrente de la escuela *Juan José Laínez* a dos cuadas de la *Joaquín Rodezno*, cerca de los bancos Capitalizador y Central de Reserva, del almacén La Mariposa, del supermercador El Cochinito, del Campo de Marte (parque Infantil), el parque Bolívar, de la iglesia la Basílica, y de la mansión Dueñas. Diez familias vivíamos allí y todas tenían negocio. Había comedor —de mi madre—, talabartería, taller de mecánica, carpintería, taller de modas... Nadie tenía televisor; el radio eléctrico y el tocadiscos era un lujo de muy pocos; el recién introducido radio portátil de transistores era más accesible;

29 Véase <http://cuscarla.com/losbeatles.htm>

30 *Ibíd* .

***Los mesones: encrucijada de la vivienda informal.
Cultura de los marginados***

la música era la gran animadora en la jornada diaria. En ese mercado-mesón(...), se escuchaban rancheras, tríos, mambos, cumbias, mosaicos de los Billo's(...), animaban el ambiente de trabajo duro y fiestas particulares que se daban de vez en cuando.



Foto: Antonio Herrera Palacios

XVII

De cuando todos se conocían y la vida en mesones era compartida con los servicios de los carretoneros, y otros atractivos

Allá por los años sesenta, los viejos barrios de San Salvador siempre se caracterizaron por la presencia y tranquilidad vivencial que se hacía sentir en los espacios de convivencia popular. Una característica de aquel entonces era la poca población vehicular existente en San Salvador³¹ y en el resto del país. Esto permitiría que en la capital se disfrutara de la tranquilidad en las calles empedradas; y la novedad del desarrollo con la pavimentación de algunas de estas.

Para entonces era peculiar ver carretas tiradas por bueyes transportando arena; y también haladas por mulas, llevando algunas cargas. Todo esto era parte del contraste de los medios del transporte existente.

A esto se sumaban, los carretones, que se veían circular por calles y arterias tirados por hombres, y que por lo general iban y venían con sus cargas, consistentes en frutas y verduras, así como carbón y leña rumbo al mercado. En el barrio

31 Año 2017, se leía en un medio de comunicación virtual que el parque vehicular en todo el país casi llega al millón de automóviles.

Zurita, ubicado entre el barrio San Esteban y Concepción. Muy próximo al centro capitalino, se localizaba un punto de carretoneros; y muchos de los habitantes de los mesones utilizaban este sistema de transporte para hacer sus traslados o movilizar algo que les interesaba.

Un informante me relataba: “Los fines de semana eran muy característicos, ya que en ese período, los carretones servían para ‘acarrear’ —actividad que era realizada casi siempre por bolos—; y era precisamente cuando se recogían los bultos del suelo y se depositaban en los carretones, y luego se transportaba la carga para algún lugar. Pero también era común ver cuando los bolos se quedaban fondeados en los andenes y esquinas de las calles”.

“En zona del mercado central y de la calle Gerardo Barrios deambulaban algunos personajes característicos de la época, —algunos se ganaban la vida como carretoneros—. Entre ellos estaban: ‘Chico anda bañate’, que no acostumbraba usar camisa ni zapatos y solo se cubría con los andrajos de un pantalón corto y sucio; y cuando a este hombre le gritaban el apodo, enfurecido tiraba piedras. A otro le decían ‘Chiva vieja’, que no andaba con una cobija encima si no que con unos sacos oscuros y viejos que quién sabe dónde los conseguía. Había también un tal ‘Bebe leche’, sin saberse por qué le decían así. Había otro personaje que era enfermo, que a lo mejor se llamaba Carlos pero le decían ‘Calulo’; era gordo, medio ciego, y siempre andaba descalzo. El hombre se veía con cara de ingenuo, y decía todos los días: ‘¡Vivoracho pacho, cinco no me hallo!’. Deambulaba también por allí un señor que siempre se veía bien vestido, con cincho y su respectivo reloj... pero sin zapatos.

Había fines de semana que en los carretones se veían hasta cinco bolos amontonados, que eran transportados a sus casas; y eran precisamente los familiares, los que mandaban a los carretoneros a buscar al bolo a las esquinas o cerca de las cantinas, que abundaban en esa época”.

Ahora bien, los mesones carecían de algunos servicios que en aquellos tiempos podían haberse considerado de lujo. Por ejemplo, los teléfonos. Aunque sí había algunos de uso de carácter público, estos se ubicaban en puntos estratégicos en las esquinas de las calles. De igual forma, era un lujo aquel que disponía de un televisor. Estamos hablando de la década de los sesenta; entonces era una novedad quien adquiría uno de estos aparatos. Quiéranse o no, estos aparatos eran considerados como artículos de lujo.

“En los mesones, la televisión, sirvió para mantener unidos a algunos de sus inquilinos. Así, era usual ver los corredores, durante el mediodía, abarrotados de cipotes queriendo disfrutar de una ‘chiquillada’ de Popeye, Pedro Picapiedra, Bugs Bunny o del Pájaro loco, entre otras. Luego llegó Astroboy, que se convirtió en el programa preferido de grandes y chicos. Pero el programa clásico que más audiencia tenía era el de ‘Los tres chiflados’”. Me dijo un informante.

“A pesar de eso, había quienes se aprovechaban de hacer cobros simbólicos para permitir que vieran transmisiones en su televisor, algunas veces no sobrepasaban los cinco o diez centavos, dando el derecho de entrar al cuarto y disfrutar de esa distracción. Los cipotes pagaban con tarjetas, chibolas, botones y otros artículos que servían para juegos

infantiles”. Me relato el mismo informante. Y continuó: “A pesar de que muchos nacieron en cuna humilde, como en caso de los que vieron la luz en los mesones, los padres siempre se preocuparon por la educación de sus hijos. Un papel importante, en este sentido, lo jugaron las escuelas públicas, que por lo general solo tenían el nivel de enseñanza primaria (de primero a sexto grado); y era notoria la exigencia de las tareas para aquellos que estudiaban en la mañana, ya que por la tarde se podían acarrear correyazos los cipotes al no cumplir con sus deberes”.

Fue muy notorio también el hecho de imponer normas para el cumplimiento de las tareas y así tener derecho, al cumplirlas, a salir a jugar y recrearse. En términos generales, todos los niños asistían a más de alguna escuela cercana a los mesones; y en aquella época la asistencia a clases era cumplida y todos miraban al futuro cercano, esperando los períodos vacacionales de Semana Santa y de las fiestas agostinas, para luego disfrutar de la finalización del año lectivo, entre mediados y finales de octubre, coincidiendo con el bonito ambiente que ha dejado en el recuerdo la frase; “los vientos de octubre”, que era un símbolo de las vacaciones escolares. Me confirmaron.

También es de mencionar que, por las razones económicas, prevalecientes en algunos núcleos familiares, se volvía necesario tomar una decisión: hacer un sacrificio para que los niños continuaran la secundaria o someterlos al trabajo infantil.

***Los mesones: encrucijada de la vivienda informal.
Cultura de los marginados***

En algunas ocasiones, muchos de los niños, ya casi adolescentes, tomaron la opción de estudiar en lo que aquella época se conocía como “la nocturna”. Debido a que la actividad laboral principalmente era de grupos de obreros, albañiles, maestros de obra, electricistas, jornaleros, sastres, zapateros, costureras, fontaneros, vendedoras y otras ocupaciones en actividades no muy bien remuneradas. Muchos padres se veían obligados a que sus hijos o hijas compartieran la responsabilidad laboral con ellos.

Era común, en aquella época, escuchar a los jóvenes decir: “estudio en la nocturna porque ayudo a mis papás”, no perdiendo la aspiración de superarse. Era notorio, durante los fines de semana, oír decir que se había ganado el derecho de divertirse; ir al cine a ver las famosas “tuzadas” en algún cine cercano a los mesones.



Fotografía: Mauricio Antonio en las afuera del mesón San Rafael, década de los setenta.
Fotografía proporcionada para este estudio por el Arq. Oscar Batres Posada.

XVIII

De cómo se llegaba a ser parte de un mesón y el recuerdo de aquellas cabras

Hay casos en los que aquellos que migraban a la ciudad, llegaban ya con algún contacto previo en donde se podían ubicar, pero estos eran pocos. En el mayor de los casos, mucha gente llegaba de sus hogares de origen a las grandes ciudades y nos referimos aquí concretamente a Santa Ana, Sonsonate, San Miguel, Usulután y San Salvador, entre otras. Sin conocer a nadie, pero muchos informantes me manifestaron que la gente casi siempre tenía un referente, pero no era fácil encontrar un espacio para vivir ya que necesitaba de algo de referencia y es así como, en muchos casos, habían personas, que se prestaban como referentes, aunque no les conocieran. La necesidad mostrada y el deseo de ayudar de otros, parecían mas un deber, que una norma.

El arrendamiento o el derecho de vivienda en un mesón, para un nuevo inquilino aspirante a ocupar una pieza, por lo general se lograba a través de un contacto, un amigo, quien servía de intermediario y recomendaba al nuevo inquilino.

El derecho de vivienda, y sus servicios, siempre fue en términos de pago mensual, lo que incluía en algunos

casos el agua, pero con horas limitadas; esto se daba, por supuesto donde había servicio de agua. Otros mesones —y eran muchos— no contaban de este servicio ni disponían de baños; e inclusive los pisos de los cuartos eran de tierra. Los mesones que tenían una mejor infraestructura sí tenían los servicios básicos de agua y luz, sin embargo, se mantenía el sistema de control del agua en horas específicas, que iniciaba en las primeras horas de la madrugada hasta media mañana.

Un informante me comentaba: “En los mesones, por lo general, había un encargado de abrir y cerrar la válvula de control de agua potable, que se encontraba en una especie de caseta de seguridad, cada quien, tenía la responsabilidad de instalar el contador de energía eléctrica, servicio que brindaba ya la Compañía de Alumbrado Eléctrico de San Salvador, S. A. (Caess)...”

“Siempre había alguna que otra jayanada de parte de algún habitante, que servía como para regular el comportamiento de los usuarios: por lo general, todos los inquilinos se levantaban temprano en la mañana para hacer sus necesidades y algunos de estos hacían la broma de mal gusto de echarle pasador a los baños haciendo creer que estaban ocupados. También se daba el caso de untarle caca de gato o de perro a la válvula, como una muestra de repudio al excesivo racionamiento de agua”.

“Había gente, sobre todo las mujeres, que no querían sentir el mal olor que despedían las letrinas a buena mañana, por eso hacía sus necesidades durante la noche en una bacinica y, en una carrera, antes de que llegaran a la letrina los demás

inquilinos, iban a depositar los orines y la mierda a la letrina y regresaba a su cuarto más rápido todavía...”

Otro informante me relataba: “Cada uno de los habitantes del mesón, siempre tenía un barril, cumbos o guacales llenos de agua que utilizaban para lavar los trastos o la ropa. La mesonera después que echaba el agua a las tres de la mañana, luego de haber cerrado la válvula se encargaba de hacer la limpieza de baños y servicios, además de barrer y lavar el patio, dejando todo en condiciones higiénicas con un fuerte olor en el ambiente a Pinesol o creolina, siempre y cuando ella consideraba que era necesario lavar con este tipo de ingredientes el lugar, por aquello de los malos olores”.

“Es de recalcar que en ciertos mesones, precisamente en los que se disponía de un espacio que posibilitara el desarrollo de algunas actividades productivas, los inquilinos utilizaban los cuartos o una parte de la habitación que daba a la calle para tiendas, costurerías, zapaterías y en algunos casos hasta talleres de fontanería. En algunas habitaciones internas también era peculiar admirar las habilidades sobre la gastronomía tradicional y era usual vender los productos en las afueras del mesón”.

“En algunos mesones, por las características de su ubicación y además por las atrevidas acciones aventureras de la cipotada, había más de alguno que se destacaba por su picardía. Era muy usual, por ejemplo, en aquellos mesones de la periferia del San Salvador, que en sus entornos hubiera muchos zacatales, y por eso se veía a manadas de cabras pastar allí; eran los momentos para que algunos las agarraran

para ordeñarlas y así robarse la leche, otros simplemente gustaban de hacer lances y provocando algunos de los animales como toreándolo(...) Había un cipote desalmado que hasta cohetes le tiraba a un “cabro” para enojarlo y así poder hacerla de torero”.

El mismo informante me narra: “Una cipota llamada Delmy, que vivía en el mesón San Rafael, pedía que corrieran las cabras sobre la calle empedrada de El Molino, y era la única que tenía el valor de torear al “cabro” que le decían Nando, espectáculo que era muy usual cuando caía la tarde, momento cuando los animales, buscaban el potrero en las cercanías de los mesones San Ricardo y El Sierra, en las cercanías del barrio San Esteban, para irse a dormir”. “Hoy en día —me dijo el informante— se localiza una gasolinera y el conjunto de edificios multifamiliares del Fondo Nacional de Vivienda Popular de El Salvador (Fonavipo), en esa zona del barrio Lourdes”.



Foto: Ramón D. Rivas

XIX

De aquellos días de convivencia fuera del mesón

Se tenían momentos de sana convivencia en el mesón y si bien es cierto, habían familias que mostraban más afinidad para con otras, los momentos de diversión, eran compartidos por todos, salvo, uno que otro que no participaba.

Una de las actividades colectivas de la gente, era el buscar formas de convivencia, y estas se daban en cualquier oportunidad, y entre ellos no había diferencias de ninguna índole. Un informante me comentó al respecto: “Las excursiones al interior del país eran importantes acontecimientos que se daban para las vacaciones y que la gente aprovechaba para salir en grupo. Estas vacaciones se daban, ya sea en diciembre, en abril o en agosto, es decir, para Navidad y Año Nuevo, Semana Santa y la fiesta del Divino Salvador del Mundo, respectivamente”.

Y nos referimos aquí concretamente al caso del mesón San Rafael. En este recinto habitacional, muchos de los habitantes tenían vínculos de amistad con otra gente que vivía en otros mesones cercanos, que estaban circunscritos dentro del barrio viejo de San Esteban sobre la cuarta calle oriente y, precisamente, frente al desaparecido cine América.

***Los mesones: encrucijada de la vivienda informal.
Cultura de los marginados***



Rubén, Stephanie, Marlene, Dina, Raúl, en brazos, y Delmy en un entorno habitacional de la década de los sesenta.

Fotografía proporcionada para este estudio por el Arq. Óscar Batres Posada.

Un informante me comentó al respecto: “Había un señor de nombre René que era dueño de una zapatería y también de un mesón. Pues este señor, para las festividades de Semana Santa, tenía a bien organizar excursiones hacia el oriente del país, a una playa ubicada en el golfo de Fonseca conocida como Playitas. Una de las bondades de esta playa era

que siempre mantenía agua potable, la que era conducida a través una cañería que bajaba desde el volcán Conchagua; era agua muy fresca, y, en ese ambiente de calor, era muy agradable el poderse quitar la sal que a uno le quedaba en el cuerpo después de bañarse en el mar. Era sabroso el poder bañarse con agua limpia a cualquier hora que uno lo deseara y también poder tomarse un buen vaso de agua fresca...”

“Don René, por lo general, llevaba dos buses viejos pero buenos, ya que no se quedaban en el camino; y si alguna vez sucediera, lo que nunca ocurrió, don René decía que él se encargaba de ‘componer’ cualquier desperfecto. Uno de los buses estaba destinado solo para los excursionistas del mesón San Rafael. Ese bus agrupaba a aquellos jóvenes inquietos que también ya andaban echándole ojo a las cipotas del mesón de don René, y para ello, durante el trayecto a la playa, se cambiaban de bus solo para ir, naturalmente, cerca de las muchachas...”.

El informante en tono melancólico me decía: “Sentir aquella armonía de aventura amorosa, que daba alegría al grupo de los excursionistas, era algo maravilloso, y muy bonito de recordar ahora. Y es que hoy siento hasta el olor del bus embadurnado de perfumes de toda clase pero barato, perfumes de ese que vendían en el mercado, pero también huelo y me imagino a las muchachas. Una de las características, en la organización de estas excursiones, era que toda las ‘plebadas’ del mesón y del barrio se reunían, durante el viaje, en la parte de atrás del bus, con el fin de hacer relajo contando chistes, cantando y jodiendo, pero entre el mismo grupo, sin joder a los demás.

Una de las canciones más populares del ‘coro’ de los jayanes era ‘Se va el caimán’; y lo divertido era que cada uno de los jayanes, pues eso éramos, jayanes, en número de por lo menos cuarenta, todos de la muchachada, cantábamos a gritos, y de una manera improvisada en momentos como esos, canciones entonces de moda. Una de los tantos arreglos improvisados decía: ‘Se va el caimán, se va el caimán, se va para la barranquilla(...)’. ‘Un viejo con una vieja se subieron en la Chicago y la vieja le decía hay bágame que me cago(...)’. Otra decía: ‘Cuando la perica quiere que el perico vaya a misa se levanta de mañana a plancharle la camisa(...)’. Otra era: ‘La cucaracha, la cucaracha ya no puede caminar(...), porque le falta, porque le falta un buen trago para tomar(...)’.

“Otros detalles del grupo era que salían de San Salvador hacía el oriente del país a eso de las cuatro de la mañana y las canciones y los chistes no cesaban hasta llegar al destino final. La idea era disfrutar. Así mismo, se acompañaban con botellas de licor destilado como *Muñeco*, *Tick Tack* y *Espíritu de Caña*, que eran las bebidas de todos y que se tomaban puras o mezcladas con alguna bebida refrescante que se llevara; como ser fresco de chan, limonada o de bebidas gaseosas, pero las preferidas eran las hechas en casa...”

“Era el momento del disfrute pleno de todos los habitantes del mesón; y en estos viajes se procuraba que nadie mostrara cara de tristeza; se trataba de divertirse, de olvidar todo, todo lo malo, por lo menos durante todo el paseo. Un día antes de salir, la gente hacía los preparativos de comida para disponer de sus alimentos durante los dos días de paseo, alimentos que eran compartidos entre todos. La gente preparaba frijoles

salcochados, arroz, queso, tortilla, gallina azada y también llevaban utensilios de cocina para hevir café y naturalmente para cocer el sopón de pescado, que no debía de faltar. Era todo un acontecimiento de risas y alegría; y ya de viaje, sobre el trayecto había puntos específicos para que la gente se estirara, comprara algo o simplemente hacer sus respectivas necesidades. En uno de esos casos, y ya en el río lempa, una muchacha vendedora de agua se le acercó a Jorge, ‘Tumbito de mar’, que le decían así porque un año antes, las olas del mar le habían dado una terrible revolcada.

Pues ‘Tumbito de mar’ le preguntó a la vendedora de agua que de dónde era el agua que vendía, y ella le respondió: ‘Pues de Lempa, ¿y de dónde más?’. ¿Y la lleva helada?, le volvió a preguntar. Ella le respondió que sí, y entonces aquel le dijo: ‘Bueno y ¿por qué usted no vende agua cantando como lo hacen las demás vendedoras?’. Ella le contestó: ‘Bueno y ¿cómo cree usted que sería?’ y ‘Tumbo de mar’ le respondió: ‘Vaya el agua de lempe...lada’, y se lo volvía a repetir; y cada vez lo hacía más rápido. Todos, y hasta la vendedora, nos reíamos a gritos”.

Me comentaron, que: “Entre las mujeres adultas que impulsaban estas actividades estaban la niña Chepa, que era la mesonera; la niña Fina, que por muchos años se convirtió en la abastecedora de los alimentos, pues ella llevaba la comida para todos; la niña Lidia Molina y la Lidia Beltrán, ente otras. En una de las excursiones se unió también, doña Berta, la mamá de los Miranda, de el Negro Milo, de Neto Camello, el Pato Hugo, la Negra Mila y Wilfredo el Pigüe, además del Trompudo Chico, todos sus hijos. Pues doña Berta, en la za-

patería, guardaba una lona azul conocida como la PCN en alusión a los colores del Partido de Conciliación Nacional. Esta lona servía para acomodar al frente de las champas a todos los de la excursión, que les servía como alfombra para sentarse, platicar, bailar y hasta para echarse los tragos.

En una de las excursiones, ‘la plebada’, conformada por Chamba Morán, Meme Pluto, el Trompudo Chico, Toño Tamalito, Loncho, Tulio, Tumbo de mar, Milo, Neto, Mario Beltrán, el seco Carlos, los Pohl (Pedro, Napo y Julio),³² Gilberto bacinica, Rigo, el Viejo Elio, Rolando, Mando, Mario, Meme, el chino Mario, Borolas, Guineo, Calín, Memo Dueñas, Mario Viejita, Víctor y Memo Cativo y el Pato Nilo, entre otros, hicieron la cabuda para comprar chaparro; y en esa ocasión enviaron a Tumbo de Mar a buscar el guaro...”.

“Pues sucede que, a uno de los curiosos campesinos que se sentaban a escuchar las pláticas de los capitalinos, le dijo a Tumbo de mar que le vendía la botella a dos colones, y este le respondió de una sola vez: ‘tráigame cinco’. Rápido Tumbo le dijo que lo iba a acompañar a traer las botellas. Llegando a un determinado punto, le dijo el lugareño: ‘Deme el dinero y espéreme aquí’. Sería a eso de las ocho de la noche. Media hora después el Cholco Romero, junto con Patas cutas, dijo: ‘hombre vamos a buscar a Tumbo de Mar’. Así fue, después de haber caminado un poco, lo encontraron y le preguntaron por las botellas, a lo que aquel les respondió: ‘ya me las va a traer’. De inmediato le preguntaron: ‘¿Y el pisto?’. ‘Es que

32 Esta era una familia muy querida del barrio San Esteban, vivían entre los dos mesones y siempre se unían a las alegrías de la excursiones del mesón San Rafael.

también estoy esperando el vuelto’, les respondió Tumbo de Mar. Patas cutas le dijo, entonces: ‘Aquí vas a amanecer, pendejo, esperando el vuelto’. Entre las jóvenes que acompañaban siempre las excursiones estaban la Seca Tita, Gloria, Dina, Delmy, Lorena, Mila, Sonia, la Menche Cativo, Mirtala, Paty y otras guapas muchachas que se agregaban a este grupo y le daban vida al paseo...”



Doña Fina en preparativos del desayuno en la playa Garita Palmera, Ahuachapán, le acompañan dos de sus tres hijas, a la izquierda Dina y a la derecha Delmy, al fondo de pie esta Jorge Pérez, apodado “Tumbo de Mar”.

Fotografía proporcionada para este estudio por el Arq. Óscar Batres Posada.

“Lo que sucedía es que, sin la compañía de estas mujeres, el paseo no tenía gracia; y estoy seguro que así han de pensar todos” —me dijo el informante—. Hay que recalcar que los papeles estaban bien definidos. En lo que respecta a las labores de la corta estancia en la playa, las actividades

en los buses, cargar con sillas mesas y hasta la comida y las bebidas eran realizadas por los hombres; y la preparación de alimentos, a cargo de las mujeres. En sí, eran momentos para compartir las tortillas, el café, los frijoles, el pan y el chocolate, en fin, la idea era regresar sin nada, solo con los buenos recuerdos y quemados por el sol, otros engomados; para esperar y prepararse para la excursión del próximo año”.

Estas son algunas de las aventuras jocosas que pasaban en estos paseos de playa, —que como muy bien me lo manifestaron— también eran aprovechados para avivar el amorío de aquellos que se escondían, ya que en la playa, en las rocas, en los cayucos o a la orilla de la playa los hombres hacían hasta lo imposible por llamar la atención de las mujeres acompañantes, y hay que decirlo, hasta por lograr un beso. Durante la noche, al encender la lámpara y alumbrar a lo lejos, se veían aquellos jóvenes inquilinos del mesón que se revolcaban en la arena. Todas estas actividades, eran comunes y mantenían unida a la gente.

XX

De ese rincón familiar donde pasa de todo

Como ya en reiteradas veces hemos podido constatar, los mesones a través del tiempo se han caracterizado y se caracterizan aún por ser un sistema de vivienda poco privilegiado y de muchas incomodidades, pero sin duda para muchos ha sido un espacio de convivencia grata que se ha sabido adecuar a sus circunstancias y condiciones de vida.

A los mesones, desde su orígenes, se ha reconocido también como una alternativa de habitabilidad para familias de escasos recursos y de limitadas condiciones de pago, convirtiéndose en recintos de convivencia muy especiales y por ello, no hay que verlos como espacios despreciables, pues siguen siendo una oportunidad de estabilidad habitacional para muchos.

Un informante me relataba al respecto: “Recuerdo que allá por los años sesenta y setenta, una verdad manifiesta es que muchos de sus ocupantes a veces por su precariedad tenían que hacer uso de su ingenio y esto, en muchas ocasiones, se traducía a la picardía innata de muchos salvadoreños, pero era aquella picardía jocosa que dejaba ver la creatividad, no

era la picardía de maldad, es aquella que al final de cuentas hacía reír y tenía algo de positivo...”

“Y es que, a pesar de muchos inconvenientes para la mayoría, por decirlo de alguna manera; la música cotidiana que se escuchaba en aquellos recintos eran las sonrisas o las carcajadas, aquellas que se escuchaban decir ‘tírate una buena carcajada’, aún ante las vicisitudes o adversidades del día a día, la alegría nunca faltó, no se empañó con las situaciones de vida. Y es que la vida en el mesón se compartía aún con las tristezas, tristezas que también se terminan con el atardecer, pues siempre había una vez que decía ‘ya comió’ (...) era la voz de la amistad y donde la alegría afloraba con la llegada de sus ocupantes que manifestaban satisfacción de un nuevo día terminado...”

“Pero cuando la gente se reunía para contar las experiencias del día, escuchar más de una aventura o contar como siempre más de un chiste, casi de manera espontánea se hacia la rueda para jayanear, siempre había un lugar predilecto para la reunión de las jodarrias, para chistar, comentar, jugar, y compartir...” “En el Mesón San Rafael, el portón era el lugar de reunión para los adultos y en las cercanía de los baños era para los niños que jugaban de cualquier cosa siempre al cuidado de los que ya estaban en el portón y donde no entraban extraños, y de percibir gente ajena siempre preguntaban a quién busca y qué quiere, todos resguardaban su integridad...”

“A veces, el sentirse unidos era para ocultar las necesidades o limitaciones, o a veces para compartir lo que se había lo-

grado: Así, la convivencia del mesón era una vida compartida y lo que más se recuerda de esa vida, es todo aquello que se hizo con jocosidad, pues la picardía siempre afloraba con alegría, la sonrisa no se compraba, se compartía con cada cosa dentro del mesón...”

“Es de hacer notar que había mucho respeto por las cosas, siempre hay códigos en la vida comunitaria del mesón, por ejemplo si dos personas conocidas entre sí en este ambiente y que por alguna razón podían tener una diferencia, estos tampoco permitían que otro sacara provecho de esta situación, todos se cuidaban entre sí, había mucha lealtad, la amistad era sobre todo y casi siempre muy sincera, se estrechaban lazos de amistad muy fuerte inclusive hasta llegar a los compadrazgos.”

Algunos personajes

Un informante me dijo: “Todos los que habitábamos en el Mesón San Rafael nos conocíamos muy bien, toda la cipo-tada siempre guardo respeto y admiración por los adultos, pues también ellos compartían sus experiencias de vida con los niños y jóvenes, algunos fueron personajes especiales en esta época, por ejemplo Don Efraín, una persona que siempre lo conocimos solo en el mesón, trabaja en Dicesa, era la fábrica de discos de aquella época y también procesaba desperdicios de suela de esponja que llevaba de alguna fábrica de productos de hule, nos permitía jugar en los volcanes de esponja y que además le ayudábamos a despenicar los retazos de suela de hule, ahí también conocimos a Nicolás, un señor que llegaba de San Vicente y nos trataba muy bien.

“Otro personaje era don Amílcar, el papá del chino Mario, Lorena y Omar, era una persona especial trabajaba en las oficinas de la Centroamericana y ganaba muy bien, era “Pecenista” de hueso colorado (partido PCN), todos lo esperábamos a mediodía del día sábado, pues sabíamos que casi siempre venía bien averga, y cuando entraba al empedrado de la calle El Molino, toda la cipotada le hacía rueda, pues le gustaba tirar pisto a la garduña, y se armaba la jodaría con todos los bichos que cuando se acurrucaban a buscar las monedas se hacía buruca entre todos, otros tiraban agua, y lo que fuera para hacer pasar un buen rato, se oían las carcajadas y los lloriqueos de aquellos que sufrían las patadas, empujones, vergazos y de todo, lloraban por no poder agarrar ni un cinco, los que aprovechaban agarrar monedas de a cinco, de diez y más de alguna peseta, luego compraban algo y lo compartían con los demás, esa era la convivencia y las picardías de los cipotes...”

“Otro personaje era don Toño, él trabajaba en la Fábrica de Aceite El Dorado, le gustaba chupar los fines de semana, y cuando llegaba tomado siempre buscaba al Trompudo Chico, lo buscaba por que se le ‘volteaban los empaques’, era algo amariconado y le afloraba lo culero. Un día don Toño desapareció, y jamás volvió a verse, decían en los corrillos del mesón que se fue en una de las calderas de aceite...”

“Otro personaje era Mario Beltrán, muy jocoso y bueno para darle paja a los cipotes, tocaba muy bien las maracas y cantaba música de aquella época, su costumbre era que todos los días a buena mañana se paraba a la entrada del mesón, y cuando la cipotada era llevada al kínder o la escuela él ex-

presaba alguna frase para que oyeran los cipotes y pegarse la jalada para no ir a la escuela o al kínder. Pues este señor, a veces por joder decía ‘hoy está enferma la profesora y no va llegar a dar clases’, hoy, decían los cipotes replicando a don Mario dice que no va a llegar la profesora, sino decía también; hoy hay huelga de maestros y no van a llegar a la escuela, siempre había una frase de su parte que ponía inquietos la bichada...”

“Otro personaje era don Juan, quien era dueño de un mesoncito adjunto al mesón San Rafael, él tenía una yunta bueyes y era toda una película verlo enyugando o desenyugando los bueyes, eran detalles que los niños citadinos no conocían de una persona que venía del campo, ese rincón donde resguardaba los bueyes era muy especial por su aroma y la escena que se dibujaba en aquel espacio, era algo muy especial...”

“Entre los especiales personajes del mesón que no podemos dejar de mencionar estaba don Jorge, le apodábamos ‘King Kong’, era una persona corpulenta, pero de muy pocos amigos por su carácter, lo que sí disfrutábamos de él era su música, tenía unos aparatos stereos de alta fidelidad y sonido, siempre nos deleitaba con los conciertos musicales allá por los años sesenta con la musica de *Long Play*, musica instrumental, tríos, mariachis, salsa, cumbia, románticas baladas, y todo lo mejor de la musica de la años sesenta, fue un personaje con el sonido de la bocinas escuchando a Benny Moré, Bienvenido Granda, la Billo’s Caracas Boys, Ray Coniff, Billy Vaung, Daniel Santos, y otros...”

“Otros personajes identificados por la barriada del mesón eran los que por su cotidianeidad pasaban por la calle empedrada que enmarcaba la entrada del San Rafael, y muchas de las andadas de los cipotes eran los apodos, había un señor de poco pelo que a lo lejos le brillaba la cabeza, le gritaban ‘que te peinas’, había otro que cuando se embolaba lo molestaban gritándole ‘Marquitos tira piedra’ y en verdad era de apartarse porque este a cualquiera agarraba a pedradas...”

“Había también, otro señor que por sus piernas cascorvas le apodamos ‘candado’, y no se diga los distintos vendedores y vendedoras que visitaban o pasaban cerca del mesón, entre ellos; el del tiste, el de los helados, el vendedor de fruta helada que la llevaba en un carretón y un barril lleno de hielo y frutas revueltas, nances, jocotes, guindas, naranjas, tomates, y todo lo de la época. Llegaba también el de los barquillos y las empanadas, la señora del pan dulce, la señora que vendía pupusas de arroz, el de las paletas, el sorbetero, todos son imágenes del recuerdo que formaron parte de la vida del mesón...”

“La diversión en el portón del mesón San Rafael era algo especial, ahí se piropeaba a las bichas de otros mesones y que se sabía era de otros sectores cercanos a la colonia El Paraíso. Y es que el empedrado de la calle el Molino, permitía guardar admiración por las bonitas cipotas que por ahí cruzaban, y lo disfrutábamos porque todas caminaban lento sobre el empedrado. De noche era algo especial, pues las habitaciones ubicadas a la orilla de la calle alegraban con la música o las narraciones de la televisión. La iluminación que salía de las habitaciones le daba seguridad y confianza a

la gente y pasar por ese sector sin ningún impedimento. La iluminación de la calle era sombría, eran postes de madera con un foco incandescentes que no duraban mucho porque era el blanco de las hondillas de hule...”

“Siempre había no menos de quince sentados en esa entrada y en el muro cercano al mesón, ya un poco frío por la noche, se sentía el especial aroma de los miados y la mierda de los bueyes que pateaban los animales, y que no ofendía, sin embargo la jayanada compuesta por los hermanos Mando y Mario, Chamba, Victor, Tulio, Toño y Gil Morán, Meme pluto, el Chino Mario, Mario Beltrán, El negro Milo, el trompudo Chico, Neto camello, Rigo, el pato Nilo, Chus, el negro Cruz y el Negro Guicho, y los que llegaban de los mesones aledaños entre ellos Moncho peineta, el mico Jorge, Lalo, Lile, Salomón, el seco Carlos, David cachimba y otra cherrada como Francisco Roca amigo de la familia Miranda y que fue muy querido por toda la gente del mesón, era parte de nosotros, él es de descendencia turca o judío, llegaba en una camioneta Falcón y vivía en las cercanías de la iglesia El Calvario. A muchos les gustaba ir a joder al mesón porque era un ambiente sano y divertido, ellos mismos decían que era un ambiente especial y que no era igual a la convivencia y condiciones de otros mesones...”

“Lajodarriaera chistar, tocar guitarra con el acompañamiento de las maracas, cantar y joder con la música; cantaban ‘se fue el caimán’, eso era de grabación especial toda la creatividad jocosa que afloraba en el vocabulario de todos, y de repente sin que nadie se moviera se dejaba escuchar una chorrera de pedos y eran las carcajadas de todos, y al escucharse eso, las

puertas de orilla de calle comenzaban cerrar, no por la buya sino por el tufo a pedo...”

“Tenían un culo bien educado, estos eran los hermanos de la familia Morán, hijo de don Chepe, él tenía un taller de fontanería y todos trabajaban con él, la primera habitación del mesón era precisamente el taller, Tulio, Toño, Chamba, Gil y Victor todos hermanos, armaban una orquesta y a ellos se sumaba ‘Tumbito de mar’, era todo un concierto de pedos en la penumbra y el umbral del portón, todos gozaban jodiendo ahí y nadie se quejaba, había momentos en que todos se quedaban en silencio y cuando pasaba una cipota se tiraban el chorro de pedos, y eso no paraba pues cuando llegaban a su cuarto la serenata de pedos se seguía escuchando toda la noche en todo el mesón, tenían un culo platicón. Los hermanos de la familia Morán, tenían dos chuchos Trosky y Milor, estos dos perros se asustaban cuando oían los pedos y se salían a dormir a otro lugar...”

“A esa habitación, Mario Beltrán, por joder y chistar le llamaba ‘la casa de horrores’, le gustaba visitar a Chamba Morán para tocar musica de guitarra y maracas...”

“No habiendo una mujer en la familia, buscaron a una muchacha que les hiciera la comida, la Mary, y nadie sabía de qué pueblito era, ella se veía sencilla y humilde pero en el mesón a nadie se menospreció, y todas las amas de casa le ayudaba a trabajar. La Mary no podía cocinar y para el primer almuerzo que les prepararía ella les ofreció pescado frito, y todos dijeron isiii!, y se fue al mercado Tinetty y llevo con los comprados, y como ahí estaba la fragua del taller el

carbón estaba anaranjadito de encendido, puso la cacerola y puso el aceite y tiro los pescados que recién había lavado, sin embargo la sorpresa fue que al momento de servir. Uno de los Morán le dijo con sorpresa iputa Mary estos pescados vienen con escamas y de ribete no le ha sacado las tripas, ahí fue la carcajada de todos y alguien dijo ya nos jodimos, ‘Tumbito de mar’ —replicó— ‘hoy si nos jodio la Mustang’, así le quedó de apodo a la Mary en honor al equipo de futbol del mesón San Rafael, ahí jugaban todos los Morán y la Mary a pesar de la experiencia del pescado siguió trabajando unos días mas con ellos...”

Estas son otras vivencias del recuerdo del mesón San Rafael allá por los años sesenta y setenta, antes de que fuera demolido por la ampliación del Boulevard Venezuela a finales de la década de los setenta.



Foto: Ramón D. Rivas

XXI

Relatos de vida, convivencia y actividad en los mesones: “La niña Fina” y “Manlio Argueta”

En esta parte se presentan dos inquilinos que narran y ponen sobre la palestra la experiencia vivida por ellos y su familia, así como sus actividades y vivencias. Son relatos que concatenan gran parte del quehacer en los mesones presentados en este libro.

“La niña Fina”

El Arq. Oscar Batres que vivió en el mesón San Rafael relata su vivencia en la década de los años sesentas en el mesón San Rafael: “De alguno manera, el Mesón San Rafael, se identificó por la laboriosidad de su gente y en particular y, sin arrogancia lo digo, que la comida que preparaba la niña Fina, mi madre, permitió que ese mesón fuera visitado por muchos clientes. Cuando yo era niño juntamente con mis hermanas: Delmy, Mauricio y Marlene recordamos con mucho acierto cómo nuestros padres se empeñaron en su humildad para darnos la educación básica. Mi papá de nombre Miguel Ángel Batres Lara, trabajaba en la Irca lo que posteriormente se llegó a conocer como Fenadesal y mi mamá de nombre María Josefina Posada Salmerón reconocida en el barrio San Esteban y en el barrio Lourdes

***Los mesones: encrucijada de la vivienda informal.
Cultura de los marginados***

como la niña Fina y quien se dedicaba a labores domésticas desarrollando principalmente sus habilidades culinarias con la gastronomía tradicional ya que ambos eran originarios del Pueblo de Ozaltlan perteneciente al departamento de Usulután y ubicado en el oriente del país. Ambos llegaron relativamente jóvenes a la ciudad de San Salvador en busca de mejores condiciones de vida pudiendo tener en alquiler una pieza en el mesón San Rafael. Llegaron a San Salvador como familia solo con una hija, la mayor de nombre Dina. Mi papá se desempeñaba como electricista en Fenadesal y luego tuvo la responsabilidad de celador dentro de la misma empresa. Mi mamá desarrollaba actividades domésticas con la familia de don Beto y doña Tere Medrano. Esta familia era muy reconocida en las cercanías de La Placita en el barrio San Esteban ya que disponía de una tienda donde ofrecían artículos varios de primera necesidad, eran también originarios de Ozatlán.



La niña Fina en la preparación de alimentos.

Fotografía proporcionada para este estudio por el Arq. Óscar Batres Posada.

Años más tarde, doña Fina se dedicó a actividades hogareñas ya que la familia empezó a crecer, viniendo posteriormente Delmy, Oscar, Mauricio y Marlene. Todo esto dio inicio a lo que muy pronto convertiría a doña Fina en una buena cocinera teniendo el tiempo que ella disponía para hacer lo que a continuación se relata.

A pesar de una incomodidad que presentaba el mesón a su ingreso, era por la ubicación de los servicios sanitarios, sin embargo no fue un obstáculo para que la buena comida preparada y consumida tuviera buenos comentarios de lo que cocinaba la niña Fina. Mi mamá inició elaborando estos productos y luego los diversificó durante toda la semana, asignando para cada día, una bebida tradicional a través de los distintos atoles, así; día lunes atol de piñuela, día martes, atol de maíz tostado, día miércoles poliada y arroz en leche, día jueves chilate, día viernes tamales, elotes y atol y ya entrada la noche vendía las pupusas.

Esa raíz culinaria que ponían en práctica mi mamá, viene precisamente de esa región y desde que yo tengo memoria, recuerdo tres días especiales en los que mi mamá se dedicaba a hacer comida típica: El día viernes hacía pupusas, el día sábado tamales de maíz con cerdo y el día domingo yuca salcochada y frita.

En el caso de las pupusas, aún puedo retener el aroma de todos los ingredientes que ella utilizaba para la preparación de las pupusas ya que dentro de las compras ella seleccionaba cada uno, de los ingredientes, y sin duda alguna este se determinaba por la magia que tenía en sus

manos al preparar cada uno de los alimentos que según su preparación se distinguía por el aroma y el sabor. El día viernes que mi mamá hacía pupusas, ella misma era quien preparaba la hornilla comprando previamente la leña para calentar el comal de barro.

Recuerdo cuando ella compraba el queso para las pupusas y hablaba de la combinación de varios tipos de queso; ella hablaba del queso duro viejo, el queso Morolique y del queso desmenuzado. Dos ingredientes especiales en la preparación del queso eran; el chile verde y el loroco, cuando era la época, y para la preparación del chicharrón lo hacía primeramente con especias; tomate y cebolla lo que le daba un sabor especial revuelto también con el chicharrón de cerdo que previamente había sido llevado al molino para su preparación juntamente con el queso y el maíz.

Cuando mi mamá tiraba las pupusas al comal y se abría el queso era un aroma especial con los grandes hilos del queso. Sin embargo hay otro detalle que debo mencionar y es el acompañamiento de las pupusas, es decir, los ingredientes que llevaban. La niña Fina, mi mamá, preparaba la salsa de puro tomate y el curtido de repollo al dente. Y juntamente con ellas, la bebidas específicas; el café y el chocolate que también lo preparaba ella. Esta era la actividad del día viernes y siempre la gente se quedaba con el deseo de llevar el producto ya que se terminaba rápidamente y en aquellos años el precio de una pupusa era de 10 centavos de colon: Le estoy hablando de principio de 1960”. Me recalca.



La niña Fina en la labores domésticas desarrollando
sus habilidades en la preparación de alimentos.

Fotografía proporcionada para este estudio por el Arq. Óscar Batres Posada.

Y continúa el Arq. Batres con su relato: “Yo tendría como cinco o seis año de edad en la época que ahora rememoro. La especialidad del día sábado era la de los tamales. La primera actividad de mi mamá era ir al mercado a comprar la hoja, el tule el maíz, las papas, el cerdo, la manteca de cerdo y otros ingredientes que, de acuerdo a ella, eran necesarios en los preparativos de los tamales.

Mi madre tenía muy bien organizado su tiempo y también fue celosa de que nadie tocara los ingredientes que ella preparaba. Tenía un pulso en sus tres dedos de las manos para tirar la sal a los ingredientes. Luego de tener todos los materiales preparaba el maíz solamente con las paletas para revolver la masa hasta darle punto que ella consideraba el ideal, debo decirle que tres de esas paletas se hicieron dos pedazos en el lomo de mi hermano Mauricio y en el mío.

Y es que ella sabía el momento preciso de cuando minimizar el fuego para que la masa quedara en su punto, en su dureza y textura y con un sabor especial que muchas gente, y vecinos, llegaban a pedir la prueba de la masa en crudo, en una hoja de huerta para írsela comiendo ya que la misma dependía un aroma y un sabor especial. Otra actividad que desarrollaba, al momento de preparar los tamales, era la modulación del corte de la hoja y era admirable su rapidez técnica y precisión para que todos los tamales quedaran en la misma proporción. La venta era rápida, que mucha gente llegaba y se lamentaba de no llevar el producto en la cantidad deseada ya que el producto se terminaba rápido.

El recipiente utilizado para la cocción de los tamales era un perol de aproximadamente unos sesenta centímetros de alto con un diámetro en unos ochenta centímetros. Era grande, Ella calculaba perfectamente bien la cantidad de agua requerida para su cocción. Los tamales eran una pasada ya que la gente los buscaba. Los envolvían en papel de diario para conservar el calor durante su traslado. Los tamales también tenían un valor de diez centavos y los hacía de dos variedades; de azúcar y de sal, pero el de azúcar valía quince centavos.



La niña Fina con uno de sus hijos, Mauricio

Fotografía proporcionada para este estudio por el Arq. Óscar Batres Posada.

Asimismo, ella hacía tamales especiales y los ingrediente utilizados eran; costilla de cerdo, papa, garbanzos, ciruela y una rodaja de huevos duros. Esos eran los tamales especiales y el precio variaba entre veinte y cinco y cuarenta centavos, eran un poco más grandes y eran pedidos especiales. Estos tamales normalmente eran solicitados en fechas especiales principalmente para el día de la Noche buena, la Navidad o el treinta y uno de diciembre, le hacían encargos muy grandes.

El día domingo, mi mamá, se caracterizó por elaborar la yuca y ella preparaba una batea metálica que media entre uno cuarenta de largo por ochenta centímetros de ancho y el producto era yuca salcochada, yuca frita combinada con curtido salsa, pepescas y merienda. Otro producto que acompañaba a la venta de la yuca era plátanos fritos, güisquiles y pipianes salcochados y por su puesto sin faltar las tostadas. Así mismo las enchiladas que consistían en un preparativo de encurtido, merienda, queso y huevo. Para vender este producto, mi mamá salía a un puesto específico en la parada de buses del centro urbano Lourdes, a la entrada precisamente de los edificios que están sobre la cuarta calle oriente, y la estampa de esos domingos por la tarde era que antes de que llegara la niña Fina, muchos de sus clientes ya estaban haciendo cola, esperando que ella llegara, y eso no era paja, la gente ahí estaba y mi mamá los encontraba haciendo cola y bien ordenados.

Mi mamá siempre se distinguió por el buen sazón de cada uno de sus productos y, de igual forma, debo hacer una mención especial que mi mamá jamás se inundó del egoísmo ni de la envidia pues muchas amas de casa le preguntaban

por sus recetas y le decía; niña Finita y usted como prepara la salsa u otros productos comestibles y por lo general las mismas amas de casa manifestaban: ‘Es que no me queda igual como a usted’. Inmediatamente mi mamá replicaba; ‘el gusto y el sabor está en el pulso de la mano’ ”, me relató el Arq. Batres.

Ya a inicios de los años setenta mi mamá formalizó el negocio, alquilando un pequeño predio adjunto al mesón San Rafael, dejó levantar una mediagua para establecer el negocio de comida e inicio con preparar desayunos, almuerzos y cenas. Todo esto se daba en el mesón y de alguna manera la preparación de sus comidas, con sus peculiares sabores, además de costos muy accesibles permitió crear otros clientes de fuera de la cercanías del barrio San Esteban, ya que en Molinos de El Salvador (Molsa), tuvo conocimiento de que ella podía enviar almuerzos a un determinado grupo de empleados y se comprometió por la sencilla razón de atender la petición del señor Elio Hernández que llegó a ser su yerno y fue la persona que, poco a poco, acercó a este grupo de empleados quienes al degustar sus comidas inmediatamente le propusieron que les facilitara los almuerzos de lunes a viernes a Molinos de El Salvador. Quiero hacer mención especial a la gran labor de distribución de alimentos que hicieron Rina, Rosario, Teresa y la Fide que le apoyaron mucho en el quehacer de los preparativos de las comidas.

No todo era fácil, ya que, en aquella época también en la cercanías a la placita (una especie de pequeño mercadito) y contorno a este se ubicaban otra cantidad de mesones cotejados por cantinas, comedores, billares, tiendas, panaderías,

***Los mesones: encrucijada de la vivienda informal.
Cultura de los marginados***

ventas de leña y un molino donde mi mamá llevaba a preparar las cosas que necesitaban moler.



La niña Fina con Elio Hernández en Playitas. Golfo de Fonseca

Fotografía proporcionada para este estudio por el Arq. Óscar Batres Posada.

La esquina, era un punto de reunión de muchos ladrones reconocidos en toda la zona y algunos de ellos venían de un lugar conocido como La Barranca, que la gente conocía también como “El hoyo del Cura” y casi la mayoría de estos maleantes, por las razones de las actividades culinarias de mi mamá, algunos también llegaron a tomar posesión a la entrada del Mesón San Rafael. Daba cierto temor pero, a la vez, había cierta seguridad ya que otros ladrones no atentaban al ver estos criminales cerca del mesón. Algunos de esos ladrones eran conocidos por sus apodos, entre ellos es-

taban; anteojos, puzunga, el cuche, el gato, Spencer, Rabito y Zabuca. Era difícil pasar cuando estos estaban en grupo bebiendo en la entrada del mesón y era bastante difícil por el riesgo que representaban, sin embargo nunca pasó nada que lamentar.

Primeramente la gente que vivía en el mesón tuvo a bien el conocer las habilidades culinarias de la niña Fina, ya que, sabían de sus productos y calidad de sus alimentos, particularmente en sus sabores y precios así como su variedad.

Un detalle especial de mencionar es que para los días de Semana Santa, mi mamá hacía los viajes a Playitas, en esas famosas excursiones que organizaba don René, y toda la plebada y jayanes del mesón, confiados, iban a la excursión porque tenían asegurada la alimentación por dos días y eso les permitía ponerse a verga muy tranquilamente allá en la playa. Eso también lo disfrutaba mi mamá.

Debo reconocer a si mismo que toda la carga de comida que se comía en esos dos días era para un aproximado de sesenta personas en los cinco tiempo de comida que se hacían en las playas. Dicha carga la movilizaba toda la jayanada del mesón. Una anécdota especial tanto en Playitas y posteriormente en Garita Palmera allá en Cara Sucia, en Ahuachapán es el hecho que algunos veraneantes de entre el montón, identificaron a la niña Fina y estos, años con año, preguntaban si había llegado ya que sabían de sus virtudes en las comidas. Estos son de los detalles que con mucho agrado aún recuerda la Josefina, es decir, mi mamá Fina.

En el mesón, inicialmente empezó con un polletón hecho por ella misma y con el transcurrir del tiempo, siendo muy emprendedora compró dos cocinas; una con quemadores y la otra que solo era una plancha para pupusas y tortillas y esto le sirvió para acelerar, en tiempo, la atención de la diversidad de clientes que atendía, entre ellos; motoristas, zapateros, fontaneros, electricistas y otras amas de casa que consumían sus productos, etc.

En el mesón, mi mamá llegó a utilizar un espacio solamente para mesas y bancas, sin embargo la gente llegaba temprano precisamente para evitar la cola y salir a tiempo a sus labores cotidianas. El alquiler del local, que era una habitación interior tenía un costo de diez colones mensual. Hablamos todavía de los años 70 y 74.

Una peculiaridad del trabajo en la cocina era la enorme cantidad de humo que salía y se regaba por todo el mesón, sin embargo por el uso del tipo de cocina nunca se tuvo problemas al respecto con los demás vecinos y por el contrario, los otros inquilinos del mesón al sentir el aroma de las comidas tenían un previo aviso a través de los aromas en saber cuáles eran los preparativos de las comidas que preparaba doña Fina.

Contiguo al mesón San Rafael, había un mesoncito que se caracterizaba por una champa ubicada al centro del terreno, este era el lugar de trabajo de otra señora que casualmente también se llamaba Fina, ella se encargaba principalmente de echar tortillas y era muy reconocida por el sabor el tamaño y las texturas de la masa que juntamente con la cocción en el comal de barro le daba un aroma especial y sabor a las

tortillas. Toda la cipotada y algunos adultos también disfrutaban del ritual de la preparación del maíz para las tortillas comenzando por encender el fuego de la hornilla donde se colocaban los cumbos llenos de maíz, de agua y sal y de aquí se obtenía lo que comúnmente se conocía como el agua cernada. El propósito de esa cocci3n era ablandar y quitar la cascara del maíz.



La niña Fina con Angie una de sus nietas, hija de Mauricio en un momento de compartir la actividad en la preparaci3n de alimentos.

Fotografía proporcionada para este estudio por el Arq. Óscar Batres Posada.

La niña Fina era la persona quien abastecía de tortillas a la hora de almuerzo y de la cena a todos los inquilinos del mes3n San Rafael incluyendo la demanda de tortillas para el comedor. En ese tiempo el costo de las tortillas de era de tres tortillas por cinco centavos de col3n. Era una costumbre

para muchos hacer los famosos mamastos, que no era nada mas que apelmazar la tortilla caliente combinada con queso ya sea este duro o fresco dependiendo de lo que se disponía. Se trataba de una comida informal pero que si sustentaba a quienes lo ponían como parte de sus alimentos.

La tortilla siempre fue el sustento principal para muchos que tenían limitaciones económicas y que, con poco, alcanzaban para cubrir las necesidades alimentarias del núcleo familiar ya que los grupos familiares, por lo general, estaban integrados por papá y mamá y entre tres y cinco cipotes y todos se hartaban parejo. En esas limitaciones la cipotada compartía lo que tenía a disposición; así, cuando había tortillas que sobraban del almuerzo en el lapso previo de la preparación de la cena, muchos comíamos tortilla con sal y a veces se combinaba con limón. Para el que tenía un poquito más, y si había sobrado algo de frijoles con manteca, la tortilla se combinaba con la raspadura de los sartenes.

Debido a que el mesón San Rafael fue demolido, producto de la proyección del Bulevar Venezuela, necesariamente mi mamá tuvo que buscar otro lugar para continuar con sus quehaceres de cocina. Esto le obligó a mirar en las cercanías encontrando una casa en la colonia El Paraíso. Esa movilización, de alguna manera, le afectó a ella y a otros ya que dejaron de consumir sus productos, sin embargo con el transcurrir del tiempo, sus antiguos clientes localizaron su nueva ubicación y otra vez volvió a su nueva y vieja clientela.

En ese primer espacio que alquiló, se dio cuenta que era insuficiente para desarrollar las actividades culinarias y por

consiguiente cubrir las necesidades de habitabilidad familiar logrando alquilar otras casas con mayores dimensiones donde desarrolló ampliamente su actividad comercial, esto fue ahí mismo en la colonia El Paraíso siempre en los alrededores del barrio San Esteban.

Mi mamá siempre fue identificada por la calidad de sus productos y mucha gente se le acercaba para consumirlos y otra gente se vio favorecida pues todos los alimentos que ella podía distribuir gratuitamente lo hacían con la gente más necesitada y de pocos recursos. Mi mamá siempre se caracterizó por el buen corazón y la calidad humana y así lo dice la gente.

Las formas de cobro de los alimentos, ya que para muchos de los obreros, les era casi imposible pagar a diario, desayuno, almuerzo y cena y ella siendo siempre muy consciente acordaba las formas de pago de los alimentos y en los tiempos que deberían de ser cancelados. No recuerdo si alguien pudo haberse ido sin pagar, debió haber sucedido, sin embargo la mayoría siempre cumplió con los compromisos y palabra en el pago de sus comidas.

A pesar de eso, mi mamá nunca llevo un libro de control, sin embargo debo destacar la habilidad mental y numérica que ella desarrolló a pesar de no saber leer ni escribir. Los cálculos de sumatoria, resta y multiplicación los hacía ágilmente con mínimos o a veces ningún error. Sus cálculos y sumatorias siempre fueron casi perfectos. Mi mamá sabía el costo unitario de sus productos y desarrolló esa habilidad de conversión cuando en algunos momentos, los consumos

y los pagos por hacer eran complejos a la hora de sumar y restar donde casi siempre sus cuentas fueron acertadas.

Para el año del terremoto del 10 de octubre de 1986, a la hora del sismo, ella se encontraba en plenos preparativos del almuerzo, las cocinas encendidas y algunas de las cacerolas llegando a su punto máximo de cocción, ella comentó que al percibir los movimientos extraños, observó como las cacerolas se deslizaron sobre las parrillas de las cocinas, algunas de estas cayeron al suelo curiosamente sin perder el producto que contenían, se habían deslizado.

Sin embargo, era un momento de mucha preocupación por los efectos del sismo donde casi se desconocía la magnitud de sus daños y precisamente la casa donde ella residía quedó fuertemente dañada. Pocos de sus clientes, o quizá nadie, llegó ese día a la hora del almuerzo y al observar a la gente en la calle regaló casi la mayoría de los alimentos preparados. Debido a los daños de la casa, de forma emergente, tuvo que ser movilizadada hacia otro lugar y fue mi cuñado Ernesto Gutiérrez quien le habilitó un espacio en una galera en el predio donde se ubicaba la bomba de agua en ciudad Merliot, precisamente frente al edificio de la cooperativa Ucraprobex (Unión de Cooperativas de la Reforma Agraria, Productores, Beneficiadores y Exportadores de Café).

Sus ánimos decayeron en dos sentidos; en no poder trabajar y pensando mucho en la clientela que ya había perdido, sin embargo, siempre manifestaba diciendo; ‘y hoy ellos qué van a comer’, y se refería principalmente todos los clientes

del grupo de buseros, zapateros y jornaleros que formaban parte de su clientela. La pasividad en la que había caído involuntariamente mi mamá la desesperó en sus ánimos y comenzó la búsqueda de una casa en la cercanía de La Garita en el sector de Ciudad Delgado, donde reinició nuevamente el trabajo que siempre le ha caracterizado: las comidas.

Recién se superaban los efectos del terremoto del 10 de octubre de 1986, cuando mi mamá buscó reiniciar sus labores con la venta de la comida, y fue mi hermana Dina quien facilitó obtener en alquiler una casa para residencia familiar, sin embargo mi mamá la convirtió nuevamente en un espacio para comedor. Volver a construir una clientela tal vez no le fue muy difícil y la mejor propaganda de ella era el sabor y el precio de las comidas.

Un detalle que siempre le caracterizó a mi mamá, fue la diversidad en los preparativos de los refrescos que acompañaban a las comidas ya que todos eran refrescos naturales, entre ellos había: ensalada, tamarindo, arrayan, naranja, nance, limonada, chan, horchata, guanaba y cebada. Eran cumbadas de fresco con hielo las que se hacían y nunca sobraba nada.

En tiempo de guerra todo era difícil, sin embargo, por la ubicación de la casa dentro del reparto masquilishuat, y con mucha cercanía a la intendencia de la Fuerza Armada, parte del personal administrativo de esa institución armada, fueron los primeros clientes sumándose luego a estos las camionadas de soldados que llegaban a la intendencia a retirar parte de los materiales logísticos requeridos en los

cuarteles donde la mayoría, por la noticia de voz a voz ubicaban el comedor de mi mamá y aquí sí se puede decir de que el abasto casi llegó a ser insuficiente ya que la llegada de los camiones era de forma permanente y continua en las instalaciones de la Intendencia razón por la que muchos soldados se identificaron con la niña Fina y destacaron en ella el poder retener nombres y apodos de muchos de estos; algunos venían del oriente del país, de la zona norte, que fue una de las zonas más conflictivas y algunos también que llegaron de la zona del occidente del país. Casi siempre mi mamá los atendió a todos.

Ese trabajo era cotidiano, de lunes a viernes, y comenzaba de cinco de la mañana y concluía en algunas ocasiones a las nueve de la noche. En algunas ocasiones muchos soldados cumpliendo su misión militar, a veces, llegaban a horas ya fuera de servicio normal y casi siempre mi mamá logró atenderlos para que no se fueran sin comer.

En esta nueva etapa de sus diversas labores en el comedor, los días sábados y domingos se convirtieron en una rutina llena de sabores y aromas, la comida olía por doquier.

A media mañana del día sábado, iniciaban los preparativos para aquel cachimbo de tamales que ella tenía que hacer para la venta, y a esto hay que agregarle que para entonces la familia ya había crecido y algunos de sus nietos también demandaron tiempo de ella, particularmente porque todos jodían parejo. Entre los nietos estaban Jorgito (ya fallecido), Janeth, Pauliño, María José, Loñys, las gemelas (Karla y José). Este era el grupo de nietos que jodían por cual-

quier cosa y aún en sus ocupaciones mi mamá les brindaba atención. Una jodedera a buena mañana era el prepararlos para llevarlos al colegio, principalmente para darles el desayuno antes de que se fueran. Todos lloraban a la misma hora, pero igual, al regreso del colegio era la misma jodedera por comer.

Los días sábados, por la tarde, como ya se mencionó toda la labor era enfocada a la preparación y venta de los tamales. El día domingo, desde la mañana iniciaban los preparativos para la venta de pupusas en la tarde y que entre otras cosas ella disfrutaba preparar el café y principalmente el chocolate ya que ella compraba todo los ingredientes para hacer esta bebida succulenta.

La vida del mesón siempre se compartió alegremente alrededor de las festividades principales de cada año; Semana Santa, agosto y Navidad. Sin embargo también se incluía el compartir alguna fiesta de cumpleaños cuando se tenía disponibilidad de hacer una fiesta para compartir en grupo que no era muy usual pero que sí se jodía. En más de alguna de esas fiestas los preparativos principales eran pan con pollo, horchata y suspiros, naturalmente esto aparte de los dulces. Y si la fiesta era de un bautismo o primera comunión por lo general se compartían tamales, pan francés y café. Lo importante era compartir en familia o entre amigos pero en esto también se relaciona que normalmente se tomaba en cuenta a la persona que cocinaba los pollos y preparaba los panes y así mismo a la que preparaba y hacía los tamales era necesario que estuvieran compartiendo la festividad.

Importante es de reflexionar que contorno a la comida siempre existió una convivencia social y familiar por su puesto acompañada con la música.

Para Semana Santa, siempre ha habido una comida especial para preparar y esto son los rellenos de pezcado y en el caso particular de doña Fina también los preparaba con un sazón especial porque el relleno si bien llevaba huevo iba preparado con una masa de maíz y garbanzos y con la salsa especial para su cocción. Posiblemente en agosto nunca se caracterizó por una comida especial pero siendo un periodo vacacional, la niña Fina, siempre se caracterizó por preparar la gastronomía tradicional con cualquier tipo de atol o de las comidas que le caracterizaron, pues ella siempre era solicitada por este tipo de manjares.

En Navidad, surgían los preparativos especiales del pavo ya sea para la noche de Navidad y la noche de Año Nuevo. Siempre la niña Fina se caracterizó por la salsa que como ya se ha mencionado con la combinación de todos sus ingredientes alcanzaba una sazón especial con el pulso de la mano y sus dedos y el nivel de cocción de los mismos.

“Manlio Argueta”

El relato de Manlio Argueta ilustra de una manera vivencial sus primeros recuerdos, su niñez y lo que vivió y vió en el mesón al que llegó a vivir por algún tiempo. Su relato inicia definiendo lo que él entiende por mesón, para luego narrar sus recuerdos.

“Para mí, el mesón es una especie de entidad que desde los tiempos de los españoles era, para la gente, un espacio de posada, cuando no tenía para pagar una casa propia. En México, creo que se llama *quinto patio* o *cuarterías*. Aquí, en El Salvador, a los mesones es donde llega la gente pobre, que no puede pagar más, pero también gente que por infortunios de la vida ha tenido que caer en esos espacios de convivencia...

En aquel tiempo —me recuerdo— había que pagar como eso de seis colones al mes. Y la característica del mesón, es decir, qué era lo que significaba un mesón, bueno, que fuera común para todas las familias, de manera que, si el mesón tenía veinticinco familias, tenía un baño para todos, y había que turnarse para usar también el servicio sanitario. Había un solo lavadero; una cocina, que era un *poyo* (así le dicen) de barro de esos grandes que estaba en el corredor, y que era utilizado por todos; se turnaban para hacer la comida. Quizás había varias hornillas, pero sí eran de leña y ahí se cocinaba.

“Entonces, el mesón, en sí, es una casa colectiva donde vive la gente que no puede tener casa privada. Hoy, por ejemplo, algunos mesones en San Miguel se han convertido en casas bonitas. Por ejemplo, a mí me sorprendió cuando llegué a San Miguel y encontré una universidad en donde antes era un mesón, pero, claro, ahora tiene bonito techo con cielo raso; en el patio jardines, y son bellísimos. Esos mesones los han transformado en residencias bonitas; son aún de estructura de adobe. Eso sí, son mesones ahora transformados.

Tengo unos parientes cercanos que han convertido un mesón en casa solariega —dijéramos—, hasta con una fuente en medio. Los mesones están desapareciendo hoy en día. Martínez creó, en San Miguel, lo que llamaba “el mejoramiento social”, que consistía en la construcción de casas para la gente pobre, luego se creó vivienda urbana... Y así, los mesones van desapareciendo.

“Cuando yo tenía seis años, mi madre, Adelina Argueta, se peleó con su mamá y sus hermanos, que vivían en una gran casa. Un día mi madre me dijo: ‘Vamos a salir (ella tenía dos niñas). Vamos a salir a pasear’. Generalmente nunca salíamos a pasear. Son recuerdos muy lindos. Imagínate, ¡de seis años! Cuando habíamos caminado como una cuadra, sale un primo mío y grita: ‘Tía, tía, ¿puedo ir con ustedes?’. Y yo le dije: ‘Sí, veníte’. Ella me dice: ‘No, que no venga’.

O sea, que ese día había decidido irse de la casa con sus tres hijos: yo, que —como dije— tenía seis años, otra chiquita caminando y una en brazos. Fíjate qué valiente, que mujer

más valiente. Entonces nos fuimos a una casa, hecho que yo, más o menos, lo insinué hace como un mes en unos de los escritos que hago para La Prensa Gráfica. Entonces llegamos a la casa. Ella —mi mamá— ya había palabreado con una señora que le había ofrecido un cuarto gratis. Era en un tugurio. Mi mamá, como tenía buen sentido del humor, un día, cuando yo ya estaba grande y regreso a su casa, me dice: ‘Te acordás, hijo, cuando llegamos a ese cuarto y que nos acostamos y que la cama se hundió’. O sea, que el cuarto no tenía buen piso, que era de tierra y que por eso la cama se hundió. Yo mencioné en un artículo, hace un mes, que ese mesón era más oscuro que las ergástulas con oscuridad absoluta.

“Bueno, la cosa es que, quizás, yo no recuerdo muy bien, pero ahí mi mamá me mandó al kínder. Viviendo ahí fui al kínder; y bien recuerdo el lugar, ahí en San Miguel. Caminaba como más de un kilómetro para ir a ese kínder, yo solito, porque mi mamá se iba a trabajar. Yo fui muy independiente desde niño no porque mi mamá quisiera, sino porque había necesidad; por eso yo me iba al kínder solo. No sé cuánto tiempo pasó, pero creo que hice todo el kínder ahí; serían ya unos seis meses. Y luego mi mamá me dijo: ‘Ya nos vamos a trasladar de este cuartucho’. Porque no era como mesón, era simplemente una pieza por la que a mi mamá no le cobraban, y esto quizá porque era una pieza desechada, lodosa”.

Entonces me dice mi mamá: ‘Hoy nos vamos a ir a un cuartito mejor’; y este —recuerdo— se ubicaba en una diagonal; se llamaba mesón ‘Cecilia’, frente al Hospital “San Juan de Dios”, en la diagonal a donde ahora está la Funeraria “Guatemala”,

que es muy conocida. Hoy ya no existe ese mesón en San Miguel. Hoy está, en ese lugar, una funeraria que se llama ‘Funeraria Guatemala’, que es muy conocida en San Miguel. Nos fuimos a un cuartito ya pavimentado. Solo me recuerdo que había un poste, las paredes eran de bahareque, pero ya más pintadito, y además con sillas; y habría tenido cuatro por tres metros cuadrados de espacio. No sé cuánto tiempo vivimos ahí, pero fíjate cómo íbamos progresando.

“Pues ella —mi mamá— me dijo: ‘Hoy nos vamos a ir a vivir a una pieza del mesón “Cecilia”, a orilla de calle; ya tenía hasta ventana y corredorcito el lugar donde íbamos a vivir. Había una señora que acompañaba siempre a mi mamá. Era entre pariente y empleada doméstica. También venía de menos, igual que mi mamá. Solo que mi mamá tenía un poquito de más posibilidades.

Había una señora —que se llamaba Herminia— era como la que andaba detrás de mi mamá, es decir, la que nos cocinaba. Ella era algo así como entre niñera y cocinera. Entonces dijo mi mamá: ‘Hoy vamos a ir a este cuarto a orilla de calle’; que con ventana ya era un lujo. A Herminia le prestábamos el corredorcito para que ella durmiera ahí. En ese tiempo fui a primer grado. En el mesón había gente más grande; uno se llamaba Alfredo, y otro, Chico —recuerdo”.

Recuerdo que me dijo mi mamá: ‘Manlio, ahora que vas a ir a la escuela —*Dr. Armado Rosales* se llamaba—, tienes que llevar una cuchilla para que te defiendas’. Imagínate, yo de cipote, solo, con una madre de valores pacíficos diciéndome eso. Pero al mismo tiempo, ella siempre me decía:

‘Manlio, cuando alguien te haga algo, tú no respondas; solo dame queja a mí, para que yo te defienda’. Muchas veces los demás cipotes me hacían burla porque yo no peleaba; mi madre había cultivado en mí la poesía, pese a esas pobreza. Por eso, esa anécdota es importante, porque la violencia ha existido siempre en las escuelas de gente pobre. Yo le respondí: ‘Bueno, ¿y dónde consigo una cuchilla?’. ‘Que te la consigan los demás cipotes’ —me dijo—. Yo les pregunte, y ellos me dijeron: ‘Cómo te vamos a conseguir una cuchilla. Mirá, lo que te podemos conseguir es un clavo filoso’. Un clavo así (gesticula la medida), que le hacían punta con una piedra de afilar. Fíjate como ha sido. Estamos hablando de hace setenta y dos o setenta y tres años. En el mesón ‘Cecilia’ me desarrollé e hice primero y segundo grados, o sea que viviríamos unos dos años ahí.

“Yo aprendí todas las operaciones aritméticas antes de llegar a primer grado; pero como mi mamá no tenía tiempo para enseñarme, me mandó a recibir refuerzos a una escuelita privada, que era de doña Ana Peralta. Uno la conocía como escuela privada, pero en la realidad se trataba de una señora que se le pagaba para que te enseñara. Recuerdo que éramos como unos cincuenta cipotes los que llegábamos a recibir clases. La señora nos daba castigos a nalga pelada; así por huevos tenías que aprenderte las tablas, llorando a veces tenían que aprender todo; aprender a leer en el *Libro de Mantilla*”.

Bueno, entonces, cuando llego a primer grado ya podía dividir y multiplicar, ya podía contar del uno al cien. Hacíamos apuestas —los niños— para ver hasta dónde

llegaban los números, y hacíamos cuadernos con papel de empaque. En esa época que vendían ese papel, nosotros lo cortábamos en pequeños pliegos y los cocíamos, y luego los rayábamos con reglas de madera; y hacíamos apuestas para ver quién llegaba a más en eso de contar, y me recuerdo que una vez llegamos a cien mil y decidimos no seguir, pues nos dio miedo porque vimos que podíamos continuar en cien mil uno, cien mil dos, cien mil tres, y así. ‘¡A la puta —dijimos—, hemos descubierto el infinito...!’.

Entonces, claro, cuando llego a primer grado ya podía muchas cosas, además mi madre ya me compraba los diarios. Porque ahí aprendo a leer; antes de ir al primer grado, ya sabía leer. Entonces, como ella nota eso en mí, me estimula. Es que a ella, además, le gustó leer en su juventud; era una mujer venida a menos, es decir, había sido de una buena familia, con bienes; sabía poesía, literatura, idiomas y había estudiado eso, pero de pronto algo pasó. Yo ya no viví ahí para que me contara; nunca me atreví a preguntarle para que me contara de su vida, es decir, saber qué es lo que había pasado. Me contaba algunas cosas, pero no mucho.

“Ella siempre nos decía: ‘Yo nunca he sido la que ustedes ven hoy: pobre trabajadora, viviendo del jornal’; nos leía poesía y nos hablaba en inglés a la hora de comer. Bueno, la cosa es que me manda a esa escuela privada, y ahí es donde aprendí todo. Y cuando llego a primer grado a una escuela sencilla y humilde, me siento superior a todos. Mis hijos me dicen: ‘Es que usted siempre se considera Superman’. Y yo les digo: ‘Pues sí, es que no es mi culpa, ella me mandaba a aprender y además leía por mi cuenta. Sabía ortografía porque había

leído, por eso me ganaba los campeonatos de ortografía. Ahí tuve mala experiencia en la educación, ya que los profesores, en vez de premiarme o alabarme, me castigaban porque solo yo quería contestar”.

En el mesón, ahí yo jugaba con los más grandes, en las esquinas. Recuerdo que había un solo excusado como para unas doce familias; y también que, como ya era un poco pícaro, cuando salía del excusado, como la puerta tenía una aldaba por dentro para que cuando uno entrara echara la aldaba, y mi dedo, como era delgadito y cabía en la rendija de la puerta, lo metía y lograba levantar el ganchito y echaba llave para que nadie pudiera entrar. Entonces, cuando alguien llegaba y empujaba, parecía que estaba ocupado. Esa es la única picardía que me recuerdo. También ahí, en el mesón, vivía un espiritista, clarividente le decían; German Sánchez se llamaba. Don German, hacía sus cosas con los espíritus; lo llegaba a visitar gente. Yo trataba de ver por unos agujeritos, pero como era cipote no me enteraba de lo que hacía y decía.

“Para mí, el mesón no era tan desastroso, comenzando porque no había tantos cuartos, es decir, tantas familias; habrán sido unas quince, no más. Sé de mesones donde hay cuarenta y hasta cincuenta familias. El mesón donde viví era un tanto diferente.

Mi madre nunca nos celebró cumpleaños, ni Navidad, ni año nuevo. Hoy en día, con mis hermanos no nos felicitamos cuando hay cumpleaños; soy un poco frío en eso. En el Facebook es que he aprendido a felicitar; pero con mi mamá

nos acostumbramos a no celebrar todo eso. Ella estaba completamente dedicada a su trabajo”.

“Por ejemplo, si ahí en el mesón y en el barrio la gente y los primos estaban haciendo tamales —sus mamás—, entonces nosotros le decíamos: ‘Mamá ¿y por qué nosotros no hacemos tamales? Y ella nos decía: ‘No, porque yo los compro’. Nos preguntaba: ¿Cuántos tamales querés; dos, tres? Entonces, ahí en la esquina venden, vayan a comprarlos’. No éramos como normales en ese aspecto, en un ambiente en donde todos hacían tamales, preparaban gallinas. Ella decía: ‘No, yo no hago eso; yo los compro’. Además no asistíamos a entierros; y eso me afligía. Le decía yo: ‘Mire, mamá, cuando nosotros nos muramos nadie va a ir a nuestro entierro, porque como usted no nos manda a los entierros’. ‘Nombre si eso ya no se siente’ —me respondía—.

Y es que se morían varios niños ahí de enfermedades gastrointestinales; y me gustaba ver que, cuando era el entierro, los niños iban deteniendo un papel crespón y de las cajitas de blanco les ponían una cosita a los niños. *Honra* se llamaba eso que hacían los niños, que acompañaban así; era un listón que se desprendía de la caja; y yo también quería ir así, teniendo el listón. Ella nos dio una educación muy pragmática.

Esto no porque ella tuviera una ideología determinada, pues decía que su tiempo era para trabajar; y trabajaba sábados y domingos. No tenía descanso. Ella cocía, tenía su máquina de coser y tenía que ir a vender la ropa que hacía, que la vendía los domingos.



Foto: Ramón D. Rivas

“En el mesón vivía un periodista, en una esquina; era don Francisco Alvarado, que después fue periodista de *El Diario de Hoy*, escribía una columna. Me recuerdo también de los Sánchez, que eran de la familia del espiritista. Ellos eran los cipotes mayores; eran los que me decían que tenía que llevar un clavo a la escuela para defenderme. Uno de ellos contaba cuentos. En la noche nos sentábamos en la cera y entonces, este Alfredo Sánchez, a cambio de que le diéramos un centavo, nos contaba cuentos. Él se inventaba los cuentos, y nos decía: ‘Ustedes solo digan “el de la cucaracha”’; y lo narrado. Contaba cualquier cosa; claro, él se ganaba el centavo”.

Al excusado también le llamaban *cien* en el mesón, que era un término generalizado, pues en todas partes así le decían. Por ejemplo, en mi libro *De la hamaca al trono*, son recuerdos de eso, donde uno se sentaba a hacer sus necesidades. Le puse “el trono” porque ahí me iba a leer. Me encerraba en el excusado y ni sentía mal olor, pues era parte de la vida normal. Yo nunca había conocido otro tipo de vida.

“En el primer mesón no había luz eléctrica. En ese primer cuarto donde llegamos, donde se hundía el piso lodoso, no había luz; lo que había era un candil. El mesón ‘Cecilia’ sí tenía luz. Mensualmente se pagaba luz y agua. Eso del agua era así: había una caseta para todos y un baño también; era un baño para todos. Por eso yo era cabrón, porque después de usarlo le echaba llave por dentro desde afuera —como ya conté—; madrugaba para hacer eso”.

“Mucha gente vivía ahí desde siempre, era su forma de vida(...). Ahora, en el caso de mi madre era diferente por-

que ella había estudiado; otra cosa de considerar también es que ella era venida a menos. Sabía poesía de memoria. Ahí en el mesón no había ningún libro, pero mi madre tenía los libros en la cabeza; se sabía casi todo *María*, de Jorge Isaacs, por ejemplo; se sabía *Los miserables*, de Víctor Hugo; y me recuerdo que el personaje que más mencionaba era el llamado Juan Valjean. Todo eso no se me olvida porque ella solo me lo contaba, aunque yo, ya en primero o séptimo de bachillerato, sí recuerdo que ya empezaron a llegar libros a San Miguel, pues antes creo que ni conocíamos los libros, solo los periódicos”.

Entonces, como a mi madre siempre le había gustado leer y no tenía como comprar libros cuando vivíamos en el mesón —ese oscuro que siempre tengo presente—, empezó a comprarme los periódicos, no periódicos nuevos sino los que compraba por libras. Así me empecé a cultivar y a leer bastante. Como consecuencia, cuando llego a la escuela, y ya soy bueno en ortografía, no es porque he leído libros, sino porque he leído periódicos. Tuve la suerte que mi madre me estimulara tanto para la poesía como para la lectura.

“Para mí, el mesón no fue tan desastroso; era pequeño, comenzando porque no vivían tantas familias. Era un mesón bastante decente. Ahí vivía Herminia; le hicieron un cancel en el corredor para que ella pudiera dormir algo protegida de la intemperie. Ella siempre andaba con nosotros cuando mi mamá salía a vender. Mi mamá no se metía con nadie en el mesón; era dedicada solo al trabajo. Herminia era la que me iba a cocinar los tacuazines y los garrobos que yo casaba porque mi madre no aceptaba eso”.

“El techo del mesón era de teja abierta, es decir que no había algo que escondiera el techo, y el piso era de ladrillo de barro cocido, el corredorcito también, y las paredes de adobe. Yo no veía tan botado ese mesón; ahí ya no había alacranes, pero en el otro de cuarto oscuro sí; era antihigiénico porque no tenía piso de ladrillo, era de tierra y además oscuro, negro —como ya mencioné—.

Tengo la impresión de que ese cuarto había sido una cocina, porque se veía el adobe descubierto con agujeros negros; adentro había un *poyo*, o sea que ahí se cocinaba, quizá se hacían tortillas, por eso todas las paredes estaban negras. Esa primera vivienda fea fue como un refugio. La dueña de esa casa era doña Margarita Alvarado; tenía unos nietos que eran sordos, y aquí se hicieron famosos. Uno de ellos era un fan del Club Deportivo Águila y salía en la televisión pegando gritos; Rigoberto Alvarado, se llamaba”.

“Yo llego a San Salvador a los diecinueve años cuando vengo a estudiar y saco el bachillerato. Antes mi mamá me traía a San Salvador, por eso ya conocía. Ella venía a comprar telas porque aquí era más barato. Entonces llegábamos al mercado central y ahí tomábamos fresco de guanaba. Yo era el niño mimado de mi madre. Imagínate: itraerme a San Salvador solo para que me tomara en el mercado un fresco de guanaba! Mi mamá sabía que a mí me gustaba ese fresco; y en San Miguel no había. A mí, ese recuerdo no se me olvida nunca. Al grado que, en este momento, tengo sembrados como diez palos de guanaba; están chiquitos aún”.

“Cuando llego a San Salvador para estudiar me voy a vivir donde un tío, allá en la colonia Honduras —era Villa Delgado en ese momento—, cerca de La Garita. Era una casa chiquita con mucha incomodidad. Ahí es donde empiezo a oír música clásica, ya que mi tío tiene de esa música; cuando viví ahí también gané dos premios de poesía, sin ser conocido como escritor. Nunca había escrito a máquina; escribía los poemas a mano.

Yo era bueno en Ciencias, en Matemáticas. Antes el que era bueno en estas materias se consideraba un buen estudiante, aunque hoy se ha derivado que no es tan así; pero yo, en mis ratos libres, escribía poemas; en mis vacaciones me divertía jugando fútbol, y a veces resolviendo problemas de matemáticas o escribiendo poemas. Sin que fueran deberes, a mí me encantaba resolver problemas de Álgebra. De modo que ahí gano dos premios de poesía.

Y cuando cierta vez llego al pupilaje de un profesor de Matemáticas del Inframen muy conocido, que le decían el Burro Perla, descubro que hay una máquina de escribir. Entonces, con otro compañero que estaba viviendo allí, también de origen humilde, de allá de San Miguel, que después llegó a rector de la Universidad Nacional, Miguel Ángel Parada, y que habíamos sido compañeros en la escuela, nos veníamos juntos todos los días, como acompañándonos, para donde vivíamos. Yo estaba con mi tío —como dije—, pero me quería salir de ahí; la casa era muy chiquita y estaba muy lejos del lugar de estudio. Miguel me llama una vez y me dice: ‘Veníte aquí, donde el Burro Perla’, que quedaba ahí por el mercado ex Cuartel”.

***Los mesones: encrucijada de la vivienda informal.
Cultura de los marginados***

“Pues —como te decía— en el Inframen descubrimos una máquina de escribir; y le digo a Miguel: ‘Fíjate que siento que escribo bien’. Yo me daba gusto leyendo *El Diario de Hoy* y *La Prensa Gráfica*; el otro periódico que había se llamaba *El Gran Diario de la Nación*, o *La Tribuna*, pues fue cambiando de nombre. Estos periódicos tenían unas tres o cuatro páginas como suplemento literario, todos los domingos; por eso conocía a todos los poetas; algunos de San Miguel. La cosa es que yo los conocía por los periódicos: Roberto Armijo, Roque Dalton, José Antonio Aparicio, conocido por el seudónimo *Ricardo Bogran*; bueno, a toda la Generación comprometida. Los conocía porque los leía desde San Miguel.



El autor Ramón D. Rivas entrevistando al escritor
Manlio Argueta para este estudio.

Fotografía: Jesús Villalta.

Pero también yo me medía, me decía: ‘Yo puedo escribir también, pero lo que no puedo es publicar’. Así que, cuando descubro la máquina de escribir, le digo al Burro Perla: ‘Mirá, Burro, voy a escribir mis poemas y los voy a mandar a concursos de poesía, ayudáme’.

Entonces le dictaba y el mecanografiaba, o viceversa; mandé a un concurso lo escrito y gané los dos primeros premios de poesía; pero lo más importante era que, en uno de esos concursos, el segundo lugar lo ganó un famoso poeta salvadoreño: Oswaldo Escobar Velado. Imagínate lo que significaba eso para mí, un tipo desconocido. Al grado que, cuando yo gano, la gente se preguntaba: ‘¿Y ese quién ha de ser? A lo mejor usa un seudónimo’. Porque la gente decía que haber ganado el primer lugar en los dos concursos, en noviembre y diciembre, no era así por así”.

Entonces, cuando Oswaldo se da cuenta de que hay uno que ha ganado se empieza, a lo mejor, a preguntar. Porque Oswaldo era conocido, era poeta nacional desde 1948, y en San Miguel ya se conocía; yo lo leía en los periódicos. El pertenecía al grupo de los seis con Matilde Elena López, Alfonso Morales y otros. Y eso me levantó. En ese tiempo, como escritor anónimo y en primer año de Derecho en la Universidad Nacional, salgo en los diarios e incluso los poemarios en *La Prensa Gráfica*, que los publicó completos; eso me hizo famosito.

Yo era un joven de provincia que estudiaba Derecho. Así me fueron conociendo todos los compañeros, que eran pocos. En esa época eran pocos los que estudiábamos, y quienes lo

hacíamos éramos privilegiados; solo había una universidad, la nacional. Recuerdo que en Derecho éramos cuarenta los que entramos a primer año; y salieron como doce, al final. Ser, en aquella época, universitario era todo un privilegio, especialmente si ibas para abogado. El abogado era el político, el conferencista, el de los foros y ahí comenzamos con Roque Dalton precisamente a organizar foros.

“En mis años mozos concebía a San Miguel como una ciudad muy abierta, pero conservadora en cuanto a sus ideas. Fui quizás el primero en tener ideas diferentes. Ya en octavo grado leía a Jean-Jacques Rousseau. Y ahí todo cambió. Te conté que primero no tenía libros; pero ya en octavo y noveno grados ya había leído a Rousseau; me salteaba lo que no entendía.

Así empecé a tener ideas progresistas, comparadas con las de muchos conservadores de la ciudad. San Miguel era la muy noble y leal ciudad porque fue la única que se quedó apoyando a la Corona; a diferencia de San Salvador y Santa Ana, que eran rebeldes. Desde ese punto de vista, San Miguel era una ciudad conservadora. Debido a eso pienso que fui de los primeros migueleños, por lo menos en mi tiempo, en tener ideas extrañas, pues hasta llegue a hacer un periodiquito, que todavía lo tengo en mi escritorio; un periódico estando en primer año de bachillerato y en San Miguel”.

“Empecé a leer libros, en San Miguel, hasta cuando se iniciaron las ferias de libros; que se realizaban en el portal que está en la alcaldía. Entonces le decía a mi mamá: ‘Mire, están

vendiendo los libros de los que usted me contaba cuentos, *Los miserables*; y ella me daba dinero para comprarlos. Porque estaban vendiendo libros de todos lo que ella me contaba de niño. Fue hasta que yo estaba en octavo grado que empieza a haber una que otra librería en San Miguel. Yo le decía a ella: ‘Mire, están vendiendo a Víctor Hugo’. Había una editorial que se llamaba Sopena y que vendía baratos los libros”.

“Yo nunca supe sufrir lo que era la pobreza porque era mi ambiente, mi marco de vida. Hasta ahora me doy cuenta de eso. Fíjate: eso del cuarto oscuro en aquel mesón que menciono en *La Prensa Gráfica*; que solo en las ergástulas de ahí he conocido la soledad absoluta, donde tú no ves nada, que para saber que existís tenés que tocarte el pelo, la nariz... Aun así iba al kínder, imagínate. Tenía mi bolsón de tela que mi madre me había hecho, es decir, no fui consciente de la pobreza”.

Es hasta después, cuando leo a Jean-Jacques Rousseau, o sea *El Contrato Social*, que quizá empiezo a ver un poco, ya más ideológicamente, lo de la pobreza. Limitaciones habían, de modo que no tomaba leche porque mi mamá no tenía para comprarla, y aunque tenía una prima rica, que era dueña de una lechería, que se la regalaba; le daba una botella de leche diaria, y yo la iba a traer en la mañanita, a las seis, para mis hermanas, pues solo era para las mujeres, para mí no había; para el mayor, para el hombre —que era yo— no había leche. A mí me daban la nata, que es la capa que se le forma en la superficie a la leche cuando se hierbe. Esa para mi es pobreza. De niño yo no tomé leche,

***Los mesones: encrucijada de la vivienda informal.
Cultura de los marginados***

pero sin duda el queso sí que lo comí, porque es popular en los pueblos; y a través del queso uno alimentaba de los nutrientes de la leche. Esa es pobreza, pero yo aún no era consciente de eso” .

0-28



Foto: Antonio Herrera Palacios

XXII

De los eternos mesones

Entre la gente de los mesones, encontramos muchas deficiencias que hacen que ellos con dificultad puedan lograr otro *status* de vida: La falta de empleo del jefe de la familia, la falta de educación o de una profesión... Otro factor es la incidencia de los vicios y la poca disciplina personal, lo que lleva a que los hombres no se tomen la responsabilidad de mejorar su hábitat. Esto hace que los hijos no vayan a tener una herencia en ningún momento de su vida, es decir, una casa decente aunque sea pequeña, donde se pueda echar raíces. No obstante, hay casos que todas estas situaciones han sido superadas y hay ejemplos concretos de gente que ha sabido salir adelante, pero en términos generales la gran mayoría queda en ese ambiente, con las consecuencias socioeconómicas y culturales del caso.

El fenómeno —si se puede llamar así— de los mesones ha existido desde que se fundó el país, y existe también en otros lugares del mundo. Tampoco esto es una justificación para decir así es, y punto.

Por supuesto que aún existen mesones en nuestros días, aunque muchos son de la idea de que hablar de los mesones actualmente es referirse al pasado, algo que ya no existe. Es

cierto que entre lo que era el ámbito de los mesones de hace cincuenta años y los de la actualidad, existen diferencias aunque son pocas las cosas en que han cambiado. Lo que de seguro hay ahora son algunos rasgos de tecnología, algunos televisores de pantallas planas, licuadoras o extractores de jugo, más de alguna computadora, planchas automáticas y los consabidos celulares. Los inquilinos siguen siendo los mismos salvadoreños, aunque sabido está que en los últimos años, gente de escasos recursos provenientes de Guatemala, Honduras y Nicaragua, ha llegado también a habitar esos espacios. La gente presenta las mismas actitudes, los mismos deseos, los mismos problemas; falta de dinero, inseguridad en la vivienda; falta de agua, de fluido eléctrico, el encarecimiento de la canasta básica. Curioso es que la gente al recordar el pasado, siempre opina, “que antes la vida era más batata”, lo cual es relativo.

Los problemas, en fin, son los mismos, solo que influenciados por la modernidad. Aún se vive en una pobreza material, y su cultura se debate entre el pasado y el presente, solo que en una situación de incertidumbre por el simple hecho de que se trata de una vida de la “rebusca”, de comer hoy pero no saber si se va a tener para mañana, ya que se puede comer poco pero el techo siempre hay que pagarlo; no se puede vivir a la intemperie, ni de posada, pues, como dice el dicho popular, “el muerto después de tres días ya hiede”.

La gente vivió, y aún vive, siempre anhelando aunque sea una casa del Fondo Social para la Vivienda, que ahora es relativamente fácil de conseguir. Pero ante la existencia de los mesones, antes y hoy: ¿cuáles son o han sido las políticas

que regulan o han regulado el derecho a tener vivienda en nuestro país? Y como dice la canción³³

Es posible que muchos de los habitantes de ese tipo de vivienda colectiva tenga familiares residiendo en EE.UU., o en otras partes del mundo, que les envían remesas mensuales y que por ello tengan la posibilidad real de cambiar de estilo de vida o que por encargo su pariente les pida que le compren una casa, y, mientras tanto no regrese al país, pueden habitarla y cuidarla ellos. Aquí se vuelve a lo mismo, ya que si el que se ha ido no envía dinero la situación de carencia de vivienda continua. Y a menudo se escucha decir: “Aquí quien ha comprado y paga es mi hermano que está en los Estados Unidos, ya que nosotros como familia continuaríamos viviendo en un mesón”.

Es probable que de los mesones hayan salido médicos, arquitectos, ingenieros y hasta más de algún ministro de gobierno pero son excepciones. Aunque en este tiempo ser ministro, diputado o diputada no significa que se trate de gente inteligente y con el bagaje académico necesario para presentar propuestas que mejoren la calidad de vida de nuestro país. Es más, eso significa que estos funcionarios, en vez de contribuir al desarrollo humano, con sus insolencias no contribuyen, más al contrario, han agravado la situación; y en vez de construir país, pareciera que han contribuido a construir barrancos.

33 “Es un mundo sin mañana”. De la canción “Las casas de cartón” del grupo Los Guaraguao.

Esta es una de las causas por las que el círculo vicioso de no poder salir del mesón nunca termina: los abuelos, los hijos, los nietos y los bisnietos son generación que siempre han vivido en ese ambiente.

Recapitulación Los mesones, un lugar llamado “vivienda”

En el 2014, cuando inicia este estudio socioantropológico, la situación no ha cambiado en nada para este sector de la sociedad, quienes únicamente son vistos como números de votos en elecciones presidenciales o de alcaldes y diputados.

En nuestra época, han existido mesones con cuartos de 6 metros cuadrados y los más afortunados de 20 metros cuadrados, construidos linealmente, con baños comunes y en condiciones físicas, muchas veces deplorables.

Un estudio hecho por la Fundación salvadoreña para el Desarrollo y la Vivienda Mínima (Fundasal) en la década los años 70, indicaba que sólo en San Salvador se registraba 4 mil mesones en el Área Metropolitana. En ellos habitaban más de 185 mil personas, equivalente a 32,7 % de la población viviendo en el AMSS (564.967 habitantes).³⁴

Esto era peor en ciudades como Santa Ana, Sonsonate, Usulután y San Miguel. Los mesones en estas poblaciones son más solicitados por las personas que buscan escapar de la pobreza existente en sus cantones o caseríos.

34 Fundasal. El hábitat popular urbano de El Salvador y sus condiciones ambientales. 1976. Capítulo I. Pág. 14.

Si buscamos una conclusión rápida de esta difícil situación social, se puede concluir que la vida sigue igual para muchos de los salvadoreños que aún viven en los mesones, que únicamente son el reflejo de la pobreza en la que están sumergidos por la falta de una visión política. Sin duda alguna, ellos siguen siendo víctimas de exclusión social a los que los han sometidos los gobernantes, de los diferentes partidos políticos, que han gobernado El Salvador.

Políticamente, nuestro país ha tenido siempre un déficit habitacional muy alto que ha llevado a muchos a buscar mecanismos de sobrevivencia. Solo para finales del quinquenio del 2004, el país necesitaba 231.454 nuevas viviendas, lo que significaba que se tenían que construir anualmente más de 46 mil casas para poder eliminar el déficit cuantitativo del período. La situación ha seguido avanzando con los años por las necesidades económicas y de seguridad que afrontan los salvadoreños en la zona rural del país.

Las personas más pobres materialmente son las que tienen que enfrentar la dura realidad de acudir a un mesón para poder acercarse a la ciudad capital, donde se supone están las oportunidades de trabajo para poder escapar de la pobreza. Pero la realidad es otra. Una realidad más dura que en sus propias tierras de donde han tenido que huir, o emigrar, y como algien lo definió; “para lograr ser alguien en la vida”.

Como se ha dejado ver en cada historia contada, los mesones son el refugio de personas que vienen con sueños de superación, pero al llegar a estos lugares, quedan atrapados en una red de pobreza material, de sueños rotos y miseria

social. Es el lugar donde su propia cultura, sus valores y tradiciones tienden a ser transformados; donde el espíritu de sobrevivencia los obliga a cerrar sus ojos y hasta oídos, a una realidad con la cual nunca soñaron o creyeron vivir. Es el momento donde ser tortillera, zapatero, vendedor de la calle o jornalero es el premio de la vida por la valentía de haber abandonado sus tierras de origen.

Es el momento de aprender a vivir y compartir con gente que no es la familia; a mirar que el inquilino tiene o no tiene nada. Es el lugar donde se tiene que compartir el televisor en la utópica intimidad pública.

Todo ello contrasta con los principios que se establecen en la Constitución de la República de El Salvador, donde se declara “interés social la construcción de viviendas. El Estado procurará que el mayor número de familias salvadoreñas lleguen a ser propietarias de su vivienda...”.³⁵ No se alcanza a ver ese interés de los políticos y del Estado mismo para sacar a las personas de esta situación de pobreza y exclusión social.

De nada sirve haber firmado el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales, del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, en la cual el Estado se compromete a reconocer el derecho de toda persona a un nivel de vida adecuado para sí y su familia, incluso alimentación, vestido y vivienda adecuados, y a una mejora continua de las condiciones de existencia, si no se logra romper con este tipo de vivienda que afecta, no solo los valores y derechos humanos, sino también, la dignidad de las personas.

35 Constitución de la República de El Salvador, Art. 119.

Este pacto deja muy claro que: “Los Estados Parte tomarán medidas apropiadas para asegurar la efectividad de este derecho, reconociendo a este efecto la importancia esencial de la cooperación internacional fundada en el libre consentimiento...”,³⁶ no obstante, la dificultad de acceso a vivienda y suelo se hace cada vez más crítica para la población de bajos ingresos, sobre todo, de aquellas que llegan del interior del país con el sueño de convertirse en personas de bien, o en otras palabras, en experimentar la movilidad social de la cual tanto han discursado y los cursan los políticos salvadoreños.

En esta investigación socioantropológica hemos sido testigos de que la pobreza afecta más a las mujeres y niños, ya que existe un grave desequilibrio social y económico en perjuicio de las mujeres, dada la feminización de la pobreza material.

Vivir en las piezas de los mesones conlleva la existencia de muchos problemas que inciden en la sociedad misma. Esta incidencia puede reflejarse en luchas por territorios, usurpación de tierras o de viviendas cuando los inquilinos son expulsados de sus piezas del mesón por situaciones de inseguridad o por el registro de algún evento natural. Muchas veces, esto provoca el deterioro del inmueble y las personas tienen que buscar otra alternativa para residir, optando por construir colonias ilegales o tugurios en lugares pocos seguros de la ciudad.

Pero la convivencia en mesones afecta más el aspecto psicológico de las personas. ¿Por qué? Sencillamente porque

36 Art. 11: 1

se rompen valores, costumbres y la privacidad de la persona humana.

En una pieza de mesón de 4x4 metros —puede variar a más o menos— se rompe la intimidad y privacidad de los miembros de la familia. Los niños pueden ser testigos de los momentos de intimidad de sus padres; las familias pueden conocer los problemas del vecino más cercano o hasta saber si comieron o no.

La única privacidad, en el estricto sentido de la palabra, era cuando cada familia cerraba su puerta lo que también era relativo pues no era posible que los vecinos se dieran cuenta de algunas cosas que querían mantenerse confidenciales. Esto ha sido así antes y ahora también ya que los mesones siguen siendo iguales.

Pero no solo eso, también genera estrés que tiene efectos sobre la salud física y emocional de la persona. Los psicólogos sostienen que el hacinamiento genera agresividad porque cada quien defiende su territorio. Todo ello es producto de no tener calidad de vida, misma que es promovida por los gobiernos para alcanzar el favor de sus votantes.

El hacinamiento que se vive en un cuarto de mesón rompe con valores tradicionales de la familia, entendiendo por hacinamiento cuando hay varias personas por cama, personas por cuarto, familias por vivienda y viviendas por terreno.

Los mesones son entonces lugares de hacinamiento que requiere de atención por parte del Estado, no solo para regularlo,

como lo han hecho con la Ley de Inquilinato, decretada por la Asamblea Legislativa en 1958 y reformada en 1961.³⁷

Es una ley que incluye a los mesones como casas destinadas al arrendamiento de piezas separadas, con servicios comunes, y en donde se protege más el derecho del arrendatario y su propiedad, que el derecho del arrendante y su condición de vida.

Otro de los factores que debe vigilarse y que es planteado en esta investigación, es el fenómeno de las migraciones hacia las ciudades. Ninguna persona abandonaría su tierra, o su lugar de origen, si los gobiernos les ofrecieran condiciones de desarrollo y de calidad de vida.

Desde la colonia, las migraciones ha sido un fenómeno que ha modificado e impactado en la economía, la infraestructura del país y en los aspectos sociales, principalmente la salud y la educación. Pero la movilización de personas a las ciudades

37 Es interesante ver como científicos sociales extranjeros, allá por 1974, ya se refirieran al mesón Serpas, así: “Al comprimir varias familias en un espacio reducido y al instalar pocos servicios, el propietario puede sacar un gran provecho incluso entre las poblaciones más pobres. Así, en el Mesón Serpas, las encuestas efectuadas en 1969 y 1970 mostraban que cada una de las 290 familias pagaban 40 centavos de dólar al mes por el uso de una sola fuente [chorro]; un total de 116 dólares mensuales. Cerca de las dos terceras partes de los salarios de los adultos eran inferiores a 40 dólares mensuales y más de la cuarta parte ganaban menos de 20 al mes. El problema de los desagües tiene particular interés. De 220 familias entrevistadas, tan sólo 42 tenían su propia letrina, y 26 tenían acceso a la de sus vecinos. Así, alrededor del 70 por ciento no tienen acceso a una letrina”. Véase al respecto Cornel Capa y J. Mayone Stycos, *Al margen de la vida*. Grossman Publishers, 625 Madison Avenue, New York, N. Y. 10022. Impreso en Bélgica. 1974. El tema da para más...

fue más notorio en la década de los años 80, cuando el país vive una guerra civil que desangró a la familia salvadoreña en todo el territorio nacional.

Muchas personas migraron a la capital en búsqueda de refugio y seguridad. Los mesones fueron las opciones para iniciar la “nueva vida” fuera del campo. Dejaron el cantón, la cuma y la tierra por el cine, el comercio o por alguna oportunidad trabajo en algún establecimiento comercial. Otras optaron por convertirse en empleadas domésticas, tratando de disfrutar de la comodidad de las residencias donde trabajarían.

Esa opción que vieron muchas personas del campo en la ciudad, convergieron en los mesones, dejando un pasado de miseria para aventurarse por abrazar a una nueva familia de desconocidos en su lugar donde pasarían el resto de sus años de vida.

Si vemos al mesón como una opción estructural para miles de salvadoreños; también tenemos que reconocer que se convirtieron en lugares para construir esperanza de prosperidad; lugares para acercarse a las oportunidad de trabajo para escapar de la pobreza del cantón, del pueblo y de la familia; lugares para conocer, al menos verlo, el desarrollo y la modernidad.

El objetivo de realizar un estudio socioantropológico de los mesones en El Salvador, fue para enfatizar que el problema de la vivienda es tema que no ha sido abordado con la seriedad que se merece. Es importante reconocer que el problema

de las clases desposeídas que sufren permanentemente el desempleo, bajos salarios, analfabetismo y carencia de acceso de la mayoría de población a la salud, son las que vienen a conformar comunidades precarias muy difíciles de erradicar. Muchas de estas personas optan por salir de sus comunidades para buscar en la ciudad algo diferente a lo que viven en sus propios lugares de origen.

Lamentablemente, la única opción que encuentran al llegar a la ciudad es el mesón, espacio donde tendrá que transformar su misma cultura y costumbres, para poder adaptarse y poder sobrevivir a un ambiente casi intolerable con el resto de sus inquilinos.

Los mesones del sur de San Salvador, Mejicanos, Soyapango, Ciudad Delgado, Cuscatancingo, entre otros más, siguen albergando a estos migrantes con sueños de prosperidad. En lo que si podemos asegurar que las cosas han cambiado, luego de 40 años, es que los mesones ahora están siendo nombrados como “Apartamentos”, pero que en su funcionabilidad, siguen siendo el triste mesón de la década de los años 70 y mucho antes.

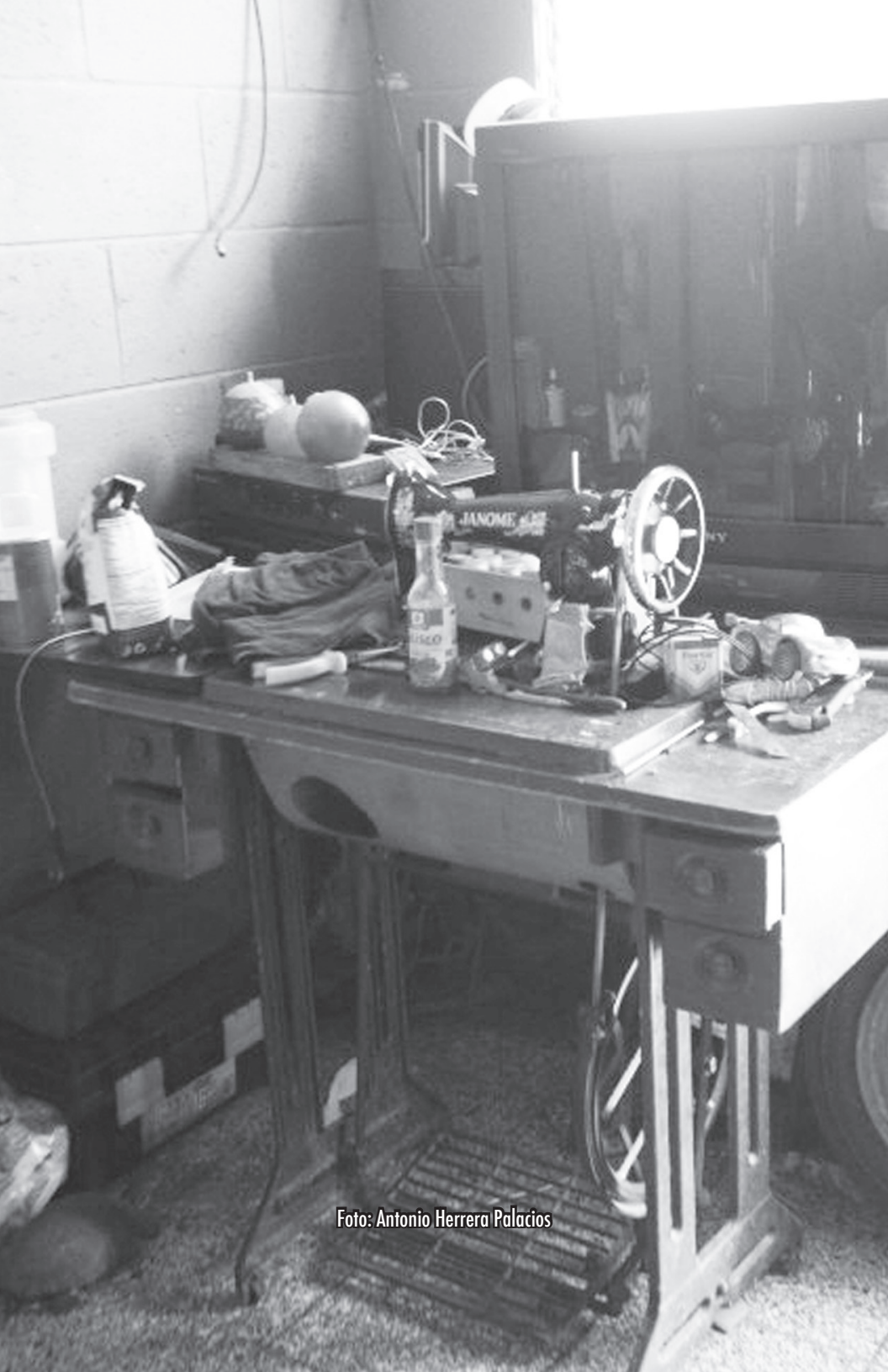


Foto: Antonio Herrera Palacios

A manera de reflexión final

El Salvador no es el único país en el mundo que ha vivido esos cambios migratorios del campo a la ciudad como lo hemos visto en este estudio. Si se ve desde una perspectiva de la historia, el papel que han tenido las ciudades en las sociedades, en la percepción de la gente de las sociedades rurales, este es el de una salida a la difícil situación de vida en sus propias comunidades. La gente campesina llegó a San Salvador buscando trabajo y ventajas sociales y culturales que su terruño no les ofrecía y que solo se consiguen en la vida urbana, que se supone es “más civilizada”.

Hay muchas maneras en las que la urbanización afecta a las sociedades tradicionales acerca de su visión de la vida y su cultura en general, pero es más en la forma en que tienen que aprender a relacionarse con los demás. Hay confianza pero a la vez no la hay entre la gente y con la gente. La gran ciudad es diversa; y las estructuras tradicionales de convivencia familiar y con el resto de la comunidad se pierden o simplemente se transforman.

El mesón —punto de llegada para vivir y orientarse— es solo un espacio para “pasar el agua”; y la gente que ahí convive “es lo que es”. Sí hay solidaridad, identificación; no entre todos, pues también hay inquilinos solo de paso, pero la vida tradicional de aquel que llegó y traía consigo, ya en el mesón,

cambia: “Hay que haber nacido en el mesón para sentirse con esa identidad”. Y es que el cambio es grande, ya que, por una parte, el que emigra deja su comunidad de origen, tiene que adaptarse a la ciudad urbana, y por otra, tiene también que adaptarse no solo a la forma de vida de esa gran ciudad, sino a la gente que vive allí y que también procede de diferentes lugares del país. La heterogeneidad debe convertirse en homogeneidad de vida de la noche a la mañana.

La idea original de los migrantes era salir de su tierra temporalmente y hacerse de lo necesario, y dar otro salto de mejora para su familia o de ellos mismos buscando su casa propia. Pocas veces se ha dado eso. Regresan —por lo menos los primeros años— a su pueblo a participar de diversas actividades con los que se han quedado. Ese ir y venir genera expectativas entre estos porque también, en muchos casos, se van a las cabeceras departamentales o los más a la capital. El grado de posibilidad de establecerse de los migrantes del campo a la ciudad depende en parte de los contactos personales, por lo menos cuando los hay.

Claro ha quedado que San Salvador, para muchos en primera instancia, fue el escape hacia la prosperidad, puesto que en el consciente colectivo de la gente la vida citadina conlleva más prestigio que la del campo. En la capital y en otras ciudades grandes había cierta forma de ganarse la vida en trabajos informales; y el que tenía suerte lograba conseguir trabajo formal como empleado de fábrica, en almacenes o en el Gobierno, aunque fuera de servicios varios. Sea temporal o permanente, la migración es una impulsora de cambio, tanto directa como indirectamente;

y las comunidades de origen también sufren cambios que casi siempre influyen de manera negativa en la vida y en el futuro de la comunidad. En un principio —podemos leer sobre lo que ocurría allá por la década de los años cincuenta—, la mayoría de las influencias civilizadas de modernización del campo llegaban a través de los centros urbanos que se iban formando.

La centralización del aparato burocrático y empresarial en la ciudad capital es un problema general en los países en desarrollo, y se vuelve en la causa principal de la movilidad humana del campo a la ciudad. En esta no solo se consumen bienes modernos, sino también nuevas ideas, conocimientos y valores —buenos para quienes los aprovechan, pero con consecuencias irreversibles para los que no llenan esas expectativas— que poco a poco van permeando su forma de pensar, de ver y de actuar. Veamos: primero es afectada su cultura material y luego su ideología. Por muy sencilla y amigable que parezca la gente que ha migrado del campo, ya su forma de pensar y ver la vida al establecerse en la gran ciudad es diferente. “La religión se sigue practicando por tradición y por respeto a lo que dejamos. No hay que creer, pero tampoco dejar de creer” —afirman—, lo que los convierte en presa fácil de sectas que ahora congregan a miles en iglesias que abundan por doquier.

En sus lugares de origen, si no llegaba el sacerdote, por lo menos llegaba el mayordomo; y después, el celebrador de la Palabra a la gente en las capillas. “En la ciudad, nadie te busca; y si te buscan, pues escuchas; y si te convences con lo que dicen, pues aceptas y te haces de otra religión.

Además ahí hay solidaridad, sentido de pertenencia, lo que no hay en otras partes, aquí en la ciudad, que sos un don nadie.” El fenómeno es complejo desde el punto cultural; y las transformaciones se dan a paso de huracán, ya sea en lo económico, social o político y hasta en lo cultural. Y todo esto no para bien en una sociedad del “sálvese quien pueda”.

Si bien, desde una perspectiva política, la modernización ahora es mal concebida, pues es vista como el crecimiento de las estructuras burocráticas y descentralizadas de la administración estatal en una sociedad que es tristemente célebre por sus perversas formas de corrupción; y de la ley, que se extiende a los niveles locales en un país en donde cada quien hace lo que le da la gana y los gobiernos que llegan y se van, cada uno con sus improvisaciones contribuye a deteriorar los mecanismos de control social, sustituyéndolos por otros procesos de cambio solo coyuntural, a veces.

Es en todo este ir y venir de desaciertos que la gente se vuelve apática; y, como en ‘río revuelto la ganancia es de los pescadores’, es entonces que emergen nuevas ideologías políticas que el Estado convierte en la estructura de poder “insuperable”. Los grupos vulnerables social y políticamente, los marginados, son atraídos a las redes nacionales y puestos bajo control (dígase con políticas populistas) —no siempre con el mismo éxito— por el Estado.

Los políticos que controlan el aparato gubernamental se comprometen con ideas de progreso y desarrollo y tratan deliberadamente de ofrecerlas a través de programas de

cambio, la mayoría improvisadas como resultado de la misma política populista. Las formas en que esto se lleva a cabo es muy variable y no permite precisar formulas útiles. Clifford Geertz ya lo ha señalado: la modernización no es solo la sustitución tradicional y obsoleta por lo importado y de última moda.

En el caso de El Salvador, los cambios se han dado a empujones y dependiendo del gobierno que ha llegado. ¿Qué de importancia tiene esto para la gente, comparado con el dramático avance en las condiciones materiales en que viven? Sea como sea que se evalúen los cambios que han ocurrido, y que están ocurriendo, es importante comprenderlos para poder entender en forma general la transformación de las sociedades en este caso de campesinas a urbanas y su adaptación en las grandes ciudades. En el país estos procesos de cambio no han sido estudiados desde una perspectiva antropológica, y las consecuencias las vemos hoy en día. Esta comprensión tiene relación directa con la formación o ejecución de la política pública; se hace pero sin los estudios previos, por lo menos culturales, que deberían de ser el punto de partida.

No obstante, mucho de lo que la gente dice y hace en forma negativa, y hasta cierto punto apática, es precisamente como una muestra de autodefensa frente a los engaños de los políticos que han hecho de ello una forma de vida y que temen perder su dominio sobre esa gente. Los fracasos y actitudes negativas de la gente son atribuidos por los políticos a “gente que no colabora”, cuando en la realidad esos múltiples planes, programas y proyectos llevados a cabo para

modificar situaciones indeseables —ya sea salud, vivienda, educación, calles...— y llegar así a las mejoras sociales han sido un fracaso por esa subcultura, o mentalidad, de la gente del campo; y que es uno de los peores obstáculos para llegar a los cambios que benefician a ella misma. Superficialmente esta afirmación parece adecuada, pero si se profundiza más en la vida de los ciudadanos y en los esfuerzos tendientes a estimular hacia el logro de nuevas posibilidades, esta explicación parece ser errónea. Esa aptitud apática que muestra la gente es justificada sobre todo cuando se sabe que los políticos sacan ellos primero provecho de todo.

Los relatos de la gente, en este estudio, nos han dado elementos de juicio para redimensionar el pasado y el presente y verificar por qué viven como viven, sus patrones de conducta; y esto se desprende de sus relatos, que nos dan pautas para visualizar su cultura en todas sus dimensiones; es historia personal, local y nacional desprendida desde la vida en los mesones.

Considero que las herramientas para observar este tipo de cambios culturales, desde una perspectiva antropológica, muy bien puede aportar a la buena formulación de políticas acerca del porqué la gente es lo que es y hace las cosas como las hace. Se trata de cambios culturales que no han sido comprendidos porque sencillamente no han sido entendidos o simplemente no ha habido interés en ellos. A la larga se vive en la cultura del ajeteo.

Gran parte del cambio contemporáneo no es planeado ni previsto; y si bien se habla de modernización del Estado,

políticamente lo que están haciendo es tratando de introducir cambios planificados acordes con ideas de progreso y desarrollo —dar la impresión de que se va adelante— en tanto que retienen al mismo tiempo aspectos de la cultura tradicional, que son importantes en la formación de ideología e identidades nacionales.

La migración y la urbanización han sido y seguirán siendo factores importantes en el proceso de cambio de la civilización. Ya vimos que la migración rural a la ciudad afecta la vida no solo de los que emigran, sino a la cultura y a la estructura social de las áreas rurales que dejan. En El Salvador, los rápidos ritmos de urbanización se han hecho sin estudios de adaptación urbana; y si los hay, no se han aplicado. El mesón, por ejemplo, fue, sigue siendo y quiso ser sustituido por el condominio, lo que muy pronto se convirtió en un asidero de cualquier cosa. Si existen, son más bien, como sucede con otras cosas obligaciones que hay que cumplir en el país pero que en la práctica no se concretizan. Y esto debería de ser un importante campo de investigación antropológica, es decir, la adaptación a lo urbano por parte del que emigra del interior del país.

Pero la situación es mucho más compleja, desde el punto de vista de la cultura de la convivencia ya en los grandes centros poblacionales, así:

Sin duda alguna, con el paso de los años, los mesones se han transformado en su concepción social y en su dimensión estructural, ejerciendo en el Estado salvadoreño una presión política que obliga a los gobiernos a impulsar medidas

paliativas que atiendan las demandas sociales de quienes hacen uso de los mesones modernos.

¿Dónde está el problema? En la construcción de urbanizaciones populares en espacios amplios del Gran San Salvador, donde las viviendas, en su mayoría de cinco metros de frente por once o quince metros de largo, se convirtieron en la alternativa de los mesones privados. Si observamos el tipo de “viviendas populares”, son hoy en día espacios donde se integran baño, sala, comedor y habitaciones, generando un hacinamiento de las familias que poseen de hasta cinco a siete miembros.

La calidad de vida para estas personas, más que mejorar, se deteriora, ya que la convivencia familiar en un espacio de 60 metros cuadrados, genera pérdida de privacidad, intimidad y comodidad para su desarrollo personal. Desde ahí se continúa la violación al derecho constitucional donde se establece en el Artículo 119³⁸ que el Estado debe procurar que cada salvadoreño viva en un lugar que reúna las condiciones mínimas y necesarias para su desarrollo personal, esto es una vivienda digna.

A diferencia de los mesones antiguos, donde el propietario controlaba el número de personas que podían habitar el cuarto, controlar el uso de los servicios básicos y establecer algunas normas básicas para la convivencia con el resto de inquilinos; la práctica se pierde en los “mesones modernos” convertidos en “residenciales populares”, donde los terrenos de hasta tres manzanas de extensión, puedan alojar has-

38 Constitución de la República de El Salvador

ta 600 casas o más, para igual número de familias pobres donde cada quien establecerá sus reglas de convivencia bajo el criterio de “propiedad privada”.

De ahí que, cada propietario de las “vivienda mínima o popular” defiende su espacio, busca expandirse en la zona a toda costa para ejercer una hegemonía comunitaria y establecerse como líder del territorio. Esta situación social es la que viven muchos municipios donde las urbanizaciones con vivienda mínima, emularon a los mesones de la década los años 60 y 70, desatando nuevos retos sociales y exigencias para el Estado mismo.

Es importante señalar que el tipo de construcción hechas en las urbanizaciones modernas, no contribuyen en nada al desarrollo integral de la persona. Son cuartos cerrados con poca ventilación, paredes compartidas que dejan escuchar hasta el más mínimo suspiro del vecino, con servicios básicos decadentes y sin espacio para zona verde. Lo triste en todo esto es la cultura de las personas que compran estas viviendas, se transforma en una cultura de intolerancia, de irrespeto y del culto al *yo*.

Por ejemplo, basta caminar por los pasajes de estas urbanizaciones para observar como la música que escucha el vecino, en alto volumen, compite con otros residentes de la zona, quienes tienen otro tipo de música en alto volumen o ven televisión, incómodamente por el ruido causado por su más cercano vecino. En otros casos, el vecino extiende la construcción de su casa hasta el borde de la acera, a fin de aprovechar el espacio sin importarle los daños físicos que

pueda causar el tipo de construcción. Es más si al propietario se le ocurre, que en la mayoría de los casos es una necesidad el poder contar con unos centavos extras, se pone una plancha para tirar pupusas a un lado de la calle, o una tortillería, esto cuando menos pero hay casos en donde los propietarios, sin consulta previa pueden de la noche a la mañana instalar desde un taller de mecánica automotriz, un carwash o una iglesia evangélica, tiendas o lo que se les ocurra.

Ahora bien, la presión social que ejercen los “mesones modernos”, mal llamados “Urbanizaciones populares”, obliga a los gobiernos en turno a impulsar políticas públicas que les permita atender las demandas de servicios básicos como agua potable, energía eléctrica, alcantarillados de aguas negras, pavimentación de calles, entre otros servicios más.

Las personas que emigran de la zona rural de El Salvador para buscar mejores condiciones de vida, ya no llegan a mesones tradicionales; se aventuran a incorporarse a los mesones modernos donde las instituciones financieras se han convertido en los nuevos mesoneros que cobrarán cuotas desde 45 dólares, según la ubicación de la urbanización.

Según un informe hecho por Fespad³⁹ en el año 2015, denominado: “Primer gobierno de izquierda: una lectura de Derechos Humanos al gobierno de Mauricio Funes 2009-2014”, revela que en El Salvador el 61% de los hogares tienen viviendas con al menos una carencia en servicios.

39 Informe de Fespad, 2015, “Primer gobierno de izquierda: una lectura de Derechos Humanos al gobierno de Mauricio Funes 2009-2014”.
Sitio Web de ONU.org

Esto es una presión permanente hacia los gobiernos locales y nacionales, ya que muchas de estas viviendas no poseen las condiciones mínimas de seguridad y comodidad a sus habitantes, que los obliga a ocupar los centros comerciales, calles u otros espacios abiertos para liberarse del encierro que causa este tipo de vivienda popular.

Todo esto contrasta con el concepto de vivienda que entiende las Naciones Unidas, la cual ya no es solamente una opción de las personas, sino que forma parte del “desarrollo humano” que deben procurar los Estados mismos para sus ciudadanos. Para Naciones Unidas, una vivienda adecuada significa: “algo más que tener un techo bajo el cual guarecerse. Significa también disponer de un lugar privado, espacio suficiente, accesibilidad física, seguridad adecuada, seguridad de tenencia, estabilidad y durabilidad estructurales, iluminación, calefacción y ventilación suficiente, una infraestructura básica adecuada que incluya servicios de abastecimiento de agua, saneamiento y eliminación de desechos, factores apropiados de calidad del medio ambiente y relacionados con la salud, emplazamiento adecuado y con acceso al trabajo y a los servicios básicos, todo ello a un costo razonable”.

Si partimos de esa concepción internacional, resulta la siguiente pregunta: ¿Tenemos los salvadoreños una vivienda digna? ¿Es la vivienda popular una opción diferente a los mesones tradicionales para desarrollarse integralmente?

Dejo estas preguntas como líneas de investigación para la academia, a fin de establecer si el derecho a poseer una vi-

***Los mesones: encrucijada de la vivienda informal.
Cultura de los marginados***

vienda adecuada es opción en El Salvador; y si la migración de salvadoreños del interior del país, hacia la capital o zonas urbanizadas, ha sido uno de los factores de la explosión social que terminó en violencia aprovechada por estructuras criminales para generar la zozobra social en la que se debate el salvadoreño popular.



Foto: Ramón D. Rivas

Glosario

- Aliñar: matar, desplumar, descuartizar, aderezar o cocinar una gallina u otra ave.
- Alivianar: ayudar, proporcionar, complementar algo con abundancia.
- Amarrar: Entre estudiantes, iniciar una relación amorosa.
- Amariconado: Hecho un maricón, afeminado, aculerado.
- Amolar: molestar, fastidiar
- Amontonar: abrazar, acariciar. Manosear con morbo.
- Amasar: acariciar con excitación.
- Anantes: a penas, a pesar de, con mucha dificultad.
- Animala: (de animal). Individuo listo y malo, de malas intenciones.
- Alboroto: vocerío o estrépito causado por varias personas. desorden, tumulto.
- Ajolotar: alborotar, sofocar, ofuscar, confundir, aturdir, apresurar; provocar desorden.
- Aguante: fortaleza para enfrentar lo peor.
- Aguebar: humillar, avergonzar.
- Aguasal: cantidad grande de agua precipitada o acumulada.
- Aigüashte: harina de semillas de ayote.
- Aguitar: entristecer, deprimir, decaer el ánimo.

- Apajuilado: tonto, zonzo, lelo.
- Apantallar: impresionar, aparentar, fanfarronear.
- Atarantado: pasmado, atónito, anonadado.
- Atenido: confiado.
- Atole: bebida hecha principalmente de maíz.
- Arrechas: decididas, que no ponen peros para hacer cualquier cosa.
- Baboso(a). tonto.
- Babosada: tontería, estupidez, banalidad.
- Babosiar: vagar, chotear, dundiar, mariposear.
- Bacinica: pieza de metal, por lo general de porcelana que se utilizaba para orinar durante la noche. Por lo general se guardaba debajo de la cama.
- Bahareque: paredes tradicionales construidas de tierra y reforzadas tablas y varas de bambú.
- Bañada: arrastrada, barriada, chamarreada.
- Barajustar: huir repentinamente en desorden o confusión.
- Bayunco(a): individuo o situación ridícula, de mal gusto.
- Bayuncada: gracejada, payasada, conducta de mal gusto.
- Beba: reunión en la que se toma mucho licor.
- Berriche: pleito, persona que busca problemas con otro u otros.
- Besuquiar: besar repentinamente.

***Los mesones: encrucijada de la vivienda informal.
Cultura de los marginados***

Bolado:	cosa, objeto cualquiera. Haceme un bolado (haceme un favor).
Bocón:	lengua larga, boca floja, pone dedo.
Bolis:	refresco artificial sellado en bolsa oblonga de plástico.
Bolsiar:	robar, sustraer dinero de una bosa de pantalón.
Bochinchero:	pendenciero, persona que inicia o provoca bochinchas (pleitos).
Bultero:	persona que por paga se dedica a cargar bultos.
Buruca:	desorden, griterío originado al pretenderse obtener algo lanzado al voleo.
Buzo:	listo, diestro.
Cabuda:	colecta de dinero para adquirir algo en común acuerdo, echar la vaca, contribuir para comprar algo.
Cachimbazo:	Golpe con el puño.
Carambada:	Cualquier cosa o cantidad de poco valor.
Chabacán(a):	Individuo grosero, mal hablado.
Chambre:	Chisme, murmuración verdadera o falsa.
Chamarriada:	reprimenda, arrastrada, bandeada.
Chamba:	trabajo.
Chambiar:	trabajar (debo cambiar el fin de semana para ganarme unos centavos)
Chambon:	ineficiente, inútil.
Champa:	casucha construida con materiales precarios.

- Champerío: conjunto de viviendas precarias construidas, por lo común, en zonas de alto riesgo; habitadas por el sector más marginado de la actividad económica.
- Chancleta: sandalia de cuero o de hule.
- Changoneta: persona torpe o fastidiosa.
- Charamusca: refresco congelado contenido en una bolsa plástica amarrada.
- Chele: individuo de piel blanca y pelo rubio.
- Chenga: tortilla gruesa y grande de maíz.
- Chero: amigo íntimo.
- Chévere: muy bueno, bonito, Bien, agradable, excelente.
- Chicha: bebida alcohólica hecha de maíz fermentado y dulce de panela.
- Chichuisa: ladilla, insecto anopluro, ectoparásito que vive en la partes vellosas del ser humano.
- Chilate: atol elaborado a base de maíz tostado.
- Chiviar: jugar al azar apostando dinero u otras prendas.
- Choco: Ciego o individuo con visión deficiente.
- Cholotón: Gordo, grande, bien dado.
- Choto: de choto (hoy La función será gratis)
- Choyado: fuera de juicio, tonto, pasmado.
- Chueco(a): torcido, con mala suerte, inútil.
- Chuco: atol hecho de maíz negro fermentado.

***Los mesones: encrucijada de la vivienda informal.
Cultura de los marginados***

- Chuliar: enamorar, cuentear, piropear.
- Chulón (a): desnudo, da. Individuo sin ropa.
- Chupader: lugar donde se vende y se ingiere licor.
- Chupar: beber licor.
- Cacahuate: semilla tostada de cacao y sal.
- Cachadas: objetos robados y vendidos a precios muy bajos en los Mercados.
- Cachimbiadas: golpe, (todavía me duele el cachimbazo que me dio / que me di al caer de la grada.
- Cachimbón: bueno, espléndido, fabuloso (este trabajo me esta quedando bien cachimbón).
- Cachivache: utensilios, trastes, vasijas.
- Cagada: desacierto, error (la cagada fue porque no pude / no sabía.
- Cagadal: error grande.
- Caite: calzado rustico que se hacía de cuero de buey.
- Camarotes: camas de madera o de metal de dos o tres niveles.
- Camellada: jornada de trabajo arduo (estoy bien cansado porque me tocó una gran camellada este día)
- Capiazón: nerviosismo, esperar con preocupación a una respuesta o propuesta.
- Capirucho: juguete de madera que consiste en una especie de cono truncado o campana torneada y una estaca atada en su extremo a fin de ser enchutada repetidamente cuanta vez se lanza al aire.

- Casaca: labia, mentira (los discursos son pura casaca).
- Carretones: carreta de madera tirada por una persona.
- Chancleta: sandalia de plástico.
- Chambres: habladurías, poner otras u otra persona en descredito frente a los demás. Persona que inventa cualquier habladuría y la pronuncia como si se tratara de una verdad.
- Chiriviscos: ramas secas que generalmente se utilizan para atizar el fuego en la hornilla.
- Cinchazos: azotes propiciados con cinchos.
- Cipotada: niños.
- Comal: plato de barro de grandes dimensiones en que se cocinan las tortillas.
- Correyazos: golpear, castigar con una faja de cuero crudo de buey.
- Cuentiar: de cuento, enamorar.
- Cumbos: recipiente para contener líquidos hechos de una jícara de forma ovoide; últimamente de cualquier material, principalmente de lata o plástico.
- Culillo: (De culo) Miedo.
- Enjaranar: contraer deuda económica.
- Entrador: persona que coparte amoríos con el / la cónyuge de otra.
- Entubado: encarcelado.

***Los mesones: encrucijada de la vivienda informal.
Cultura de los marginados***

- Escusado: retrete, baño, cacal, cagadero, cien, letrina.
- Darse taco: darse importancia.
- Desparpajo: desorden, desbarajuste.
- Fiar: pedir, solicitar en una tienda productos de la canasta básica para pagar por quincena o por mes.
- Fondeado: vencido y tirado al suelo por la injerencia de mucho Alcohol.
- Fufurufo (a): presumido, bien vestido, dícese de la clase alta.
- Garduña: juego que consiste en tirar algo al voleo, generalmente dulces, de modo que él o los más listos puedan apropiárselo. Sucede comúnmente durante la quiebra de piñatas.
- Guaro: bebida alcohólica elaborado con jugo fermentado de Caña.
- Guerra de cien horas: así se conoce popularmente el enfrentamiento armado que se dio entre El Salvador y Honduras en 1969 por el hecho que se dice que el tiempo de duración de las hostilidades fue de cien horas.
- Habladas: fanfarronadas, habladurías, alusiones, indirectas.
- Hornillas: cocina elaborada de barro en forma de media luna, donde se coloca un comal, ollas y son atizadas con leña.
- Igualados: presumido, engreído, petulante.

Jabón

de cuche: jabón elaborado a base del aceite de las semillas de aceituno y conocido popularmente como “jabón de cuche”.

Jayan: persona mal educada que con bufonadas, gestos, cuentos o patrañas pretende divertir y hacer reír.

Jodarria: joder, diversión, parrando, fastidio.

Joder: fastidiar, molestar, chingar, emputar, enca-bronar.

Leperadas: decir vulgaridades

Majada: grupo de personas consideradas de baja posi-ción en la estructura socioeconómica, mara, marabunta, tusada.

Malacate: malhechor, pícaro, ladrón.

Mancha

brava: Grupo paramilitar hondureño que durante la guerra entre El Salvador y Honduras en 1969, se dedicó a maltratar y expulsar a salvadore-ños que vivían en ese país.

Marabuntas: mara, grupo de amigos, pandilla dilectiva.

Matate: red.

Matinés: funciones durante la mañana.

Mecapaleros: personas que cargan, acarreadores, bulteros, Cargadores.

***Los mesones: encrucijada de la vivienda informal.
Cultura de los marginados***

Médiums:	curandero, espiritista, consejero espiritual en los barrios y en el campo.
Menudeo:	venta de cosas pocas y estimación, por lo general se trata de frutas.
Movida:	juego turbio, ilegal.
Pacotilla:	grupo de amigos, grupo de pícaros, amigos de barrio.
Pachangón:	fiesta sumamente alegre. Bailón, deschongue, jelengue.
Paleta:	Dulce o helado en forma de pala, que se chupa cogiéndolo de un palito que sirve de mango.
Paletero:	fabricante y / o vendedor de paletas.
Pedo:	gas estomacal expulsado por el ano.
Pedorrera:	expulsión frecuente de pedos.
Pelazón:	locura, loco, alocado.
Penqueaba:	pegar, golpear.
Papalina:	agarrar zumba, borrachera.
Pepesca:	pececillo platinado, que tostado, adereza el platillo de Yuca.
Pepitoria:	semilla de ayote que tostada se come con sal.
Pescozada:	golpe en la cara causado por una persona.
Piropo, piropear:	lisonjear, enamorar, decir requiebros a una mujer, chuliar, cuentiar.
Pijo:	bastante, mucho.

Plebadas:	vulgaridad, malcriadezas.
Prueba del puro:	conjuros llevados a cabo por “especialistas” a solicitud y utilizando como medio principal un puro de tabaco crudo.
Pupusa:	tortilla rellena comúnmente con chicharrón, frijoles o queso.
Putiadas:	ultrajar, ofender a una persona gritando palabras despreciables.
Rebuscarse:	efectuar cualquier actividad o diligencia a fin de obtener algún medio principalmente económico para sobrevivir.
Ruda:	planta ornamental muy utilizada para fines médicos y, por los “especialistas” para hacer conjuros.
Sacones:	el que se involucra en cosas que no le competen, en cosas y problemas de otros, que todo parece saberlo mejor.
Tiliche:	mobiliario barato y desvencijado de gente muy pobre.
Tiste:	harina con ingredientes como cacao, maíz, canela y azúcar que con agua y batida se bebe como refresco.
Talegazos:	golpes.
Tijera de lona:	cama previsor de lona plegable.

***Los mesones: encrucijada de la vivienda informal.
Cultura de los marginados***

Terengo:	pasmado, tonto. Falto de entendimiento.
Torcido:	Individuo con mala suerte.
Tortillera:	mujer que hace o vende tortillas.
Trompadas:	golpear en la cara.
Tufito:	olor desagradable.
Tuzadas:	relativo a oferta; dos o más por el precio de uno.
Velorio:	velación. Velatorio. Reunión de personas que velan un difunto en su casa o en la casa mortuoria.
Vereco:	bobo, pasmado, tonto.
Verguiada:	dar golpes a alguien. (Me pegó una gran verguiada)
Zumba:	borrachera prolongada.

Preguntas básicas utilizadas durante la investigación

A continuación se detallan las preguntas básicas que han sido utilizadas durante el estudio. Son preguntas que si bien es cierto han servido de referente, las mismas no han sido determinantes en la conformación del contenido de este libro, sí, han dado líneas generales para no perdernos en el amplio espectrum del tema tratado.

Preguntas relacionadas a la descripción geográfica y de construcción del inmueble

1. ¿Cuáles son los barrios más antiguos que el recuerda en la ciudad capital?
2. ¿Cree que se podría elaborar un mapa de los lugares donde estaban ubicados?
3. ¿De qué materiales estaban construidas las casas?
4. ¿Dónde vivían las personas más ricas y de qué materiales estaban construidas sus casas?
5. ¿Dónde vivían los demás habitantes de San Salvador y de qué materiales estaban construidas sus casas?
6. ¿Cuáles eran las diferencias más importantes entre las casas habitadas por las personas más ricas y los demás habitantes de San Salvador?

***Los mesones: encrucijada de la vivienda informal.
Cultura de los marginados***

7. Las casas ¿Tenían algún tipo particular de decoración interior o exterior? ¿Cuáles eran los objetos que servían para decorar los interiores y exteriores de las viviendas?
8. ¿Cuáles calles y avenidas eran las más importantes de San Salvador? ¿Se puede elaborar un mapa de todos los barrios, calles y casas más opulentas que existían?
9. ¿Cuáles eran las características, a su juicio, más importantes del centro de San Salvador? ¿Cuáles eran los edificios ubicados en la plaza principal y otros espacios de importancia?
10. ¿Cómo eran la iglesia, el mercado, los parques, la municipalidad y el cuartel militar y las formas de diversión en el pasado?
11. Mencione las tiendas, farmacias, restaurantes y otros lugares comerciales que existían en San Salvador y que eran de relevancia y puntos de referencia para todos? ¿Cuántos de ellos existen en la actualidad?

**Preguntas relacionadas al tiempo y lugar
de ubicación del inmueble**

12. ¿En qué mesón vivió?
13. ¿Porque llegó a vivir a un mesón?
14. ¿Cómo se llamaba el mesón?
15. ¿Dónde se ubicaba?
16. ¿Qué año?

17. ¿Cuántos cuartos tenía el mesón?

18. ¿Cuánta gente vivía en el mesón?

**Preguntas relacionadas a la descripción
espacial del inmueble**

1. ¿Era grande el mesón?

2. ¿Era pequeño el mesón?

3. ¿Cuánto se pagaba por mes?

4. ¿Era letrina la que se ocupaba para defecar o había sanitarios de lavar? ¿Cuántos?

5. ¿Tenía luz eléctrica el mesón, agua potable, piso de tierra o enladrillado?, ¿Cuántos baños?

6. ¿De qué materiales estaba construido el mesón?

7. ¿Se puede hablar de una tradición arquitectónica propia de ese mesón o se diferenciaba con otros cercanos?

8. ¿Cuál era la forma de la distribución espacial de los cuartos y del mesón en su totalidad?

9. ¿Cuáles son las causas que explicaban tal distribución?

**Preguntas de interpretación
referente al origen de los inquilinos:
Costumbres y tradiciones**

1. ¿Cuál es el origen histórico de los habitantes del mesón?
2. ¿Cómo contaban ellos su decisión por vivir en la capital y dejar su medio, (en caso que usted se relacionaba con la gente del mesón)?
3. ¿Eran en su mayoría del interior del país o ya habían nacido y crecido en el mesón?
4. ¿Qué tipo de gente vivía en el mesón? Obreros, empleados, estudiantes, vendedores/vendedoras informales, gente de paso etc.
5. ¿Qué significado atribuían los habitantes del mesón a sus creencias y otros valores que traían de sus lugares de origen?
6. ¿Los seguían practicando ya en la ciudad capital?
7. ¿Cómo relacionaba la gente de los mesones esos valores y creencias con sus actividades cotidianas: las fiestas religiosas, los compadrazgos, relaciones familiares?
8. ¿Seguían visitando sus lugares de origen para época de fiestas?
9. ¿En qué valores religiosos creía la gente de esos mesones?
10. ¿De qué manera los practicaban?
11. ¿Notaba que incidían esos valores en la vida de la gente o solo era ya una tradición?

12. ¿Cuál era el valor que la gente de ese mesón le atribuía a la vida humana?
13. ¿Cuál era el valor que se notaba que la gente del mesón le atribuía a la muerte?
14. ¿Había solidaridad entre ellos?

En caso de suceder pleitos

15. ¿Cuáles eran los motivos frecuentes?
16. ¿Cómo se resolvían los problemas de convivencia en el mesón?
17. ¿A qué actividad se dedicaban las mujeres en el mesón?
18. ¿Y los hombres?
19. ¿Cuáles eran las actividades sociales y económicas más importantes que usted constató que realizaba la gente de ese mesó?
20. ¿Existía solidaridad entre la gente?
21. ¿Cómo se podría definir el concepto de familia es ese mesón?
22. ¿Eran familias nucleares —papa mama e hijos— o extendidas —abuelos, papas, tíos hijos, primos, etc.—?
23. ¿Cuál era el tamaño medio de las familias que ahí vivían?
24. ¿Cuáles eran las formas predominantes entre los hombres de ese mesón para cotejar a las mujeres?
25. ¿Cómo eran las reuniones familiares en el mesón y en que ocasiones se llevaban a cabo?

26. ¿Cuál era la base de la dieta alimentaria diaria?
27. ¿Dónde preparaban sus alimentos?
28. ¿Qué objetos utilizaban?
29. ¿Cuáles eran las enfermedades más comunes?
30. ¿Usaba la gente medios curativos tradicionales?
31. ¿Existían en el mesón curanderos “brujos” u otros considerados que podían sanar al enfermo?
32. ¿Existían parteras?
33. ¿Cuáles eran las costumbres y tradiciones más conocidas arraigadas en el mesón?
34. ¿Cuáles eran las festividades religiosas que se celebraban y de qué forma?
35. ¿Existían en el mesón formas de organización?
36. ¿Había algún líder o lideresa?
37. ¿Colaboraba la gente?
38. ¿Cuáles son los barrios más antiguos que el recuerda en la ciudad capital?
39. ¿Cree que se podría elaborar un mapa de los lugares donde estaban ubicados?
40. ¿De qué materiales estaban contruidos los cuartos del mesón?
41. ¿Dónde vivían las personas más ricas y de qué materiales estaban contruidas sus casas?
42. ¿Dónde vivían los demás habitantes de San Salvador y de qué materiales estaban contruidas sus casas?

43. ¿Cuáles eran las diferencias más importantes entre las casas habitadas por las personas más ricas y los demás habitantes de San Salvador?

El Mesón:

44. ¿Tenían algún tipo particular de decoración interior o exterior?
45. ¿Cuáles eran los objetos que servían para decorar los interiores y exteriores de las viviendas?
46. ¿Cuáles calles y avenidas eran las más importantes de San Salvador? ¿Se puede elaborar un mapa de todos los barrios, calles y casas más opulentas que existían?
47. ¿Cuáles eran las características, a su juicio, más importantes del centro de San Salvador?
48. ¿Cuáles eran los edificios ubicados en la plaza principal y otros espacios de importancia?
49. ¿Cómo eran la iglesia, el mercado, los parques, la municipalidad y el cuartel militar y las formas de diversión en el pasado?
50. Almacenes, tiendas, farmacias, restaurantes y otros lugares comerciales que existían en San Salvador y que eran de relevancia y puntos de referencia para todos: ¿Cuántos de ellos existen en la actualidad?

Referentes bibliográficos

- Alcantud, José A. González. Antropología (y) política. Sobre la formación cultural del poder. ANTHROPOS. Barcelona. 1998.
- Alvarenga, Patricia, Cultura y Ética de la Violencia. El Salvador 1880 – 1932. Educa. San José, Costa Rica. 1996.
- Boas, F. “Changes in the bodily form of descendants of immigrants”, Race, language and culture, New York, Macmillan. 1912.
- _____, “The social organizations of the Kwakiutl”, Race, language and culture. New York, Macmillan. 1920.
- _____, “History and science in anthropology: a reply”, Race, language and culture, New York, Macmillan. 1930.
- Browning, David. El Salvador. La tierra y el hombre. Ministerio de Cultura y Comunicaciones. Viceministerio de Comunicaciones. Dirección de Publicaciones e Impresos. San Salvador. El Salvador. Primera edición. 1975.
- Constitución de la República de El Salvador
- Cruz, José Ángel (editor). Maras y pandillas en Centroamérica. Las respuestas de la sociedad civil organizada. Vol. 4. UCA Editores. San Salvador, El Salvador. 2006.

- Evans, Pritchard, E.E. Brujería, magia y oráculos entre los Azande. Barcelona, Anagrama, 1976.
- , The Nuer: A Descriptions of the Modes of Livelihood and Political Institutions of a Nilotic People. Oxford, Clarendon. 1937. [Trad. Esp.: Los Nuer. Barcelona, Anagrama, 1976.]
- , Hombre y Mujer entre Los Azande. Barcelona, Grijalbo, 1978.
- Gámez, José D. Gerardo Barrios ante la posteridad. Apuntes y documentos para su Biografía en el XXXVI Aniversario de su muerte. Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones. Colección Historia. Vol. 12. San Salvador, El Salvador. 1965.
- Geertz, C. La Interpretación de las culturas. México, Gedisa, 1987.
- , “The rotating credit association: A middle rung in development”, *Economic development and cultural change*, vol. 10, núm.3.
- Erasmus, Charles, J. Community development and the encogido syndrom, en *Human Organization*, vol. 27, núm. 1, primavera 1968.
- Foster, George. “The dyadic contract”, en *Readings in contemporary Latin American culture*, Ed. G. Foster, University of California. Berkeley. 1965.
- FUNDASAL. El hábitat popular urbano de El Salvador y sus condiciones ambientales. Capitulo I. Pág. 14. 1976.

- Geertz, C, J. Clifford y otros. El surgimiento de la antropología postmoderna (Compilación de Carlos Reynoso, Edit. Gedisa. Barcelona. 1998.
- Larissa A. de Lomnitz. Cómo sobreviven los marginados. 14^a edición. Siglo XXI Editores. México, 1998.
- Lewis, Ocar. Five Families. Mexican Case Studies in the Culture of Poverty. With a New Introduction by Margaret Mead. A Condor Book. Souvenir Press., Great Britain. 1976.
- Lewis Oscar. La antropología de la pobreza, Fondo de Cultura Económica, México. 1969.
- _____, “the culture of de vecindad in México city: two cases study”. Actas del XXXIII Congreso Internacional de Americanistas 1: pp387-402, San José, Costa Rica, 1959, five families, John Wiley and Sons, N.Y., 1959; Los hijos de Sánchez, Fondo de Cultura Económica, México, 1964; “The culture of poverty”, en Scientific American, 215: 4: 19-25, 1966; 2. The possessions of the poor”, en Scientific American, vol. 221, 4, 1966. Facultada Latinoamericana de Ciencias Sociales. Programa El Salvador.
- López Vallecillos, Italo. Gerardo Barrios y su Tiempo, Dos Tomos. (1967)
- López, Carlos Gregorio. “Gerardo Barrios y el imaginario nacional de El Salvador, siglos XIX y XX.” La Universidad, no. (25): 29-58. En http://www.academia.edu/12154400/_Gerardo_Barrios_y_el_imaginario_nacional_de_El_Salvador_siglos_XIX_y_XX._La_Universidad_no._25_2014_29-58. 2014.

- Lungo, Mario. “Las ciudades y la globalización; una mirada desde Centroamérica y el caribe, en Revista Interamericana de Planificación # 104, San Antonio Texas. 1993.
- Lungo, Mario; Operto Francisco y Chinchilla Roberto. La evolución de la Red Urbana y el desarrollo sostenible en El Salvador. PRISMA, San Salvador. 1996.
- Malinowski, B. Magic, Science and Religion, and other essay. Garden City, N.Y. 1954.
- _____, Argonautas of the Western Pacific. New York, Dutton. 1922 [Trad. Esp.: Los Argonautas del Pacifico Occidental. Barcelona, Planeta-De Agostini, 1986.]
- _____, “Myth in primitive psychology”, en The Frazer Lectures. Londres. Macmillan 1922-1925 [Trad. Esp.: Estudios de Psicología primitiva, Buenos Aires, Paidós, 3ª Edición 1973].
- _____, Sex, culture and Myth. Londres, Rupert Hart-Davies. 1962.
- Mary Louise Pratt. Ojos Imperiales. Literatura de viajes y transculturación. Universidad Nacional de Quilmes. Buenos Aires. 1997.
- Martín-Baró, Ignacio. Revista de Psicología Social. UCA. El hacinamiento residencia: ideologización y verdad de un problema real. 1985.
- Martínez Peñate, Oscar, María Elena Sánchez. El Salvador diccionario. (Personajes, hechos históricos, geografía e instituciones). San Salvador, El Salvador. Editorial Nuevo Enfoque. 2003.

- Matos Mar, José. “Migraciones y urbanización: Las barriadas limeñas: un caso de integración a la vida urbana”, en La urbanización en América Latina. Lima, Perú. 1972.
- Maus, Marcel. The Gift. New York. Macmillan. 1954.
- Meza Joaquín. Real Diccionario de la vulgar lengua guanaca. NEKEPÚ Editores. Colección Tamachtiani. San Salvador, Primera Edición 2008.
- Montes, Segundo. El Compadrazgo. Una estructura de poder en El Salvador. UCA Editores. San Salvador, El Salvador. Primera Edición. 1979.
- Ochoa, Rafael Mejivar. Tiempos de Locura. El Salvador 1979 – 1981. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. Programa El Salvador. FLACSO EL Salvador. 2005.
- Parra, Rodrigo. “Marginalidad y subdesarrollo”, en Migraciones internas. México. 1972.
- Portes, Alejandro y Lungo Mario. Coordinadores: Urbanización en el Caribe. FLACSO, San José. 1992.
- Portes, Alejandro y Lungo Mario, Coordinadores: Urbanización en Centroamérica. FLACSO, San José. 1992.
- Kuper, A. Antropología y antropólogos. La escuela Británica 1922 – 1972, Barcelona, Anagrama. 1985.
- Radcliffe-Brown, A. R. Estructura y función en las sociedades primitivas. Barcelona, Península. 1968.

- _____, El Método de la antropología social, Barcelona, Anagrama, 1975.
- Ramos, Carlos Guillermo. Identidades, prácticas y expectativas juveniles al inicio del siglo XXI. Facultada Latinoamericana de Ciencias Sociales. Programa El Salvador.
- Santa Cruz Giraldt, María, Alberto Concha-Eastman y otros. Barrio adentro. La solidaridad violenta de las pandillas. IUDOP. Instituto Universitario de Opinión Pública, Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”. UCA, San Salvador, El Salvador. 2002.
- Valentine, Charles. *Culture and Poverty*, The University of Chicago Press. 1972.
- Wolf, Eric. “kinship, friendship and patrón-client relations in complex societies, Ed. M. Banton, Tavistock, 1969.
- White, Alastair. El Salvador. UCA Editores. San Salvador, El Salvador. 1983.



Este libro se terminó de imprimir
en el mes de octubre de 2017
en los talleres de Tecnoimpresos, S.A. de C.V.
19ª. Av. Norte N.º 125,
ciudad de San Salvador, El Salvador, C.A.

El mesón es un espacio de convivencia comunitaria, corta o duradera para algunos, en donde, por lo general, se trata de no hacer sentir diferencias entre los otros que allí viven, la realidad es otra. En este espacio de convivencia no existía un sistema formal de alquiler, la gente hacía un contrato de palabra. Era el tiempo en donde valía mucho la palabra que se sellaba de una vez con un fuerte apretón de manos. Los recibos, ya sea del agua o la electricidad se extendían mensualmente por la cuota previamente acordada. Estos espacios fueron parte de la infraestructura habitacional de los barrios antiguos, que significaba, principalmente para el que recién llegaba del interior del país, alquiler de bajo costo con todo y sus carencias. Fue el tiempo cuando algunos pobladores, sobre todo campesinos, vinieron a ocupar los espacios habitacionales en los barrios viejos de San Salvador, como La Vega, San Esteban, Candelaria, Concepción, El Calvario y San Jacinto; que eran, por ejemplo los barrios más populares de concentración de gente de escasos recursos.

ISBN 978-99961-48-78-1



9 789996 148781

